

Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala 13

Estante 13

Tabla 1

Número 133

INSTITUCIÓN REAL ACADEMIA
GRANADA

Sala D

Estante 50

Número 333

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

2 400 40



CUENTOS FANTÁSTICO-MORALES

POR

MANUEL JORRETO PANIAGUA



M. JORRETO PANIAGUA

CUENTOS FANTÁSTICO-MORALES

ILUSTRADOS CON DIBUJOS EN ZING POR EL MISMO AUTOR



SÉTIMA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, 7, bis.

1884

CENSURA Y APROBACION ECLESIASTICA DE ESTA OBRA

EXCMO. É ILMO. SR.:

Por encargo de V. E. I. he leído y examinado la quinta edición del libro titulado *Cuentos fantástico-morales*, que su autor D. Manuel Jorroto y Paniagua desea garantir, para la siguiente edición y las sucesivas, con la licencia de la autoridad eclesiástica. Juzgo que el libro sobredicho no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral, y que no habrá inconveniente en conceder la licencia solicitada por el autor, quien, además de la belleza de su estilo, reúne dotes muy apreciables de moralista y filósofo.—Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Madrid y Abril 24 de 1882.

FIDEL FITA.

Madrid 25 Abril 1882.

Expídase la licencia.

DOCTOR PANDO.

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley, á los efectos de la propiedad literaria.

Estos CUENTOS han sido premiados en la Exposicion Pedagógica celebrada en Madrid el año 1882, y con la gran medalla de oro por la Sociedad científico-europea.

La prensa en general les ha prodigado frecuentes elogios, reproduciéndolos en sus columnas. La *Gaceta de Madrid* de 21 de Abril de 1878 dice: «El estilo de ellos es el más adecuado á las tiernas inteligencias del público á quien están consagrados.»

Los ministerios de Fomento y Ultramar, el Senado, el Congreso de Diputados, la Diputación y el Ayuntamiento de Madrid, y multitud de colegios importantes, han hechos numerosas adquisiciones de ejemplares, en atención al fondo eminentemente moral que todos los cuentos encierran.

EL REMOLINO DE NIEVE.



I

Era una noche muy fría; soplaban un huracán impetuoso que gemía en los huecos de los precipicios insondables, desgarraba los árboles más corpulentos, y hacía rodar por el suelo las ramas marchitas y las hojas mustias.

Cafía la nieve muy espesa.

Estaba blanco el valle, blanca la ciudad y la montaña; pero la noche era muy oscura, porque las nubes eran tan

densas, que ni aun para que cruzara el débil rayo de luz de alguna estrella se desunían.

Un niño andaba solo y perdido por el campo; iba desnudito y helado, tiritaba de frío, se moría de hambre, lloraba y decía:

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué será de mí? Quitá la nieve del camino para que llegue á casa, mi madre me espera, y morirá de tristeza si no voy.

Pero ni el eco siquiera le contestaba; su inocente súplica se perdía en el silencio de la noche; los copos de nieve eran cada vez mayores, borrando las huellas que tras de sí dejaba el niño con sus pequeños piés ó con sus lágrimas, más puras que la blanca alfombra en que caían.

Y andando, andando, helado y desnudito, llegó á una cabaña, se alegró mucho, y comenzó á llamar á la puerta con ansia y con las pocas fuerzas que le quedaban.

II

—¡Malditos pobres! exclamaba el dueño de la cabaña atizando el fuego de su chimenea; ni una noche han de dejarme descansar.

El pobre niño continuaba llorando.

Y el dueño, que tenía el corazón muy duro, seguía diciendo:

—Yo haré un escarmiento con uno, para que no se acerquen más.

Y diciendo esto, cogió un tronco del fuego, abrió la puerta, amenazó al niño, y el pobrecito comenzó á correr sobre la nieve, llorando sin consuelo.

III

El huracán seguía más fuerte, y la nieve caía más espesa.

El niño corría, y tras él el irritado dueño, que alguna vez le alcanzaba, quemándole con el tronco.

Entonces se encontraron dos corrientes de viento opuestas, y la nieve, y las piedras, y los árboles carcomidos comenzaron á girar en torno de ellos, formando un remolino que subía y daba vueltas con una velocidad vertiginosa.

El niño y el dueño habían sido arrebatados por el remo-



lino, y con él se elevaban, empujados por la fuerza de sus espirales.

Pero el dueño de la cabaña, cuando el remolino había subido muy alto, y la nieve y las piedras volvían á caer, cayó entre las piedras y la nieve, y fué á parar á un precipicio inmenso, donde encontró su eterna sepultura.

El niño, en tanto, seguía subiendo, subiendo; cruzó las nubes, el Angel de la Guarda bajó á buscarle, y cogiéndole en sus brazos, le llevó á la Gloria, cuyos caminos estaban cubiertos de brillantes estrellas y de hermosas flores, en vez de helados copos de nieve; donde no se moría de hambre ni tiritaba de frío; donde no andaba desnudito, porque se vió cubierto de un vestido blanco y con dos alas de finísimas plumas.

El niño entonces agitó sus alas y voló adonde estaba su madre. Dormía soñando en su hijo, y éste le dió un beso en la frente y se volvió á la Gloria á esperarla.



EL ÁRBOL DEL DESIERTO

En día se atrevió un niño á ir al desierto: pero volvió corriendo y llorando, y dijo á su padre:

—Padre mio, vengo del desierto y he visto allí un árbol más encarnado que los corales; tú me has dicho que se crían debajo de los mares; aún le hubiera tenido por un coral, por más que crezca en el desierto; pero el caso es que el árbol llora lágrimas de fuego, que el árbol se queja y se retuerce... ¿Quieres decirme, padre mio, qué clase de árbol es ese que yo he visto?

—Sí, hijo mio; escucha su historia; no la olvides jamas, y que te sirva de lección para toda tu vida.

II

Ese desierto tan árido y tan solo, era ántes una hermosa vega: por todas partes había fuentes, jardines, pájaros y bosques. En medio de ella se levantaba un magnífico palacio: sus paredes eran de oro, y sus adornos de piedras muy preciosas.

Pues bien: el dueño de ese palacio era, como comprenderás, inmensamente rico. Tenía dos hijos.

En el corazón del mayor, cuyo nombre era Arturo, se desarrolló de una manera extraordinaria la avaricia.

—Si yo fuese solo, se decía, todo cuanto mi padre tiene sería para mí; pero, viviendo mi hermano, no habrá más remedio que tomar la mitad cada uno... ¿Qué haré yo? ¿Qué haré yo?...

Pensó cómo deshacerse de su hermano, y un día en que fueron de caza, procuró extraviarse con él en medio del bosque. Entonces, quedándose atrás, le atravesó traidoramente con su afilado cuchillo, cuya punta llevaba preparada con veneno. Cavó una fosa, puso en ella el cadáver, volvió á cubrirla de tierra, entrelazó encima ramas y hojas secas, y limpiando su cuchillo en el árbol inmediato, se fué á buscar á sus compañeros de caza.

Como no tenía conciencia, no le asustaba el crimen; así es que cuando llegó, dijo á sus amigos:

—¡Qué desventurado soy! persiguiendo á un ciervo, se ha resbalado mi hermano junto á la orilla del río, y las aguas le han arrastrado en su corriente. Vamos todos donde desagua el río, para ver si aún vive.

Con esto les alejó del bosque, y todos se fueron en busca del desgraciado hermano.

III

El infeliz padre supo la noticia. Amaba á su hijo mucho; no podía vivir sin él; poco á poco fué languideciendo; la tristeza le devoraba el corazón, y no tardaron muchos días sin que llegara el último de su vida.

Entonces Arturo se alegró del todo. Era solo, y para él solo eran cuantos tesoros tenía su padre.

Mas ¡ay! que á la tercera noche, un sueño aterrador empezó á inquietarle; no le dejaba dormir, y le causaba un dolor extraño. Soñaba que todo el dinero de su padre se había

convertido en humo. La pesadilla era terrible, y levantándose, cogió las llaves.

Figúrate cuál sería su amargura, cuando vió que su sueño no había sido sueño; porque, conforme iba abriendo los cajones, salía de ellos un humo espeso, que exhalaba un olor insupportable, y, en cuanto el humo se disipaba, sólo quedaba en el fondo del cajón un poco de polvo negro, y muchas manchas, como si fueran de sangre.

—¡Qué desgracia! decía; no comprendo cómo sucede esto.

Mas la idea de que su palacio y sus jardines valían inmensas riquezas, le tranquilizó algún tanto.



IV

Pero, hijo mio, los ríos, las fuentes, los arroyos de sus jardines se fueron secando; las flores se marchitaban, los árboles principiaron por no tener hojas verdes; luego siguieron secándose sus ramas, y, por último, se caían al suelo y se volvían polvo.

Todo quedó como está ahora.

Era que la sangre envenenada del hermano se había extendido por la tierra, y toda raíz que tocaba se envenenaba y moría su planta.

Entonces comenzó una secreta agitación en el corazón de Arturo.

Su rabia era terrible, porque todo cuanto giraba en torno suyo le horrorizaba.

—He muerto á mi hermano, decía, por poseer sus riquezas, y se me han vuelto humo; se han secado mis jardines; pero ¿qué importa?... ¿No tengo este palacio, que vale mucho?... Este sitio me llena de espanto; destruiré el palacio, venderé sus paredes y sus piedras, y me iré muy lejos á vivir tranquilo.

V

No tardaron mucho en venir una infinidad de carpinteros y albañiles. Se empezó el derribo del palacio, y figúrate cuál sería la sorpresa de todos, cuando debajo de cada piedra, detras de cada madero, veían un letrero escrito con sangre que decía:

«¡Cuando hoy concluyas el trabajo, llévate los escombros para tii!»

Así es que todos los operarios se volvían ricos á sus casas; y el malvado dueño del palacio no lo podía impedir; porque al querer decir: «no os lleveis nada,» se retorció su lengua, gritando sin cesar: «¡lleváoslo todo!»

Los carpinteros y los albañiles le tenían por loco; pero como les iba bien, callaban y corrían con los escombros.

Y de este modo se concluyó de derribar el palacio. No quedó ni una sola piedra, ni una sola flor, ni una sola hoja de hierba.

VI

Y Arturo se consumía de desesperacion y de tormento. Estaba solo en medio de ese gran desierto. Se revolcaba sobre el suelo; quería darse muerte, y no podía.

—Me iré de aquí, se dijo; mas ¿cómo irse, si en cuanto llegaba al término de la llanura, una atraccion irresistible, como si fuera un grande iman, le llevaba otra vez al centro?

Tanta cólera, tanta rabia, le hicieron acordarse de su hermano.

—Por tí, decía, sufro yo tanto tormento; iré, te desenterraré, y aunque ya estés insensible, saciaré mi venganza, despedazando tu cuerpo y arrojando sus pedazos por el suelo, para que los piquen las aves y los muerdan las fieras.

Pero ¡ay, hijo mio! cuando llegó al sitio donde su hermano estaba enterrado, se abrió la sepultura, y salió de ella una luz muy blanca, que se elevó por el cielo, hasta que se



confundió con las estrellas. Entónces se agruparon en derredor de Arturo algunos restos de los antiguos árboles; la san-

gre de su hermano, que estaba extendida por la tierra, se reunió en aquel sitio, como si al desprenderse la luz la hubiese absorbido toda, y se fué formando un árbol que le dejó encerrado en su tronco.

Desde entónces no cesa un instante de comprimir su cuerpo, le estruja como la prensa á las capas de mosto, pero sin matarle nunca.

Por eso el árbol llora lágrimas de sangre; por eso exhala ayes tan lastimeros. ¡Y cuando las aves de rapiña desgajan sus ramas, cuando el huracan le azota ó las fieras le muerden, creyendo que es de carne, debe sufrir horriblemente!

VII

—¡Ay, padre! ¿Y siempre ha de ser así?

—Siempre, hijo mio; su tormento no tendrá fin. Tus hijos, tus nietos, los hijos de tus nietos, y los nietos de éstos, podrán contarles á los suyos la historia del árbol del desierto, porque entónces todavía exhalará quejidos; todavía llorará lágrimas de sangre; le picarán las aves, le azotarán los vientos, y le morderán las fieras...

—Dame un abrazo, padre mio: yo te quiero mucho. Déjame que vaya á dar otro á mi querida hermana. ¡Oh! ¡Si yo no la quisiera, si en mi corazon naciera algun día el odio hacia ella, creo que me moriría de dolor y de tristeza!



LAS GOLONDRINAS

I

Hay en X*** una casa de maternidad establecida en un vetusto edificio, que allá en sus tiempos primitivos perteneció á una noble familia, cuyos pergaminos han sido alimento de la polilla y de los ratones, y cuyos títulos han degenerado hasta el extremo de

perderse en las nebulosidades de la Historia y de borrarse de la Guía.

Toscas columnas de maderas carcomidas sostienen los salientes aleros de los tejados de su patio, y una corpulenta parra se extiende alrededor de aquéllos, adornándoles de artísticos encajes de verdes hojas y apretados racimos de uvas durante el verano, y en el invierno de desnudos troncos, que semejan multitud de serpientes enredadas las unas entre las otras.

Cortando por medio el alero que da frente a la puerta principal, elevase una torrecilla, destinada a ostentar el escudo de armas de los antiguos dueños del edificio.

No entiendo ni una jota de heráldica, y así no puedo describiros aquel escudo; bien es verdad que, aunque entendiera, tampoco sería posible; la acción del tiempo, que todo lo destruye, las lluvias y los huracanes se han encargado de humillar aquel orgullo, y los relieves de la piedra han desaparecido de tal modo, que sólo quedan indelebiles... ¡dos cacerolas! con que sin duda se quiso perpetuar las aficiones culinarias del primitivo poseedor del título.

II

Hacia mucho tiempo que en el hueco de una de aquellas cacerolas tenían formado su nido unas alegres golondrinas, que todos los años aparecían por la primavera, y todos los años desaparecían por el otoño.

Una de las primaveras, cuando volvieron, encontráronse alquilado el llamémosle símbolo nobiliario de al lado, para no rebajarle llamándole prosáicamente por su propio nombre. Unos gorriones le habían forrado de pajas y de plumas, tejiendo en él otro nido mucho más blando que el nido de sus vecinas.

Inmediatamente, sin necesidad de tarjetas de ofrecimiento de casa, ni de visitas de aceptación, enablaron las golondrinas y los gorriones cordialísimas amistades; unas y otros

se obsequiaban con alegres conciertos, piando y revoloteando alrededor de sus poéticos palacios, y vivían en una quietud no perturbada nunca por las murmuraciones ni por los chismes de vecindad.

En uno y otro reinaba la paz más envidiable; no había seres más dichosos que las hembras cuando, mientras ellas prestaban su vivificante calor a los huevecillos, sus amantes esposos, entrelazando con los suyos sus picos, se despedían para buscar en los sembrados próximos hojas y semillas, en tanto que la aurora coloreaba de grana y oro los horizontes; no había seres más felices que los machos cuando, al comenzar el crepúsculo vespertino, volvían con sus picos ocupados a pasar la noche con sus fidelísimas esposas.

III

¡Mas ¡ay! que mucho más que la felicidad duran las luces desprendidas de los cohetes!

¡Una noche, burlando la vigilancia de las Hermanas, dos muchachos traviosos, de esos que en vez de corazón guardan en su pecho un pedazo de mármol frío y puntiagudo, de esos que empiezan por coger nidos, por atar latas de petróleo a las colas de los perros y por jugar al toro en medio de las calles, fomentando la afición a la *civilizadora y edificante* fiesta nacional; de esos que si no tienen quien endulce sus sentimientos, acaban por ser la deshonra de sus familias y la afrenta de la sociedad; dos muchachos, repito, procuráronse una caña, ataron esparto con liga a su extremo, y con salvaje alegría turbaron el inocente sueño de los gorriones!

Los pobres animalitos, asustados, aleteaban enredándose cada vez más en la liga, hasta que al fin cayeron en las manos de sus bárbaros verdugos.

Las golondrinas se despertaron con aquel inusitado estrépito; llenas de terror se acurrucaban en su nido, y deseosas de ver lo que sucedía, estiraban sus cuellos y sacaban las cabezas.



Los precoces y cobardes criminales cortaron las alas á sus indefensas víctimas para tenerlas más seguras y sacrificarlas al siguiente día.

Y los huevecitos de los gorriones, abandonados, solos, sin calor y sin abrigo, ¡se enfriaban!...

Entonces las golondrinas, compartiendo con ellos el que prestaban á los suyos, siguieron abrigando aquellos huevos, que nunca llegaron á quedarse frios, y que al poco tiempo se convirtieron en pequeños gorriones; y lo mismo que para sus hijos traían tiernas semillas, las traían también para los hijos de sus antiguos vecinos, cuya pérdida sintieron y lloraron como ellas saben sentir y llorar.

IV

Comenzaban ya á refrescar la atmósfera las lluvias del otoño, y á cubrirse de nieve las más elevadas cúspides de las montañas que coronaban los lejanos horizontes; comenzaban á desprenderse de los árboles las hojas mustias y amarillentas; el viento se entretenía en formar con ellas inquietos remolinos, y determinaron las golondrinas emprender su acostumbrado viaje á los extensos dominios que poseían en más templados climas.

Con este motivo se despedían de los gorriones á quienes habían dado la vida.

La despedida de los gorriones y de las golondrinas era tiernísima é indescriptible; un millon de veces emprendieron las últimas sus vuelos, y otro millon de veces regresaron al nido de los primeros: parecía á la despedida de los amantes, que van y vuelven sin decidirse nunca á separarse de los seres que llenan sus corazones de felicidad y de ventura; la despedida del hijo y de la madre, á quienes la fuerza les separa, acaso para no verse jamás!...

Era de noche, y estaba tan silenciosa, que sólo se oía el

acompañado tic-tac del reloj del establecimiento, ó el ladrido, de vez en cuando, de algun perro, receloso de que alguien se acercara para atentar contra la propiedad de sus amos.

De repente oyeron los pájaros un chirrido que les heló de espanto; creyeron ser los chicos que con la caña y la liga se aproximaban, y alzando presurosos el vuelo, se refugiaron en el tejado de la casa frente á la de maternidad.

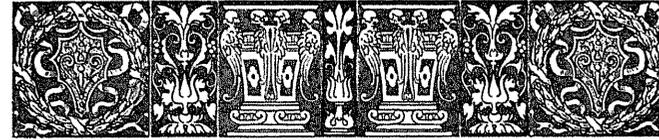
Desde allí pudieron conocer la causa de aquel ruido tan extraño.

La madera del torno se había hinchado con la humedad, y una mujer, cubierta de un inmenso pañuelo oscuro, hacía girar el torno, después de haber depositado en él un hermoso niño recién nacido.

La indignación de los pobres pajaritos, al ver una madre tan desnaturalizada, fué tan grande; con tal expresión contaron los gorriones lo que por ellos habían hecho las golondrinas, que comprendiendo aquella el lenguaje de las aves, experimentó en su corazón



un fuerte remordimiento, que comenzó á asomar por sus ojos en forma de gruesos lagrimones, y volviendo atras el torno, arrancó de él al hijo de sus entrañas, á quien, estrechándole constantemente contra su seno, llenándole de caricias y cubriéndole de besos, no dejó ni un momento de prodigar sus cuidados maternos.



HERENCIA APROVECHADA!...

Hierro pobre hombre, que vivía de la caridad pública, recibió un día en su humilde choza una visita extraña, de las que se reciben pocas, y de las que todos quisiéramos recibir siquiera una por semana.

Fué de un notario que, poniendo sobre el único mueble que encontró, y que consistía en una banquetta que se venció al peso, por tener una pata ménos, tres sacos de hermosas peluconas y un legajo de papeles, le dió posesion de la herencia que le dejó un pariente ya olvidado.

No había salido el notario de la choza del afortunado heredero, cuando ya todo el pueblo tenía conocimiento de la herencia.

Como era muy natural, fueron á felicitarle los vecinos y los antiguos compañeros de miseria.

Vistióse el pobre, ya rico, muy elegante, y se fué á pasear á las orillas del pueblo.

Al pasar por una ermita, en cuya puerta había pedido limosna infinitas veces, vió á otra pobre anciana desfallecida, la cual, alargando hácia él su descarnado brazo, y vertiendo lágrimas de dolor, le pidió una limosna por María Santísima.

—Perdona por Dios, dijo el heredero, y siguió su camino, pensando en que, si no se marchaba de allí pronto, se quedaría como si nada hubiese heredado.

En llegando á su casa, encerró su herencia en una caja de hierro, y, yéndose al puerto, tomó pasaje para donde su pa-

riente había hecho la fortuna, con el objeto de ver si él podía doblar la suya.

Al día siguiente de navegacion, estaba la nave en alta mar, cuando, azotada por un huracan violento, se abrió un boquete en un costado, y comenzó á hacer agua de tal manera, que el capitan mandó imperiosamente aligerarla de todo peso.

El heredero no tuvo más remedio que arrojar sus pelucanas, que todavía están en el fondo del Océano, pues aunque detras de ellas se fué el alma de su dueño, todavía no se le ha ocurrido á ningun pez metérselas en el bolsillo.

Más tarde la embarcacion quedó completamente destrozada, cada náufrago se salvó como pudo, y el pobre, empujado por un viento contrario, llegó más pobre que nunca á la misma orilla de donde había salido.



Sus ojos enrojecieron de tanto llorar su desventura, hasta que perdió la vista; y como en el pueblo se le llamaba el pobre orgulloso, era al que ménos limosnas se daba, de tal modo, que ni aún recogía las suficientes para sostener al infeliz muchacho que le servía de lazarillo, y tuvo que sentarse á la puerta de la ermita, junto á la anciana desfallecida que no hacía mucho tiempo le había pedido una limosna por María Santísima.

¡Por María Santísima! ¡Por esa frase poética y consoladora! ¡Por esa invocacion dulcísima y pura, ante la que el corazon más empedernido se enternece, y se conmueve el alma más indiferente y fria!

LA LÁMPARA DE LA ERMITA



I

Elevábase hace mucho tiempo, á la orilla de un tranquilo lago, una ermita en medio de un fértil valle de la Italia. Los años habían ido poco á poco destruyendo sus paredes; el musgo y la yedra se habían entretejido sobre las ruinas, y todo ello contribuía á darle un tinte artístico, que hacía detenerse á los pintores que recorren los poéticos paisajes de aquella patria de las artes. En cuanto á su interior, nada tenía de parti-

cular. En ella no se daba culto alguno: sólo en un lado quedaban aún restos de una imagen de María, y una lámpara enmohecida pendía de un madero inseguro. Los pastores, los campesinos, eran los únicos que aprovechaban aquel montón de tierra y trepadoras, sirviéndose de él como de un albergue cuando, cansados de las faenas del campo, volvían á sus casas.

No lejos de la ermita, sobre la verde alfombra del valle, se levantaba una casita blanca, muy blanca, como si fuera un cisne dormido sobre un nido de esmeraldas.

El viejo gondolero Pietro compró un día aquella casa.

Su hija Rossina se acercó á la ermita.

Rossina era la bondad misma; amaba á la Virgen como aman los ojos á la luz y los pájaros al aire.

Por eso, así que vió aquella imagen abandonada y la lámpara sin luz, fué á su casa, tomó aceite, y aquel día volvió á brillar la lámpara de la ermita.

Y todos los días tenía cuidado de ella y venía á orar ante aquella imagen, porque se decía:

—¿Qué me importa que la imagen esté vieja y rota? ¿No la llevo yo en mi alma entera y nueva siempre?

Poco á poco fué animando á los campesinos y á los pastores.

Estos querían á Rossina, y no tardó mucho tiempo en verse la ermita adornada, y reedificados modestamente sus lienzos destruidos.

Pasaron algunos años.

Rossina no dejó un día de encender la lámpara.

Una noche soñó no sé qué de misterioso de aquella lámpara. Cuando despertó, no supo cómo explicar su sueño, porque era un sueño de esos que sólo dejan en la memoria una confusión de ideas que no se determinan. Únicamente recordaba que había sido muy agradable.

Y lo soñó otra vez y otra, por lo cual decía:

—Yo creo que he de ser muy feliz, porque tres veces he soñado felicidad.

II

Voy á contarte lo que sucedía en tanto en un reino que había allá en el Oriente.

Tenía el rey dos hijos, el príncipe Beni-Hassan y la princesa Sophía.

Eran gemelos; pero al nacer, la virtud y el vicio no quisieron sin duda distribuirse en iguales partes en el corazón de ellos, sino que anidó la una sola en el de Beni-Hassan, y el otro, también solo, en el de Sophía; así es que ésta era de instintos perversos, era criminal por naturaleza, mientras que aquél era bueno, afable y cariñoso.

Por eso Sophía traía siempre el reino á vueltas; todo en él eran disturbios por su causa; pero su padre la quería tanto, que si era su capricho, pronto rodaban ante ella las cabezas de sus súbditos.

Un día tuvo envidia de su hermano, inventó contra él una calumnia, y el padre desnaturalizado castigó á su buen hijo con un destierro de tres años.

Mucho lo sintió Beni-Hassan, porque amaba á su padre, estaba convencido de su inocencia, y, á pesar de todo, quería á su hermana. Pero dijo:

—Me consolaré de su ausencia viajando durante mi destierro. Y así diciendo, se dirigió á Italia.

III

Hé aquí que un día pasó por la ermita de Rossina.

Entró.

Allí oraba Rossina sola. Estaba hermosísima.

Beni-Hassan se vió irresistiblemente atraído hacia ella.

Detuvo su viaje, volvió al otro día, y al otro, visitó su casa, ocultó su linaje, y bien pronto el príncipe y Rossina se amaron, y decidieron unirse eternamente.

Había llegado el término del destierro.

Beni Hassan quiso volver á su palacio, creyó aplacada la cólera de su padre, y pensaba traer á Rossina telas y piedras preciosas de la India y arreglar, ántes de casarse, sus asuntos.

Con este motivo, los dos amantes se despidieron para un corto tiempo, mezclándose con las lágrimas del uno las lágrimas del otro.

IV

Grande fué el regocijo de la corte cuando vieron llegar al príncipe. El rey le abrazó; pero la jóven princesa, como no podía tener más que vicio, cuando supo que su hermano había de volver á casarse, juntó á sus servidores, y les dijo:

—Necesito que mi hermano desaparezca. Vosotros sabéis que frente á este palacio se abre una cueva misteriosa y profunda que se extiende hasta más allá de los mares. La tradición cuenta que está llena de espectros y de fieras. Pues bien; quiero que seais vosotros los que acompañeis á mi hermano hasta el límite del reino. Quiero que en medio del camino tengais abierta una gran trampa, de modo que, al pasar por ella, se hunda y caiga al fondo del abismo, donde no se le encuentre jamas.

Los servidores de Sophía así lo hicieron. Se ofrecieron á acompañar al príncipe. Prepararon el lazo, y le dejaron caer en el abismo, diciendo al rey, cuando volvieron:

—Vuestro hijo ha llegado bien hasta donde se extiende el reino. En este instante impulsarán su nave las olas azules de los mares, dirigiéndole adonde su futura y amante esposa le espera.

V

Pasaron días y días.

La pobre Rossina, ni recibía noticias de Beni-Hassan, ni le veía volver. Me olvida, se decía; más no lloraba, porque

al mismo tiempo experimentaba en su alma un consuelo inexplicable.

El rey, entre tanto, se impacientaba, y llamando á sus súbditos, les dijo:

—Id á buscar á mi hijo; decidle que estoy muy intranquilo, que no puedo vivir sin él, que me atormenta la duda, y qué quiero verle.

Pero uno de los que acompañaron al príncipe, excitado por el remordimiento de su conciencia, dijo al rey:

—Señor, conozco que despues de mi confesion hareis cortar mi cabeza; más ¿qué importa, si la intranquilidad me espanta más que la misma muerte? Sabed que vuestro hijo fué traidoramente sepultado por nosotros en la cueva que mina este palacio, cumpliendo las órdenes de vuestra hija, nuestra princesa Sophía.

Entónces el cariño de padre movió el corazon del rey hacia su hijo, se encendió en cólera contra la princesa, y contestó al que le hablara:

—Levanta, yo te perdono; pero te mando que con los tuyos bajeis á esa cueva á ver si la casualidad hace que viva aún mi hijo. Y diciendo esto, ordenó venir á su hija y la condenó á ser enterrada viva en el mismo sitio en que ella había hecho caer á su hermano.

Pero la princesa, aprovechando el misterio de la noche, huyó por sendas desconocidas, y el rey envió fuerzas en su persecucion.

VI

Era una noche muy oscura, no había luna ni estrellas, y las nubes negras imprimían al cielo un aspecto siniestro.

Rossina no podía sufrir más la tardanza de su amante.

Aquella noche había bajado á rogar á la Vírgen por su dicha.

Eran las doce.

A los inciertos reflejos de la lámpara que iluminaban el

rostro de Rossina, se veía deslizarse de cuando en cuando alguna silenciosa lágrima por sus mejillas pálidas. Parecían á las gotas del rocío cuando ruedan sobre las hojas de las azucenas.

De repente se oyó llamar con precipitación á la puerta de la ermita.

Latió con violencia el corazón de Rossina, y ya iba á levantarse, cuando la puerta se abrió y vió entrar por ella á una jóven elegantísimamente vestida, adornada por todas partes de perlas y de oro.

Así que vió á Rossina:

—Jóven, la dijo, quien quiera que seáis, tened compasión de mí. Salvadme. Vienen persiguiéndome, y no sé cómo librarme.

—¿Qué quieren de vos? le preguntó Rossina.

—Yo soy princesa, tengo vehementes deseos de retirarme á la soledad del claustro; mi padre se opone, he huido del reino, y soldados suyos vienen en mi busca.

Rossina sintió agitarse en su pecho una multitud de emociones que no se las explicaba, y aturdida con la vacilación que le causaban, contestó á la recién llegada:

—Pues bien; tomad mi traje, dadme el vuestro. Yo me dejaré llevar por los que os persiguen; pero en cambio del favor que os hago, prometedme que os quedareis aquí, y que todos los días renovareis el aceite de esta lámpara.

Sophía, que la misma era á quien Rossina salvaba, prometió cumplir cuanto ésta le pedía; pero lo prometió con sus labios, mientras que en su interior formaba el propósito contrario.

Apénas habían cambiado sus trajes, las tropas del rey penetraron en la ermita, cogieron á la que ellos creyeron ser Rossina, y con ella cumplieron la orden de su señor, arrojándola en la cueva.



VII

Al otro día, cuando los pastores y los campesinos vinieron á la ermita, las flores de la imagen estaban secas, las paredes estaban como ántes de venir Rossina, destruidas y llenas de musgo y de yedra, la lámpara estaba enmohecida, no tenía aceite, y su luz no ardía.

Preguntaban por Rossina, y nadie sabía de ella.

La buscaban por todas partes, y nadie la encontraba.

Y el padre de Rossina lloraba sin consuelo; preguntaba por su hija, y nadie le contestaba.

Todos quedaron asombrados; pero mucho más se asombraron cuando, derramando aceite en la lámpara, la lámpara se quedaba sin él, y su luz no ardía.

—¿Qué es esto? ¿qué es esto? se preguntaban llenos de espanto.

Y querían reedificar la ermita otra vez; pero el yeso y la piedra se deshacían, y el aire se los llevaba, como se lleva el polvo. ¡Y el musgo y la yedra quedaban siempre encimal

VIII

Mas Rossina decía bien que sería feliz, porque tres veces había soñado felicidad; pues no bien las tropas del rey la dejaron caer en la misteriosa cueva, cuando vió entre la oscuridad brillar una luz fantástica que llenaba de claridad un grande espacio.

Se acercó donde estaba aquella luz, y la admiración llegó á su colmo cuando vió suspendida entre las piedras la lámpara de su ermita, la lámpara que ella tantas veces había cuidado.

No supo entonces lo que la sucedía; se arrodilló para dar gracias al cielo por aquel favor que la otorgaba; pero al doblar sus rodillas, un ¡ay! profundo, exhalado cerca de ella, se

fué perdiendo en los ecos del subterráneo, y notó que la tierra sobre que se arrodillaba se movía.

Entonces miró al suelo. Allí estaba Beni Hassan, dormido en un dulcísimo sueño.

Consiguió despertarle, y al conocerse, no supieron hacer más que llorar de alegría.

Rossina explicó al príncipe cuanto le había sucedido, y cómo se encontraba con aquellos vestidos, que él reconoció ser los de Sophía.



Beni-Hassan no sabía qué partido tomar en medio de aquel abismo, cuyas salidas ignoraba... Ya iban á entregarse á la desesperacion, cuando la luz de la lámpara comenzó á moverse, alejándose por una inmensa galería.

Ellos la siguieron sin atreverse ni aún á respirar, temiendo que su aliento la apagara.

De repente oyeron caer un objeto detras de ellos; creyeron que alguna piedra se habría desprendido, y siguieron á la luz.

Bien pronto la del dia extinguió con su mayor intensidad la claridad del subterráneo, y el príncipe y Rossina se encontraron delante del palacio del rey.

Entonces se presentaron á él y le contaron sus aventuras.

El rey los recibió con los brazos abiertos, lleno de sorpresa y alegría. Se mandó venir á Pietro, se enviaron grandes sumas para construir un magnífico y suntuoso templo donde la ermita estaba, se edificó un soberbio palacio para los jóvenes príncipes Beni-Hassan y Rossina, cuya boda se verificó con grandes fiestas, y aún hoy llama la atencion la lámpara de la ermita, que se colocó en la sala del trono, y cuya historia cuentan á los viajeros los encargados de enseñar el palacio.

IX

Pero aún no he concluido de contarte la historia de la lámpara.

Aún me falta decirte que, despues de algun tiempo, murió el rey, y entonces Beni-Hassan fué rey, y reina su esposa Rossina.

Y como quisieran perpetuar la memoria de aquella cueva que minaba el palacio, pensaron hacer de ella un magnífico subterráneo que sirviese de panteon á los soberanos de aquel reino.

Vinieron trabajadores, y un dia se encontraron entre las piedras un monton de huesos y vestidos destrozados. Los presentaron á los reyes, y Rossina conoció en seguida el vestido que cambió con Sophía.

Era que Sophía, apénas sacaron á Rossina de la ermita, desfiguró su rostro y se encaminó al palacio de su padre, y

como iba gozándose en la muerte de Rossina y Beni-Hassan, y pensando en llegar de noche para no ser descubierta, no se acordó de que en aquel camino estaba la trampa que había



hecho abrir para su hermano. Por eso pasó descuidada por encima de ella, la abrió el peso de su cuerpo, y se volvió á cerrar para siempre, dejándola caer en aquella oscura cárcel.

Este había sido el ruido que los nuevos reyes oyeron cuando seguían la luz.

Pero Sophía no tuvo luz que la guiase, porque ella no había querido verter aceite en la lámpara; así es que no supo salir de la cueva, y las fieras rasgaron sus vestidos y despedazaron sus miembros.

Y los reyes destinaron el primer sepulcro de aquel panteón á guardar eternamente los restos de Sophía.





LA CAMPANA DE OFFELIA

I

Había en un valle sombrío de la Suecia una ciudad antigua, construida á la falda de una escarpada roca, en cuya cúspide se levantaba majestuosamente el castillo de los condes de Philipstad, con sus minaretes góticos y su torre, que parecía elevarse hasta los cielos.

Cuenta una tradicion antiquísima que hubo un tiempo en que la campana de la torre tocaba casi todos los días, y más tarde casi todas las noches; y como los vecinos de la ciudad y los habitantes del castillo estaban muy seguros de que nadie la tocaba, y la oían sonar hasta en los momentos en que ni el más leve soplo del aire movía las hojas de los árboles, andaban consternados, y se apoderaba de ellos un pánico tal, que corrían á refugiarse en sus casas.

Las madres abrazaban á sus hijos, y les decían:

—Oid, hijos míos: ya suena la campana del castillo para avisaros que seáis buenos; y haciéndoles cruzar sus blancas manecitas, murmuraban en coro una sentida oracion.

II

Queriendo saber el origen de aquella tradicion, encontré un pobre anciano que me la contó de la manera siguiente:

El condé Enrique de Philipstad y su virtuosa esposa Eugenia fueron los primeros habitantes del castillo. Eran tan buenos, que un dia pidieron á la Virgen les avisase, por medio de una señal ostensible, el momento en que la ofendiesen en lo más mínimo, para arrepentirse y llorar su pecado. Y lo pidieron con tanta fe, que cuando por su mente cruzaba el más leve pensamiento impuro, sonaban tres golpes en la campana de la torre; mas aún no se habían perdido sus melancólicos ecos entre las ondulaciones del aire, cuando ya se habían arrepentido de él, y Dios les había perdonado.

A su muerte, el condado pasó á sus hijos, de uno de los cuales nació Offelia.

Y la campana del castillo seguía tocando de vez en cuando; pero desde que nació Offelia se la oyó sonar con más frecuencia.

Porque Offelia era tan perversa, que apenas pasaba un cuarto de hora sin que su mente concibiera una idea criminal; y haciéndose sorda al aviso del cielo, ponía en ejecucion sus planes.

Nada le importaba que para conseguir sus más raros caprichos, para satisfacer sus más pueriles deseos, fuera necesario cometer las mayores atrocidades.

Ella había envenenado á su hermana mayor, para ser dueña de todo el condado. Ella había acelerado la muerte de su padre, y ella, cuando se vió sola y aclamada como señora de todos aquellos dominios, mandó arrancar el badajo de la campana; pero no encontrando quien ejecutara su mandato, le ató ella misma, para que no le atormentara más con sus continuas vibraciones.

III

Una noche, Offelia había tenido una escandalosa orgía en su castillo. Se había permitido todo género de liviandades, y cuando se retiró á su dormitorio, se asomó á la ventana á respirar el aire fresco de la noche.

No cruzaba por el cielo ni la más ligera nube; las estrellas despedían un fulgor muy pálido, y la luna llena derramaba su luz sobre las piedras de la montaña, cuyas sombras proyectaban extrañas siluetas.

Offelia miró al foso del castillo, abrió desmesuradamente sus ojos, retorció sus manos, se erizaron sus cabellos, que aún estaban cuajados de perlas, y enredados en su corona condal, dió un grito horrible y retrocedió espantada.

Era que había creído ver la sombra de su padre y de su hermana levantándose sobre el fondo del abismo.

Pero luego se tranquilizó, porque miró más despacio y vió que todo era una ilusion, y las que ella creía verdaderas apariciones, sólo eran grupos de piedras que iluminaba la luna, y cuyos golpes de luz blanca dibujaban la figura de cuerpos humanos.

Así es que dijo:

—¡Ah! Los muertos no rompen tan fácilmente las estrechas paredes de su sepultura, y yo bien puedo vengarme de Lora sin temor ninguno.



IV

Diciendo esto, y acariciando el afilado puñal que llevaba en su cinturón constantemente, se dirigió al dormitorio de Lora.

Lora era una de sus doncellas, de tan rara hermosura, que causaba la admiración de todos los príncipes que visitaban el castillo, al par que la envidia de Offelia.

Estaba dormida.

Ligó fuertemente sus manos, y la condujo á la torre del castillo.

Cuando estuvieron en ella, la dijo:

—Mira: debajo de ti está el foso, por cuyo fondo corre el río. Pues bien; si no consientes que con mi puñal te desfigure el rostro, te dejaré caer en ese abismo, y llegarás al fondo destrozada por los picos salientes de la roca.

Y Offelia le enseñaba el puñal, cuyo reluciente acero brillaba á la luz de la luna.

La desventurada Lora pedía compasión, derramando un mar de lágrimas de amargura.

Pero estas lágrimas no ablandaban el endurecido corazón de Offelia, ni sus oídos escuchaban aquellas súplicas; y enseñándole el puñal y el precipicio, la obligaba á elegir cualquiera de ambas cosas.

Horribles eran una y otra, pero Lora no tuvo más remedio que decidirse por cualquiera; estaba sola; tenía atadas las manos, no podía defenderse, y causándole espanto la muerte segura que encontraría en el fondo del abismo, se dejó desfigurar el rostro.

Offelia entonces, con espantosa calma, sentó á su víctima sobre la ventana de la torre donde estaba la campana, hizo un agujero en sus dos labios, por los que cruzó un cordón de seda, y lo ató con un nudo estrecho, para que no exhalase ni un ¡ay! siquiera.

Después se paró un momento á contemplar los extraños

gestos que hacía Lora, y riéndose de un modo satánico, la decía:

—¡Oh! Si ahora te vieran los galanes del castillo, apuesto que no se enamorarían de tu hermosura.

Y diciendo esto, se entretenía en hacerla pequeñas incisiones en el rostro, como si estuviera escribiendo en él con la punta del puñal; y cuando ya estuvo satisfecha, quemó sus hermosos cabellos, quemó sus cejas, y la dejó clavado el puñal en un carrillo.

Offelia entonces pensó para sí que al día siguiente sería descubierto aquel crimen; y aunque sabía que cualquier delito suyo quedaría impune, decidió bajar á su dormitorio, tomar un manto negro, y envolviendo en él á Lora, dejarla caer al foso.

Con esta idea abandonó la torre, dejando en ella á Lora sumida en el más profundo dolor, y sin tener ni el consuelo siquiera de quejarse.

V

Mas ¡ay! que al cerrar Offelia la puerta de la torre, una agitación horrible conmovió todos sus huesos; se oyó un trueno espantoso, que hizo temblar los fundamentos de la montaña; un huracán violento se estrelló contra las paredes del castillo, gimiendo al introducirse por los huecos de sus ventanas y de sus almenas, y en la campana de la torre sonaron tres golpes secos, que la helaron de espanto.

Por fin Offelia pudo llegar á su dormitorio; encendió la luz que tenía en su mesa delante de un espejo, y la llama era roja como las amapolas; se miró al espejo, y el espejo parecía un lago de sangre, y su cara y sus manos parecían que estaban desolladas; miró al cielo, y las estrellas y la luna las vió como lágrimas de sangre, y sus collares eran como gotas de sangre; quiso lavarse, y el agua estaba roja; quiso limpiarse, y la toalla chorreaba sangre.

Todo parecía sangre en torno de Offelia.

Era que á sus ojos habían saltado unas gotas al herir el rostro de Lora, se habían extendido en sus pupilas, y como miraba al traves de un velo de sangre, todo lo veía ensangrentado, ensangrentados su vestido y su lecho, y las paredes del dormitorio.

Rugía de cólera, se desesperaba, se tiraba de los cabellos, que tenía desgreñados como una loca, y en un momento de arrebató, se arrancó furiosa sus perlas, y sus collares, y su corona condal, y todo lo arrojó por la ventana.

Después se arrepintió; quiso coger lo que había tirado; miró al precipicio; se abrieron sus ojos como si quisieran salirse de sus órbitas, y creyendo ver la figura de su hermana que detenía en el aire la corona y las alhajas, se lanzó hacia ella con fuerza extraordinaria.

Pero todo había sido una ilusión de su delirio, y Offelia rodó, hecha pedazos, hasta el fondo del precipicio.

Al caer se oyeron tres golpes secos en la campana de la torre.

VI

Lora, mientras tanto, á fuerza del dolor intenso que sentía en su cabeza, se quedó como aletargada. En su dolorosa pesadilla creyó ver que subía por el aire una doncella vestida de blanco, que traía en sus manos la corona y las alhajas de Offelia, que se acercaba, la curaba las heridas, la desataba sus manos y rompía el nudo del cordón que sujetaba sus labios.

En aquel momento dejaba escapar por el espacio la campana sus tres últimos golpes.

Al ruido volvió Lora en sí, y se incorporó.

Entonces el puñal se desprendió de su carrillo, y cayó por la ventana de la torre. Se encontró con sus manos libres, y se las llevó á la cabeza, tocando en ella un montón de abundan-

tes cabellos llenos de perlas y enredados entre la corona de Offelia.

A la luz de la luna vió brillar sobre su pecho y en sus dedos los collares y las sortijas de la criminal condesa.

Estaba llena de duda y de alegría, y al mismo tiempo de espanto. Creía que cuanto acababa de sucederle sólo era un sueño fantástico; y al verse sola en la torre, al ver la inmensidad del espacio, el silencio misterioso de la noche, y la luna, que reflejaba sobre los charcos de sangre vertida por sus heridas, huyó temblando por la estrecha escalera de la torre.

Cuando llegó á su dormitorio, estaba ardiendo su lámpara; se miró al espejo para asegurarse de que no era aquello una ilusión, y el espejo la convenció de que era realidad, reproduciendo un bellissimo rostro con unos labios tan rojos como los suyos, con una frente tan blanca como la suya, con unos ojos negros, llenos de vida y expresión, y unos cabellos negros cuajados por todas partes de perlas, y enredados entre la corona de Offelia.

Entonces se hincó de rodillas en su reclinatorio, rezó una Salve á la Virgen, y pensando en Ella, se quedó dormida.

VII

A la mañana siguiente se buscaba por todas partes á Offelia, y nadie la encontraba.

La servidumbre llegó al cuarto de Lora.

Aún estaba dormida en su reclinatorio. Un paje se acercó á ella, vió entre sus manos un papel, se le quitó, le desdobló, y ¡cuál sería la sorpresa de todos al ver que estaba escrito por la mano de Offelia, con cuyas alhajas y corona veían adornada á Lora!

El paje leyó en alta voz. Era una confesión que hacía Offelia de todos sus crímenes; en ella declaraba que, no pu-

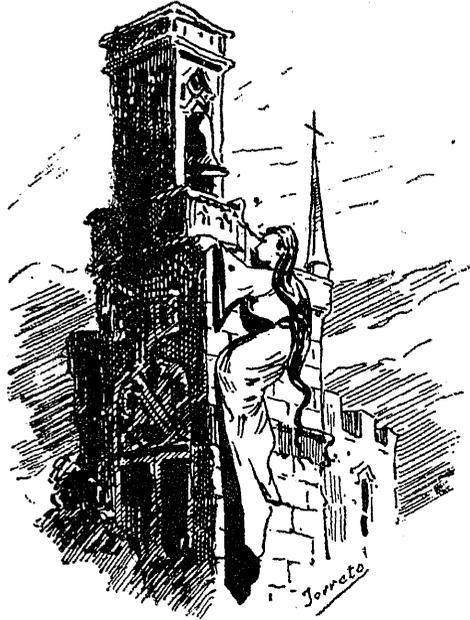
diendo resistir el tormento de su conciencia, se había arrojado al precipicio, y que cedía todos sus dominios á Lora.

Lora despertó con la lectura de la carta.

Aquel mismo dia se la aclamó por la señora del castillo; y todos la adoraban, porque era un modelo de bondad y de virtud.

VIII

Pero en el dormitorio de Offelia se oían todas las noches unos ayes lastimeros, que nadie sabía por dónde se exhalaban, y, aunque Lora no podía ser mejor, cuando en el reloj de



la ciudad vecina sonaban las tres de la mañana, otros tres golpes sonaban en la campana del castillo.

Nadie sabía por qué sonaba la campana.

Pero una noche muy oscura, un honrado vecino de aquellas cercanías salió de la ciudad para llegar á otra al amanecer.

Al pasar por enfrente del castillo vió levantarse entre la oscuridad del foso á la criminal Offelia, la vió trepar por los riscos de la roca, cuyas piedras la herfan, dejando en pos de sí una sangrienta huella; la vió llegar hasta la torre, abrazarse á la campana, recorrer el horizonte con una mirada siniestra y recelosa, y erizarse sus cabellos; la oyó reir de un modo infernal, la vió coger con nerviosa fuerza un puñal que llevaba en la cintura, dar tres golpes con él en la campana, como si la quisiera herir, y despues, hundiéndolo en su pecho, caer otra vez al precipicio, tropezando con todas las piedras y con todos los espinos de la montaña.

IX

Esto, que lo vió uno solo, lo vió despues todo el pueblo durante muchos años, que á la misma hora se repetía la misma ilusion fantástica.

Lora murió en opinion de santa.

Y los restos de Offelia deben estar aún allí sepultados entre los escombros, que el tiempo y las lluvias, las nieves y los vientos han ido dejando caer del castillo, que hoy ya no es más que un monton de ruinas.

Por eso á la campana de la torre se la estuvo llamando por mucho tiempo la *campana de Offelia*, hasta que un dia fué fundida por una exhalación que cayó sobre la cúpula del castillo.



LAS LÁGRIMAS DE FLÉRIDA



I

irad. ¿Veis ese monton de piedras negras, por entre las cuales corre el agua cenagosa, arrastrando hojas podridas y amarillentas? ¿Veis esos troncos de árboles carcomidos, que se cruzan entre las piedras, detienen el agua y forman pequeños estanques, que exhalan estufios pestilentes?

Pues bien: en aquellos tiempos todo eso era el cauce de un caudaloso río que bañaba la falda de la montaña. Sus aguas eran blancas como una cinta de plata; sus orillas estaban cubiertas de verde musgo, de árboles frondosos cargados de fruta y de flores que le daban un suavísimo perfume. Y el río jugueteaba y sonreía, entreteniéndose en dar vueltas por el valle. Pero un terremoto sacudió la montaña, y los troncos de

árboles desgajados, las piedras arrancadas de su base, la tierra y el polvo, todo cayó sobre las aguas del río, dejándole poco á poco como está hoy, turbias sus aguas, sin amapolas ni siemprevivas sus orillas!



II

En una casita blanca como la leche, que no léjos del río se levantaba, vivía una madre que tenía una hija muy hermosa. Su frente parecía un pedazo de la luna, sus ojos dos pedazos del sol, y sus labios unas cuantas hojas de la flor del granado, con las que el niño de la venda se entretuvo quizás en envolver dos sartas de limpias perlas.

Se llamaba Flérída, y todas las mañanas bajaba donde las aguas del río estaban más cristalinas, lavaba su ropa, y se volvía á su casa.

Un día se empeñó en separar un tronco de entre unas piedras, y el espíritu del río, que dormía, se despertó y apareció entre los arbustos.

Era muy jóven, por más que tenía tantos años como el diluvio.

Tenía una mirada irresistible, y habló á Flérída de una manera tan atractiva, la miró con una mirada tan elocuente, la explicó su amor con tan poéticas frases, que consiguió fascinar su corazón aún tierno, y no tuvo más remedio que amar también al espíritu del río, que, además, era muy bello, muy gentil, y más rico y poderoso que todos los ricos y poderosos conocidos.

Se arregló la boda con mucho gusto de la madre de Flérída, y estaba esperándose á que amaneciera el siguiente día

para poder llamarse esposos los dos jóvenes tan repentinamente enamorados.

Las aguas, entre tanto, se agitaban y se revolvían, y entre los maderos y entre las piedras formaban una espuma blanca, que al deshacerse producía sonidos siniestros y melancólicos.



III

entre tanto, Narciso, que todas las mañanas bajaba al río por la orilla opuesta á la en que Flérída lo hacía, y la contemplaba por detras de la maleza, vino aquella tarde muy triste, muy triste, lloraba mucho, y decía:

—Venid, venid hasta mí, deliciosas brisas de la primavera, impregnadas de los suaves perfumes de las acacias y de las violetas.

Venid, armoniosos sonidos de los pájaros y de las aguas, misterioso murmullo del bosque, notas incomprensibles que vibraís en las ligeras ondulaciones del aire.

Venid, venid, y consolad mi amargura; enjugad siquiera por un instante una lágrima de tantas como mis ojos lloran. Consolad por un momento la melancolía de mi alma, y daos prisa, daos prisa, porque un minuto más tarde, ya no podreis consolarla, porque un minuto más tarde ya volará perdida por la inmensidad del horizonte de sus penas.

¡Triste está como la tristeza misma, triste como el suspiro que se escucha por el centro oscuro del abismo! ¡Triste como el siniestro canto de las aves que ciernen su vuelo entre las nubes de una noche sin luna y sin estrellas!

Porque mi corazón está enamorado, y no tiene esperanza;

y, si quereis tener una idea del mayor desconsuelo que en la tierra existe, acordaos del corazon que ama y no tiene ni la más leve esperanza de conseguir el objeto amado.

¿Qué importa la libertad perdida, si en la esclavitud que se llora se posee al objeto que se ama?

¿Qué la amargura, ni la angustia, ni los dolores, ni el martirio, si el martirio, y los dolores, y la angustia, y la amargura son placeres, felicidad, encanto y dicha cuando á nuestro lado vive el sér á quien amamos?

Yo no dejo de exhalar suspiros de mi alma, que por el aire lo dejo para ti, Flérida mia.

Y sin embargo, cuando no habrá hueco alguno entre las piedras que no guarde en su centro un suspiro mio, cuando todos los cálices de las flores, todas las hojas de los árboles, todas las gotas de agua, todos los átomos del aire y todas las aristas que vagan al azar entre sus giros, habrán recogido ya un suspiro de tantos como te envió, ni á tu lado habrá llegado ninguno, ni sabes que por tus amores los exhalo, ni Dios sabe si los recogerías, aunque lo supieras.

Porque tú recoges otros suspiros que muy puros han de ser para serlo más que los míos, que, eternos han de ser, y han de acabar ántes que los míos.

¡Ay, Flérida, Flérida mia!

Este era el canto del enamorado Narciso, que venía á despedirse para siempre de aquel rio, testigo de sus ocultos amores.

Tanto amor era capaz de enternecer á las piedras; así es que las aguas bien pronto se enternecieron, tuvieron lástima de Narciso, conocieron que si su amor se contenía sin comunicarlo á Flérida rompería al fin su corazon, y le dijeron en el lenguaje de sus espumas:

—No llores más, Narciso, no llores; sabemos tu desgracia, y no hay cosa más fácil que dar remedio á ella.

—¡Oh! No lo creo, decía Narciso; mi rival es muy poderoso, es hermoso y rico; ¿cómo quereis que yo le sobrepuje?... ¡Ademas, mañana, cuando vuestro sueño se despierte al nuevo

dia, irán los amantes hacia el templo, y volverán de él unidos para siempre!

Al oír esto las aguas se reían, y contestaron á Narciso:

—En tu mano está el evitarlo todo; en tu mano el vencer á tu rival, y en tu mano el que Flérida sea tuya.

—Y ¿cómo he de hacer esto? preguntó, sorprendiéndose, Narciso.

—Nada más sencillo, le contestaron las aguas. Esta noche, cuando oigas el toque de las ánimas, entra en la casa de Flérida, allí estará ella y su madre, allí estará tu rival. Cuando lo veas, haz la señal de la cruz, y comienza á rezar las oraciones. Ya verás lo que sucede. Luégo Flérida vendrá á llorar sobre nosotras.

Ven tú tambien hacia este sitio, despues que hayas llorado y despues que hayas hecho todas estas cosas.



IV

sí lo hizo Narciso.

Se dirigió á la casa de Flérida.

Luégo que llegó, se sentó en la puerta. Empezaba á anochecer, y no había aún apagado el aire el eco de la primera campanada del toque de ánimas, cuando Narciso dió

un golpe á la puerta, se abrió, penetró en la cocina donde Flérida, su madre y su amante estaban, y haciendo la señal de la cruz, se disponía á comenzar el rezo de las oraciones.

No pudo empezarlo. El amante de Flérida dió un grito espantoso, se extendió por toda la cocina un olor parecido al del azufre y la pólvora, se vió una llama brillante que se apagó

instantáneamente, dejando todo aquel espacio lleno de un humo muy espeso, y en vano, disipado éste, se buscaba al amante de Flérida.

Había desaparecido, y nadie sabía por dónde...

Pasaron días y días, y no volvió: se pasó una semana, y un mes, y un año, y siempre en balde se le esperaba...



V

Flérida entonces, que estaba muy lejos de comprender que amaba al mismo diablo, que pretendía turbar su inocencia, pensó en buscarle.

También, como Narciso, fué á despedirse una mañana del río.

Flérida lloraba mucho, y Narciso, desde la orilla opuesta, oculto entre las hojas, la veía llorar lleno de consuelo y esperanza.

Las aguas se sonreían, recogían las lágrimas de Flérida, y las escondían entre las piedras.

Bien pronto se vió flotar sobre su superficie una infinidad de perlas, hermosas y brillantes como ningunas.

Y cuando Flérida fué á reunirse con su madre, dijeron las aguas á Narciso:

—Coge todas esas perlas que se han formado con las lágrimas de Flérida. Haz que ella y su madre traguen una, y en seguida tendrán hacia ti, aquélla un amor profundo, que hará olvidar el que tenía, y ésta un cariño inmenso. Guarda la mitad de las perlas, y vende despues las otras, por las cuales te darán muchas riquezas; pero ¡ay de ti si parte de ellas no las empleas en limpiar nuestro cauce, embellecer nuestras

riberas y plantar en ellas árboles y flores, porque entonces las perlas se volverán agua, y Flérida y tú sereis ahogados debajo de nuestras olas!

Ya veis si Narciso se pondría contento cuando supo todas stas cosas. Prometió firmemente dar gusto al agua, y se fué tan apresurado á la casa de Flérida, que por poco se le caen todas las perlas en el camino.

Cuando llegó, estaban cenando. Dejó caer con mucho disimulo una perla en cada vaso de agua, y lo mismo fué que la madre y la hija bebieron el agua, se sintieron de una manera tal inclinadas hacia él, que se le querían comer de tantos besos y de tantos abrazos.

¡Qué tiempos aquellos!

De modo que al dia siguiente se celebró con toda solemnidad la boda de los dos tiernos amantes, porque las perlas habían hecho su efecto.

Los esposos eran muy felices. Se querían mucho; habían vendido la mitad de las perlas por una cantidad fabulosa, y con la otra mitad se hizo Flérida riquísimos collares, diademas y brazaletes.

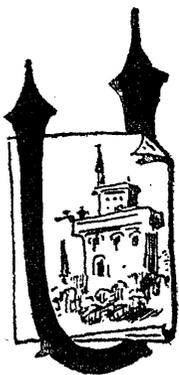
Pasaba tiempo. Narciso aún no había dicho á su esposa sus compromisos con el río.

Al fin, un dia se los dijo, y la hermosa Flérida le respondió:

—¿Por qué hemos de disminuir nuestra riqueza tanto como es preciso para embellecer el río?

—Tienes razon, continuaba Narciso; las aguas corren, y las que nos amenazaron con ahogarnos, ¿en dónde estarán ya? Despues de todo, si aún están aquí, vayámonos á vivir mil leguas más allá, que allí no llegarán, por más que corran.

Así lo hicieron, y cuando llegaron al sitio á donde iban, compraron un hermoso palacio, en donde vivían tranquilamente.



VI

n día que Flérída y Narciso estaban tomando el sol en el terrado de su palacio, dijo Flérída á su esposo:

—El clima es excelente; desde aquí se descubren magníficos paisajes y muy pintorescos pueblos. Vayámonos un poco

tiempo á recorrer todos estos poéticos horizontes.

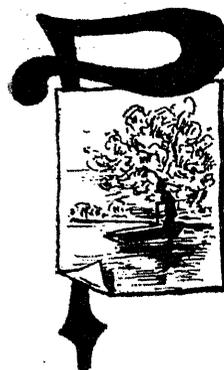
—Soy de tu mismo parecer, la contestó Narciso; disfrutemos del incomparable placer de viajar, de conocer lo desconocido, de saber cómo es el mundo en que habitamos; y puesto que nuestros bienes nos lo permiten, no pasemos la vida encerrados siempre en nuestro palacio, pues concluiremos porque nos aburra su monotonía.

Así lo hicieron.

Adornó Flérída su cuello con los collares de perlas que habían sido sus lágrimas, y empezaron muy contentos su proyectado viaje.

Atravesaron muchas ciudades y muchos reinos y se alegraron con la vista de suntuosos monumentos, de divertidos espectáculos y de frondosos jardines llenos de árboles, de frutas y de flores.

En los primeros momentos, huían de todos los sitios en que encontraban agua; si veían una laguna, volvían atrás; cuando llegaban á los mares, viajaban por la playa, y como un día tuvieran que atravesar un estrecho y llegaran á la opuesta orilla sin que nada les sucediera, se burlaron del río, y lo mismo andaban por la tierra, que navegaban por las aguas, sin temor á ningun peligro.



VII

ero los ríos son muy largos, y desde que en la montaña nacen de los manantiales ó del derretimiento de la nieve hasta que sus aguas dulces se mezclan con las saladas de los mares, cruzan valles y campiñas, se

tuercen, se quiebran en cascadas, se esconden por debajo de la tierra y vuelven á salir, descansan en forma de lagos y lagunas y forman arroyuelos y canales, porque no hay nada más inquieto que los ríos.

Pues bueno: andando andando, Flérída y Narciso llegaron á un sitio delicioso. Había muchos árboles y muchas flores. Era de noche, y la luna retrataba su fantástica claridad sobre las aguas de un lago tan tranquilo y trasparente, que parecía dormido en el nido que le tejían las flores y los árboles. Al otro lado del lago se oía una música melodiosa, cuyos dulces ecos adormecían.

Un barquero ofrecía á los esposos su góndola para pasar. ¡Ellos admitieron y comenzaron á atravesar el lago!

Mas ¡ay! cuando Flérída y Narciso se encontraban en la mitad del lago, se oscureció la luna entre las nubes, se extinguió la música entre los ecos tristes del huracán que silbaba, se levantaron espumosas olas, y, cuando las aguas humedecieron las perlas de la ingrata Flérída, se volvieron agua.

Empezaron á subir las aguas.

Flérída y Narciso se arrepentían; pero se arrepentían tarde, y cayeron ahogados debajo de las olas, porque aquellas aguas eran las aguas de aquel río.

¡Luégo el huracán cesó, brilló otra vez la luna, quedó el lago tranquilo, y el gondolero, que era ni más ni ménos que el primer amante de Flérída, miraba impassible el sitio donde ella y Narciso habían sido sumergidos, y se mecía sobre su góndola, lanzando diabólicas carcajadas!



LAS ESPIGAS DE FLORA

I

¡Mañanita querida, mañanita de los vapores de rosa y nácar, la de las nieblas de coral y oro, la de los besos de flores y los suspiros de esencia,

Mañanita que al mundo
das alegría:
recibe los saludos
del alma mía.
Que tu rocío
haga crecer la siembra
del campo mio!



Así cantaba la hermosa Flora, más alegre que la mañanita á la que enviaba sus tiernos saludos.

Así cantaba, y con sus blancas manos, que parecían manojos de jazmines, sacaba de su delantal puñados de trigo, los esparcía por los surcos, y conforme los dejaba, les decía:

—Caed, granitos de oro, caed; no os dé miedo vivir debajo de la tierra en sitio oscuro, porque allí encontrareis alimento, porque las nubes luégo se abrirán por encima de

los aires, os refrescará la lluvia y se dormirá sobre vosotros el rocío.

Caed, que el sol entre tanto os dará vida, tanta que no cabrá en vosotros mismos, y así os hareis grandes, querreis ver al sol para darle gracias; se romperá vuestro envoltorio débil, y la tierra que os rodee se estrechará, dejándoos paso libre.

Entónces sí que estaré contenta, granitos de oro...

Caed, porque la luz colorará de verde esmeralda vuestras alargadas hojas; tendreis tallos esbeltos, y sobre cada uno de ellos mecerá el aire una espiga con muchos granos.

Lo ménos sereis cada uno un ciento...

Caed... ¡quién sabe si algun día sereis el pan de los pobres, que morirían de hambre sin vosotros!...

II

Dos granos que habían caido juntos, oyeron á Flora las palabras que les decía.

El uno de ellos se conformó con la suerte que le esperaba, y dejó que la tierra le envolviese.

El otro, por el contrario, cuando se vió debajo de ella, se levantó orgulloso y salió sobre la superficie á gozar del aire y de la luz.

Pero, apénas había salido de su encierro, cogióle un pajarillo, alzó su vuelo y se perdió entre las ramas de los árboles.

En tanto el otro se nutrió, creció y se cumplió la profecía de Flora: tuvo muchas hojas y muchas espigas.

III

Dicen que Flora volvió al tiempo de la siega, y entre uno de los haces que formaba, vió levantarse unas espigas, hermosas como ningunas y más grandes que todas.

Llena de asombro, las sacó de entre las demas, comenzó á mirar sus granos, y su admiracion llegó al extremo al ver que formaban entre sí una inscripcion que decía:

«Tened paciencia, y Dios premiará vuestra virtud.»

IV

Flora corrió entónces al pueblo, ansiosa de mostrar tal maravilla, y las espigas corrieron de mano en mano, primero entre los segadores, y despues entre todos los vecinos.

Los que eran impacientes y soberbios, como el grano orgulloso, no envidiaron la suerte suya; vieron en las espigas un aviso de Dios, y enmendaron costumbres desde entónces.

Los que eran pacíficos y resignados quisieron serlo más, esperando, no en balde, el premio sus que se les anunciaba.

Todos acudieron á la ermita, hicieron fiestas, repicaron las campanas, y las espigas fueron colocadas en la pila del agua bendita.



V

No creais que la historia de las espigas de Flora es una invencion mia, no; sucedió tal como os la cuento.

Hay quien conoció á Flora: quien vió las espigas.

Y es tan cierto, que en casi todos los pueblos que visitéis, vereis cómo cuando las espigas empiezan á romperse, las primeras, las que tienen el tallo más alto y los granos más grandes, las cortan los dueños del campo en donde nacen, para ponerlas despues en la pila del agua bendita de su iglesia.



EL CAMINO RECTO

I

Allá en el centro del Océano Indico, por donde hoy cruzan sin dificultad alguna las embarcaciones, hubo en los tiempos que ya se pierden á través de la noche de la Historia, una isla maravillosa, la cual se sumergió entera en el fondo del mar, á causa de una violenta sacudida subterránea.

Por una rara casualidad, sucedió una vez que, por distinto camino y de distinta procedencia, llegaron á ella al mismo tiempo tres náufragos extranjeros.

Los tres encontraron la isla completamente desierta, y sólo en medio de ella se veía un deliciosísimo oasis que despedía una claridad extraña, y de donde el aire traía hasta ellos, en sus leves ondas, ráfagas de embriagador perfume y notas perdidas de melodiosa música.

A los tres se les ocurrió la misma idea, la que á mí y al ménos curioso se le hubiese ocurrido: la de conocer aquel lugar tan misterioso, y los tres se dirigieron hacia él.

II

Pero, apénas habían dado cuatro pasos, aparecieron delante de los tres, y sin saber por dónde, grupos de figuritas tan brillantes, que no se las podía mirar sin que la vista se deslumbrase. Bailaban, cantaban y ejecutaban unos ejercicios tan divertidos y unas pantomimas tan graciosas, que dos de los náufragos se detuvieron á distraerse con ellas y gozaban y se reían á carcajadas, hasta que las figuritas desaparecieron en la misma forma que habían aparecido.

El tercero de los náufragos, al ver que las figuritas detenían sus pasos, las derribó de un puntapié, y siguió sin pararse, adelantando á sus compañeros.



III

Cuando los náufragos entretenidos habían andado un cuarto de legua, y una su compañero, se levantó al lado de cada uno de los tres un grupo de alegres y hermosas bailarinas, que, formando coro y danzando alrededor de ellos, les fascinaban con sus rápidos movimientos y con los juegos de transparentes gasas que al bailar entrelazaban.

Los dos náufragos se detuvieron muy contentos á gozar de aquel placer tan inesperado, y cuando la danza terminó, apuraron los licores que en cristalinas copas les ofrecieron las

bailarinas, las cuales se desvanecieron bien pronto, dejándolos con la boca abierta.

El tercer náufrago, rasgando las gasas, atropellando á las bailarinas y derribando las copas, siguió imperturbable su camino, dejándose ya muy detras á sus compañeros.

IV

Una legua habían andado ya los dos curiosos, y dos el indiferente, cuando brotaron como por encanto tres montones de monedas de oro y de billetes, ya por entónces inventados, uno



delante de cada náufrago, y tres enanos indios comenzaron á llenarles los bolsillos.

Los dos náufragos que se habían parado delante de las figuritas primero, y ante las bailarinas despues, paráronse también ante los enanos, y no cabían en sí de gozo al ver que tampoco les cabía más dinero en sus bolsillos ni en los forros de sus trajes, que para llenarlos se los descosieron, á la manera que lo hacen los que son invitados á grandes banquetes.

Pero el otro náufrago dió un papirotazo al enano, que comenzó á dar vueltas como una perinola, hasta que se deshizo, y saltando por encima del monton de oro, siguió su camino recto hácia el oasis.

Cuando llegó á él, se presentó ante su vista lo que jamas se ha presentado ante la de mortal ninguno.

Una niebla de finísimo polvo de brillantes se extendía por la entrada, á la cual salieron á recibirle dos lindísimos pajes. Le cogieron de las manos, y atravesando por un incomparable eden, donde se experimentaba una felicidad indescriptible, llevaronle al centro del oasis, en el que se alzaba un espléndido trono, debajo de cuyo dosel estaba la reina más bella que han visto las generaciones, y en cuyo derredor bailaban de gusto hasta los pajarillos que con sus gorjeos alegraban las verdes enramadas.

—Siéntate, dijo la reina al náufrago; siéntate á mi derecha, y conmigo compartirás las dulzuras del trono que tenía preparado para quien, como tú, viniera á buscarme por el camino recto; desde hoy serás el rey de este venturoso oasis.

Y lo fué, en efecto, viviendo con la reina dilatados años, hasta que murieron de viejos.

V

—¿Y qué sucedió á los otros dos náufragos?

—Muy sencillo. Sucedió que, como se empeñaron en ver las figuritas, cuyos resplandores les deslumbraban, se les cayeron los ojos en el camino; como bebieron los licores con que las bailarinas les brindaron, y que no eran sino tósigos infernales, se vieron acometidos de dolores agudísimos, y como se cargaron de tal modo con el oro de los enanos, no podían andar; así es que quedaron en el camino, sin conseguir llegar al oasis; por supuesto que, aunque hubiesen llegado, hubiera sido tarde, y aunque hubiera sido temprano, no les hubiera admitido la reina pura que les esperaba, al ver que eran tan entretenidos, que tenían tan poca firmeza en su voluntad, y que llegaban, sobre todo, tan imperfectos.



EL ESQUELETO VIVO

I



ecorriendo las elevadas montañas de Sílcilis, que á lo largo del Nilo se levantan, es fácil que el viajero llegue á un sitio, en el cual se oyen gemidos lastimeros, como si algun sér viviente de agudísimos dolores se quejara; pero es tambien fácil que, al recordar que las aguas de aquel sagrado rio son un criadero de cocodrilos, atribuya á éstos aquellos gemidos, y no pare en ellos su atencion.

Yo, en uno de mis frecuentes viajes por el Egipto y la Nubia, despues de disfrutar de los magníficos panoramas que á mis ojos ofrecieron las alturas de la cordillera líbica, Djebel-Mahagat y las gargantas de Taphis, detúveme una tarde, sofocado por aquel sol ardiente, á la sombra de un sicomoro,

que se levantaba sobre la falda de aquellas montañas. Cerca de él ahondaba la roca un antiquísimo hipogeo, cuya entrada presentaba un magnífico conjunto artístico de piedras y de ruinas, por cuyas grietas brotaban los narcisos y se entreteñían zarzales y violetas.

Abstraído en una inmensidad de consideraciones que se sucedían en tropel en mi mente, fascinado á la vista de aquellos restos de la civilización antigua, que parecían como suspiros lanzados por un pueblo moribundo, llegó, sin apercibirme de ello, la noche.

II

Desconocía por completo el terreno, y decidido á dormir entre los riscos que á mi lado había, interrumpieron mi tranquilidad unos ahogados suspiros que por la entrada del hipogeo se escuchaban, como si él mismo los exhalase con sus labios de granito.

La curiosidad me trajo hacia aquel sitio, y penetré en el subterráneo.

La luna, tantas veces adorada por aquellos pueblos, que dormían el eterno sueño de la muerte entre el polvo de sus templos, iluminaba con una luz tan viva, que no parecía de noche.

A la misteriosa claridad que difundían los rayos del astro de la noche, deslizándose por entre las hojas y las piedras, pude ver en las paredes indecisos restos de jeroglíficos, inscripciones y bajo-relieves de los tiempos faraónicos.

Sobre mi cabeza caía de cuando en cuando alguna gota de agua filtrada, y algunas estalactitas y trepadoras entorpecían mis pasos.

Creíme entonces trasladado al funerario cuartel de las Memnonias, y los recuerdos históricos causaban una emoción tan triste en mi alma, que caía de mis ojos convertida

en lágrimas, lágrimas que me hacían pensar que las gotas que se desprendían de las montañas eran también lágrimas arrancadas á la fuerza de un dolor parecido al mío.

A cada paso me imaginaba que se rompían aquella multitud de ibis, de cocodrilos y de esfinges; aquella infinidad de hombres-serpientes, de discos y de cuernos; aquellos grabados de Nephtys y de Osiris, de Isis y de Ammon, y de tanta divinidad egipcia; creía ver levantarse entre tanto símbolo, sacudiendo el polvo de sus huesos y rompiendo sus perfumadas ligaduras, alguna Cleopatra, algún Ptolomeo ó algún Faraon momificado, y les oía reprenderme por el atrevimiento con que perturbaba aquel silencio eterno.

III

Esforzándose por descifrar algunos de aquellos signos casi borrados por el tiempo, por el aire y por las aguas, mi corazón se heló de espanto. Una infinidad de lucécillas fosfóricas se encendían en torno mío, y se perdían en la oscuridad de la cueva, como si fuera una iluminación fantástica, y los suspiros que me habían decidido á entrar, resonaron clara y distintamente á mi espalda.

Entonces volví la cabeza, y lancé un grito de horror.

Había en el suelo un esqueleto tendido, un esqueleto que se retorció, haciendo crujir sus huesos carcomidos, como crujen los manojos de las cañas secas cuando unos sobre otros se amontonan.

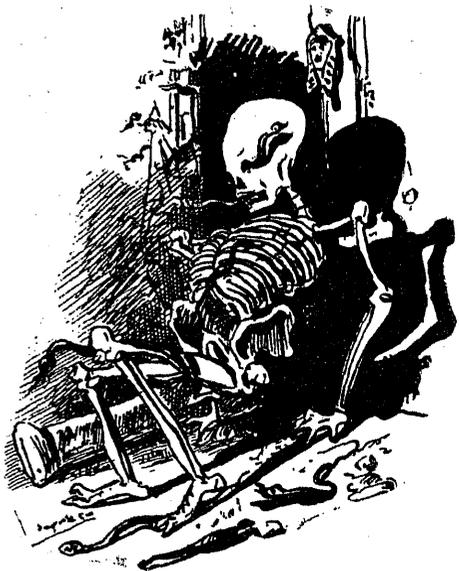
Al acercarme á él, una infinidad de lagartos y de culebras saltaron por entre los huesos de sus costillas y por entre los agujeros de sus ojos, de su boca y de sus narices, y así saltaron, como salta la espuma de la cerveza cuando se levanta el tapon que la comprime; parecía que en las cavidades de su cráneo y su pecho tenían formado su nido.

Y los huesos, conforme salían los reptiles, chocaban unos

con otros, como si tuvieran vida y sensibilidad, como si entré sus poros se agitase un sér incomprensible, como si estuviera, en fin, aquel esqueleto vivo.

IV

Luégo le ví incorporarse.



Necesité entónces un valor inusitado para verle, y no caer en un desmayo de miedo y de turbacion; pero más aún le necesité cuando oí exclamar, sin que supiera por donde:

—Oye tú, cuyos huesos están cubiertos de carne aún, cuyos oídos y cuyos ojos todavía oyen y ven; cuya vida lo es todavía suficiente para tener la dicha de poder conquistar la eterna, ejercitando en aquélla las buenas obras, haciendo que todos tus actos sean agradables á los ojos del Increado, y conservando siempre tu conciencia pura y tranquila, sin zo-

zobra ni remordimiento alguno: si algun día, por las montañas que se levantan sobre nuestras cabezas, te encuentras algun monje copto, con su traje humilde y con su barba blanca, dile que has oído á Thamar gritos de dolor y de angustia; dile ¡ay de mí! dile que me has visto como me estás viendo, dile que padezco horriblemente, dile que apenas los granos que se desprenden de esta roca comienzan á cubrir mis huesos, los reptiles que en ellos viven los mueven, y caen los granos al suelo, y siempre estoy sobre la tierra, y no hay nadie que quiera darme sepultura!

Y diciendo esto, lanzó el esqueleto un ¡ay! profundo, que fué de eco en eco perdiéndose por aquel prolongado espacio.

Yo estaba desvanecido.

No sabía si atreverme á preguntar á aquella vision extraña: me creía acometido de una espantosa fiebre ó de un calenturiento delirio.

Al fin me decidí, y le pregunté:

—Díme tú, voz que de entre esos huesos sale, sin que yo aún por dónde acierte: ¿Qué poder secreto mueve tus labios y tu lengua, que ya dejaron de serlo? ¿O es que mi fascinacion es tal, que sólo veo en ti un esqueleto, y eres en realidad un sér viviente?

—No, me dijo; no soy un sér viviente, si al preguntarme que si lo soy, que si soy como el sér tuyo me preguntas: pero sí soy un sér viviente, porque aunque sólo soy un esqueleto y mis huesos están desnudos y frios, tienen sensibilidad y vida, pues así le plugo que la tuvieran á la voluntad de Aquél que con ella le es posible hacer tales cosas, que no alcanza á comprender nuestra limitada inteligencia.

Oye: yo soy Thamar. Manfalut es el pueblo donde por primera vez fué sér el sér mio.

Un dia, atormentándome la vida pacífica de aquel sitio, y cansada de mi marido Ismail, huí á Menfis, adorné mi cuerpo con todas las galas que me fué posible, peiné mis cabellos provocativamente, abrí mi túnica hasta descubrir el seno,

vertí en mis vestidos aromas de Alejandría, y me lancé en brazos de las más escandalosas orgías.

Allí viví un año. La casualidad hizo que Ismail acertara mi residencia, y tuve que trasladarme á Syut.

IV

Una noche... ¡qué terribles recuerdos evoca en mí la memoria de aquella noche!

Se celebraba un espléndido banquete en la sala de los placeres de mi casa. En torno de nuestra mesa bailaban infinidad de voluptuosas almeas, y mis compañeras y yo caímos soñolientas en brazos de nuestros amantes, adormecidos también por el placer, por el espíritu de las bebidas y por la atmósfera, cargada de esencias y de gases.

De repente ví moverse el tapiz que cubría la entrada de la habitación. Levanté mi cabeza, y entónces ví quebrarse los pálidos reflejos de la antorcha que nos alumbraba sobre la limpia hoja de acero de un puñal; ví una mano plegar aquel tapiz maldito, y delante de mí, con los ojos inyectados en sangre, Ismail, amenazándome.

Pero yo dí precipitadamente un golpe en la pared que á mi espalda se levantaba, y que no era otra cosa sino una puerta secreta, y sin dar tiempo á que por ella penetrara mi marido, lá cerré detras de mí, y huí sin saber por dónde huía.

¡Corría, corría sin cesar; mi ceñidor se había desatado, y mis vestidos flotaban sueltos al capricho del aire; mis cabellos se habían desordenado; yo debía parecer una local

No sé cuánto tiempo corrí. Debió ser mucho, porque estaba muy fatigada. Por eso me senté á la sombra de un templo de Nephtys, por el cual conocí que atravesaba la cordillera líbica: despues volví á correr; pero cuando llegó la noche, ví debajo de mis piés, alumbradas por la luz de la luna, las torres y las columnas de Syut, como si fueran fantasmas que acusaban á mi conciencia.

¡No había adelantado nada!

Volví la cabeza asustada, y corrí tanto, que bajé aquella montaña, y subí y bajé otra, y otras muchas más.

Luégo llegué á la que sobre nosotros se levanta.

Subía por la mitad de su pendiente, cuando ví un bulto que se movía.

Era un pobre monje copto, de los que viven por estos sitios retirados.



Luchaba por enterrar un muerto, y al verme cerca de él, me rogó que le ayudase. Yo me ref de su pretension, y al llegar á mí el olor infecto del cadáver, recuerdo que le dije:

—Dejad ese cuerpo, que ya empieza á podrirse: si le enterrais, ¿qué vas á dejar á los grajos y á los buitres?

Pero ¡ay! más léjos encontré el puñal de Ismail, cuyo nombre estaba grabado en su hoja, y á los pocos pasos pisé un trozo de su manto.

Al ver estos despojos, me aseguré de la muerte de mi marido, y pensé que, muerto ya, podría dedicarme con entera libertad á mi vida escandalosa, volviendo presurosamente á Syut.

VI

Aún faltaba una hora para que los primeros rayos del sol perfilaran de color de grana los contornos de las nubes.

Yo estaba completamente destrozada, y pensé arreglar mis vestiduras y ceñir mis cabellos para entrar en la ciudad.

Al llegar aquí el esqueleto lanzó otro suspiro más profundo aún que el primero, y continuó su historia, exclamando:

—¡Oh! ¡Derrama tus lágrimas, que si al escuchar dolores las viertes, no has de escucharlos nunca más intensos que los míos!



¡En las ruinas de otro templo me senté!

Mas no bien había comenzado á combinar los rizos sueltos de mis cabellos, ví brillar delante de mis ojos los ojos de una enorme serpiente, que debajo de un capitel roto dormía,

y á quien yo sin duda desperté con el ruido de mis pasos.

Al verla, me levanté y corrí aterrada; pero yo oía arrastrarse detras de mí á aquel animal maldito.

En mi huida encontré tendido entre las piedras el cadáver de Ismail, sobre el cual revoloteaban los grajos y los buitres. Yo no podía ni quería pararme, porque la serpiente me perseguía, y me perseguía sin cesar, y yo sin cesar huía.

Luégo, cuando bajé de la montaña, ví á la falda suya un hueco que se abría entre la maleza y los riscos, y quise ocultarme en él; pero la serpiente me seguía.

Ya no tenía aliento, me faltaban las fuerzas, y caía desfallecida; me daba espanto la oscuridad, y me daba más espanto aún la serpiente; pero temía más á la última, y huyendo de ella, penetré en una oscura galería y me perdí en sus revueltas misteriosas.

VII

¡Entonces tuve un delirio horrible, el último delirio de mi vida!

Oía á la serpiente silbar, y sentía venir otras que me mordían por todas partes, y se enroscaban alrededor de mi cuerpo, oprimiéndome con sus anillos.

Luégo se abrieron mucho mis ojos, y escucha lo que vieron.

Vieron á Ismail, que llamaba con una voz atronadora á los muertos que allí dormían, y daba golpes con nerviosa fuerza sobre todas las paredes, que resonaban como si estuvieran huecas, y contestaran á su voz.

Entonces ví caerse una multitud de trozos del subterráneo, como si un terremoto agitara la montaña, y por cada uno de ellos aparecer una momia.

Mi marido cortaba con su puñal las ligaduras á todas ellas, y las decía:

—Miradla, esa es Thamar, la mujer escandalosa de Méfis y de Syut; celebremos en su honor una orgía. ¡Oh! ¡Sabed que con eso la divertireis mucho!

Y las momias lanzaban sonrisas indescriptibles, y cayéndose sus dientes al sonreír, danzaban en torno, cruzandō sus ligaduras de un modo que me desvanecía de terror.

Ismail no cesaba de exclamar:

—Mira, Thamar, mira si te quiero; te proporciono una danza como la danza de tus almeas, las de aquella noche, ¿te acuerdas?

Después las momias me abrazaban, exclamando:

—¡Qué hambre tenemos!

Y así diciendo rasgaban mis vestidos y mordían mis carnes.

Luégo rompieron mis huesos, que yo misma oía quebrarse, los roían, y cuando se vieron satisfechas, se escuchó un ruido atronador por las grietas del hipogeo, desapareciendo las momias de repente.

Yo estaba hecha mil pedazos, pero veía á Ismail coger mis huesos, ordenarlos y formar con ellos otra vez mi cuerpo.

Cuando concluyó su obra, él mismo cavó su sepultura y se encerró en ella.

VIII

Hace ya muchos siglos que estoy en este sitio.

No soy sino un monton de huesos, y aunque no soy más que esto, los lagartos que se anidan dentro de mí, y que me roen continuamente, me causan agudísimos tormentos.

Díselo así á los monjes que habitan sobre esta montaña, y si algun dia te encuentras algun cadáver, dale sepultura, sí, dale sepultura; porque si no, se levantará y dirá á los muertos:

—Mirad, mirad el hombre sin compasion, el hombre cruel que no nos hubiera dejado lecho para dormir nuestro último sueño.

Mirad al hombre infame que nos hubiera dejado sobre la tierra, para alimento de las fieras, de los grajos y de los buitres.

Mirad el hombre desnaturalizado, que nos hubiera dejado rodar al Nilo, para que nos destrozaran los caimanes.

Y diciendo esto, dió el esqueleto un tercer suspiro angustioso, y cayó al suelo.



LA DIADEMA DE ESMERALDAS

I



os guardias de un palacio se quedaron una noche dormidos, y aprovechándose de su sueño unos criminales, les asesinaron, abrieron la puerta y robaron un cofrecito donde la Reina tenía sus mejores alhajas, siendo ineficaces cuantas diligencias se practicaron en busca de los autores del crimen.

II

Una mañana muy temprano iban dos pobres hombres por un camino en busca de trabajo, con cuyo producto atender á su subsistencia y á la de sus familias.

—Dime, dijo el uno al otro: ¿No has oido tú decir que á los que son atrevidos la fortuna les ayuda?

—Cierto; pero ¿á qué viene esa pregunta?

—Porque he pensado que, puesto que vamos por el camino real, debemos ser atrevidos, á ver si nos ayuda la fortuna.

—¿Y á qué hemos de atrevernos?

A ir al palacio del Rey y decirle: «Señor, nosotros queremos que V. M. nos dé trabajo para ganar un pedazo de pan.»

No pareció mal al compañero la tal proposición; dirigiéronse ambos á la corte, llegaron á palacio y, como lo habían pensado, hablaron al Rey, el cual, oyendo á aquellos dos infelices y viéndoles llenos de miseria, mandó que les dieran un vestido nuevo á cada uno, y les dijo:

—Puesto que teneis deseos de trabajar, volved á vuestro pueblo; allí, en sus inmediaciones, hay dos pedazos de tierra descuidados y llenos de zarzas, de piedras y de espinos. Podéis limpiarlos, abonarlos y labrarlos; y despues, sembrando en ellos, cogereis frutos suficientes para poder vivir vosotros y vuestras familias.

III

Dieron á S. M. las gracias los dos amigos, y se volvieron muy contentos.

Mas cuando llegaron al pueblo, se pusieron muy tristes, porque vieron que las tierras que el Rey les había dado se hallaban en tan mal estado, que se necesitaría un trabajo im-probo para que al fin produjeran algun fruto.

Sin embargo, Juan tuvo paciencia y se puso á limpiar su tierra; Pedro, aunque tambien la tuvo, no hacía más que murmurar miéntras cavaba, y decir: «Esto dará el Rey, lo que para nada sirve.»

Pasó un año, y las mujeres, que son el diablo tentador, no hacían más que decir á sus maridos: «Mas vale que nada hagais, porque todo será tiempo perdido; esas tierras parecen de cal y ceniza, y nunca acabareis de sacar piedras y broza.

Pero Juan decía á su mujer.

—Déjalo, mujer: ¿quién sabe? Dios mandó que trabajáramos, y despues de todo, yo no hago más que obedecerle,

aunque, por más que tú digas, á fe que nuestra tierra no está tan mala hoy como el día en que nos la dieron.

Y Pedro respondía á la suya:

—Tienes razon: esto no vale nada, y desde hoy no vuelvo á clavar mi azadon sobre esta tierra: que crezcan las zarzas, la broza y los espinos, que haya hoyos y piedras, ¿qué nos



importa? No he de ser tan tonto como Juan, y miéntras él pasa los días sin provecho alguno, yo buscaré otra ocupacion que nos sea más reproductiva que la suya.

Y diciendo esto, Pedro se puso en camino.

Andando andando se le hizo de noche, y perdido en un sitio por donde cruzaban muchas sendas, se dirigió hacia una luz que se veía á lo léjos.

Llegó donde la luz aquella estaba, y se encontró con una cueva de ladrones.

Cuando éstos oyeron ruido, echaron mano á sus armas para estar bien prevenidos; pero cuando vieron que era un pobre el que se acercaba, le acogieron con cariño y le dieron de cenar.

Pedro, aprovechando aquella ocasion tan propicia, les propuso si querían admitirle en su compañía, y el capitán le admitió al verle tan alto y tan robusto.

IV

El tiempo pasaba rápidamente.

Juan seguía labrando su tierra con una constancia que admiraba, confiando siempre en Dios y en su trabajo, y resistiendo las reconvenciones de su mujer, que no era poco resistir.

Pedro seguía con los ladrones cometiendo robos y asesinatos, y pensando cómo escaparse de la justicia.

Pero sucedió un día que el capitán necesitó mucho dinero, y como no hallaba á mano una buena ocasion para robarle, decidió deshacerse de cuantos objetos tenía encerrados en su guarida, vendiéndolos en las ciudades circunvecinas.

Pensando así, llamó á todos, y repartiendo entre ellos las alhajas, les dijo:

—Tomad; vended esto como mejor podais, y pasado un mes, traedme el dinero que hayais recogido.

Cada uno tomó lo que el capitán le había dado, y se dirigió adonde más fácilmente creía poder venderlo.

V

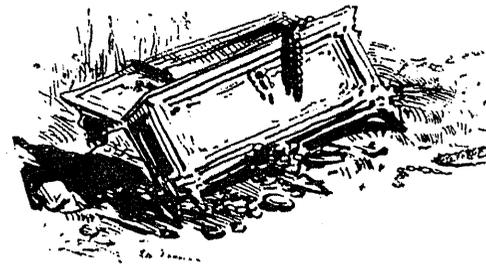
A Pedro le tocó un cofrecito cerrado. Yendo por el camino, creyó que en su pueblo podría vender á muy buen precio lo que aquel cofre contuviera, porque él conocía á todos los ricos y á todos los plateros.

Pensando en esto y en la buena vida que tenía, pues nada le faltaba, y en la miseria en que por ser tonto estaría su com-

pañero Juan, sorprendió su soliloquio el ruido de unos caballos que oyó venir á lo lejos.

Y como todo aquel que no tiene tranquila su conciencia cree que á cada momento va á ser descubierto el motivo que le intranquiliza, Pedro temió que aquella gente le alcanzase, y echó á correr como un desesperado.

Pero por mucho que un hombre corra, más que él corre un caballo, y los que Pedro oyó, bien pronto estuvieron cerca



de él. Así es que, lleno de temor, corría volviendo la cabeza á cada instante á ver si le alcanzaban. Y una de las veces que miró hacia atrás, como no vió que en medio del camino había una piedra, tropezó con ella y se cayó. El cofre se hizo pedazos; al golpe saltó la cerradura, y se esparcieron por el suelo las alhajas que contenía.

Pedro, ligero como una exhalación, se puso á recoger cuanto se le había caído; mas como en esta operación algo tuvo que entretenerse, los caballos le alcanzaban, y, por huir de ellos precipitadamente, no tuvo tiempo para coger todas las alhajas.

VI

Cuando los caballos llegaron á aquel sitio, aunque iban á galope, uno de los jinetes, que eran emisarios del Rey, vió relucir entre el polvo varios objetos que parecían piedras preciosas. Se detuvo, cogió uno de ellos, y, enseñándosele á su compañero, reconocieron ambos que era la diadema de esmeraldas de la Reina, que había sido robada en el cofrecillo que faltó de palacio, y el cual fué precisamente el que le tocó á Pedro para venderle.

Entónces los jinetes dieron espuela á sus caballos, que no corrían, sino que volaban, levantando espesas nubes de polvo.

Pedro estaba apurado; le faltaban las fuerzas; no podía correr más, y ya iba á caer rendido de fatiga, cuando de repente prorumpió en una exclamación de alegría, porque vió que estaba cerca de su pueblo, conocía un camino que indudablemente no sabían sus perseguidores, y como llegase á él, ya estaba en salvo.

Mas ¡ay! que ántes de llegar tenía que atravesar toda la tierra que le había dado el Rey, y habían crecido tanto en ellas las zarzas y los espinos, habían hecho tantos hoyos las aguas y las nieves, que el desventurado Pedro no pudo pasar, se cayó entre unas piedras, se hirió con unos cardos, y maldiciéndose á sí mismo, fué cogido por los emisarios del Rey.

VII

Y así que vieron en manos de Pedro el cofrecito, como toda la servidumbre de palacio tenía orden, desde que se cometió el robo, de ahorcar al ladrón donde se le encontrase, en aquel mismo sitio se levantó una horca, y se llamó al verdugo, que cumplió su odiosa misión, y allí sobre el tablado dejaron al ahorcado, para escarmiento, segun se dice, de los demas.

Mas resultó que como los verdugos tambien se mueren, el que ántes lo fuera se había muerto poco tiempo hacía, y el encargado de ahorcar á Pedro era nuevo, estaba poco corriente en su oficio, y, cuando concluyó la operacion, aún le dejó con vida.



Llegó la noche, que era sombría y triste, y unos cuervos que tenían sus nidos entre las zarzas y las piedras, se detuvieron sobre la cabeza de Pedro, empezando á enredar en sus ojos y á querer sacárselos.

El infeliz sentía dolores agudísimos, y como no podía moverse, se consolaba con abrirlos y cerrarlos. Entónces vió, hacia el sitio donde estaba el campo de Juan, una magnífica casa, á cuyas ventanas y balcones adornaban tantos farolitos de colores que parecía toda ella una ascua; al través de los

cristales se veían resplandecientes arañas doradas, y lujosas mujeres llenas de gasas, encajes y pedrería bailando al compás de una música deliciosa.

Un relámpago, que brilló un instante, le hizo ver que aquella casa estaba rodeada de jardines, de árboles y de fuentes, y que aquel terreno era efectivamente el que el Rey había dado á Juan, igual que el suyo.

Ya estaba próximo á espirar, cuando á corta distancia oyó una voz desgarradora que decía:

—¡Maldito sea mi marido! Si él hubiera trabajado, tendría una huerta como la de Juan, se habría encontrado un tesoro entre las piedras como el suyo, tendríamos un palacio como aquél, y nuestros hijos no se hubieran muerto de hambre, sino que se casarían, como hoy se casan sus hijas, llenas de hermosura y de riquezas.

Pedro conoció entonces la voz de su mujer que le maldecía, cuando á sí misma debiera maldecirse.

Quiso hablarla; pero los cuervos y el horrible tormento que padecía pudieron más que el verdugo, porque consiguieron arrancarle el último ¡ay! de su vida.

VIII

¿Y pensais que la mujer de Pedro se quedó sin castigo?

Pues estais en un error; porque al concluir sus maldiciones, levantó la cabeza, vió en la horca á su marido, quiso lanzarse sobre él para saciar su ira, y, enredándose entre unas zarzas, no pudo desenredarse de ellas. Entonces fué tanta su desesperacion, que derramando espuma por la boca, cayó desmayada. Si algun día cultivan aquel campo, se la encontrarán aún debajo de las zarzas, porque ni volvió en sí del desmayo, ni nadie ha vuelto por aquellos sitios desde que hace, si mal no recuerdo, 800 ó 900 años ocurrió cuanto os he referido en este cuento.



LA CÍTARA ROTA

I



Una vez había un hombre de esos desgraciados é inverosímiles de tan limitada inteligencia, que porque no alcanzan á comprender cómo el Eterno, en su infinita sabiduría, ha sabido infundir en nosotros el alma inmortal, pretenden inútilmente hacer creer que todo cuanto existe es obra exclusiva de la materia, cuyos átomos, cerniéndose al azar por el espacio, se unen, se combinan, se trasforman, y lo mismo resulta de la mezcla un hombre perfecto, una flor, un mundo, un astro ó una seta, que un repugnante escarabajo. Un incrédulo de esos que se hunden en el tenebroso abismo de la ignorancia, creyendo arrogantes que se elevan hasta el esplendente pináculo de la verdadera ciencia.

¿Qué intenciones había de tener un hombre cómo éste?
¿Qué pensamientos ni qué ideas?

El egoísmo era su único Dios, puesto que, según sus convicciones, le esperaba después de muerto el mismo fin que al puchero sucio y roto que nuestra criada arroja á la espuerta de las inmundicias.

II

Encontrábase una noche nuestro incrédulo en su despacho, meditando sobre montones de antiguos documentos y manuscritos, cuando las notas de una cítara vinieron á turbar sus meditaciones.

Se asomó entonces á la ventana, lanzando blasfemias é imprecaciones, y buscó entre las tinieblas de la noche al músico que así le distraía.

Era una pobre niña que imploraba la caridad pública cantando y acompañándose con una vieja cítara. Sus padres, muy ancianos y muy enfermos, no tenían otro consuelo más que su tierna hija, que apenas con las limosnas que recogía lograba sostener la vida de los infelices autores de la suya.

El incrédulo, lejos de enternecerse ante aquel cuadro que hubiese conmovido al corazón más duro, cogió las tijeras de su escritorio, bajó apresuradamente la escalera, se dirigió donde la niña estaba, y cortó las cuerdas de la cítara para que no le molestara más.

Y ejecutó con tanta precipitación su obra infame, que la pobre niña no tuvo tiempo ni aun de suplicarle, por más que sus súplicas hubieran sido completamente inútiles.

III

Una hora más tarde, dormían el incrédulo y la niña.

Aquél en su lujoso lecho de blandas plumas, sin conseguir fijar una solución á varios problemas que se agitaban en su mente sobre falsos principios materialistas, porque con letras

de fuego que, abrasándole, se encendían en su cerebro, le parecía leer las palabras de «¡Infame!» «¡Cobarde!» «¡Bárbaro!» Le parecía que al cortar las cuerdas de la cítara se le habían adherido á las manos, de las cuales no podía arrancarlas, pues cuantos más esfuerzos hacía, más y más se le enredaban; que en su lucha desesperada se le enroscaban al cuello, oprimiéndole cada vez más; que quería respirar, y no podía; que se ahogaba, que pedía socorro, extinguiéndose su voz en su garganta, y que moría, en fin, víctima de las más horribles convulsiones...

La inocente niña fué también vencida por el sueño, después del tormento indecible que le causó el pensar en su desventura y el dolor que produciría á sus buenos padres la noticia. ¡Ellos, que tantos sacrificios se habían impuesto, hasta pasarse días enteros sin comer por adquirir para su hija la cítara!...

Se deshacía en amargo llanto; se levantaba; se encontraba sin fuerzas para sostenerse, y volvía á sentarse, hasta que, rendida de tantas indecisiones, se quedó durmiendo.

Pero el sueño de la niña fué todo lo contrario que el sueño del incrédulo: le parecía que revoloteaban sobre su cabeza los ruiseñores, cantando de tal manera, que todo el mundo se quedaba parado, atraído por su música deliciosa; que nadie más que ella los veía, por lo que todos creían que era ella la que cantaba, y que, admirándose de oír á una niña cantar como los ruiseñores, pagaban su extraordinaria habilidad, llenando de monedas de oro su platillo; le parecía que le bajaba un ángel una cítara de valor inmenso, y con unos sonidos tan agradables y tan armoniosos, que cuantos los oían quedaban poseídos de dulcísimo arrobamiento.

IV

La mañana, con su fresco ambiente, despertó el sueño de la niña. ¡Figuraos cuál sería su admiración cuando encontró

su platillo colmado de dinero, y una cítara nueva á su lado, en vez de la suya ya vieja y gastada.

Corrió llena de alegría á decírselo á sus padres, que vivieron con su querida hija felices por el resto de sus días.

Cuando los criados del incrédulo se determinaron á abrir la puerta de su dormitorio, extrañando que tardaba en levantarse más de lo de costumbre, se lo encontraron muerto: su rostro estaba completamente negro y desfigurado, y los médicos declararon que su muerte había sido producida por una extraordinaria y repentina opresión á la garganta, que le había privado por completo de la respiración.



LOS OVILLOS DE HUMO



Apuesto cualquier cosa á que, entre tantos cuentos como te contaron cuando eras niño, no has oído todavía el de los ovillos de humo.

Lo digo porque nadie lo sabe más que yo, y no lo he contado todavía; pero voy á contártelo ahora para que tú se lo

cuentas al ama de tus hijos, ella se lo cuente á ellos y no lloren miéntas estás en el teatro ó en la tertulia con tu esposa.

Viajaba yo por el Harz, y una mañana me empeñé en subir al Ilsenstein.

Estaba cansado, y me senté sobre una piedra. Al levantarme hirió á la montaña un huracan violento, y la piedra cayó rodando á sepultarse bajo las aguas del Ilse.

Entónces ví un rollo de pergaminos en el hueco que había dejado; le cogí, le desdoblé, y desde luégo me dispuse á leer un cuento de brujas, pues todo el mundo sabe que no léjos de allí se levantan los peñascos del Brocken, en cuya cima se reunen todas las brujas el día primero de Mayo, segun cuentan las tradiciones de Alemania.

En efecto; los pergaminos contenían el siguiente cuento, firmado por la bruja Wftala:

I

Una noche muy triste lloraba la emperatriz Hildegunda sentada debajo de los tilos, y decía:

—¡Pobres hijos míos! Ellos se empeñan en recorrer el mundo, se van á perder entre los bosques y las montañas, no van á saber volver á mi castillo, y ¿qué será de la pobre madre sin sus hijos?...

Entónces Wftala, que pasaba por allí, la oyó llorar, se compadeció de sus lágrimas, y la dijo:

—No llores, emperatriz, no llores por tus hijos; yo puedo hacer que recorran el mundo sin perderse, y que vuelvan despues á tus brazos.

—¡Cómo! ¿Es cierto? le respondió la emperatriz.

—Nada más sencillo, contestó la bruja. Vámonos á mi gruta y hojearemos el libro de la ciencia mágica. Yo creo que en él encontraremos algun medio para que se consiga tu deseo.

Así lo hicieron, y, en llegando á la misteriosa gruta de Wftala, cogió ésta unos polvos que tenía en una caja encarnada, los puso sobre un enorme pebetero, derramó en ellos un líquido muy verde, y luégo, encendiendo la mezcla con una luz de azufre, pronunció unas palabras que no recuerdo si eran en caldeo, ó en árabe, ó en chino. Despues abrió con su varita mágica un libro muy grande, que estaba en un atril sostenido por una serpiente. Era el libro de los encantos.

Estuvo pasando hojas muchas horas, y, cuando el reducido espacio de la

gruta se llenó de un humo tan espeso, que se podía escribir en él, Wftala giró su varita mágica con una velocidad vertiginosa, y la hizo dar muchas vueltas. Conforme las daba, el humo de la cueva iba disipándose; era que la varita, atrayéndole con su punta, le había hilado ni más ni ménos que se hila el cristal con el soplete ó el cáñamo con la rueca, y se había formado una gran madeja de hilo, más blanco que la nieve, más blanco que la leche y que la plata.

Luégo la bruja puso la madeja sobre unas devanaderas, y devanando aquel hilo de humo en dos ovillos, se los dió á Hildegunda, diciendo:

—Toma estos ovillos de humo que he formado, y dáselos á tus hijos. Cuando se vayan, haz que cada uno ate el extremo del suyo á la puerta del castillo, que vayan desliando á medida que anden, y si quieren volver, no tienen más que ir arrollando otra vez la hebra, que ellos, indudablemente, han de llegar al extremo que se dejan atado en la puerta, viniendo, por lo tanto, al lado tuyo.

El medio era ingenioso; así es que Hildegunda pagó muy bien á la bruja los ovillos, despues de agradecerse las más que si fueran de hilo de oro. Y la bruja se puso tan contenta, que pidiendo los ovillos á la emperatriz, los hechizó, y le dijo:

—Tómalos otra vez, y ahora, cuando tus hijos quieran algo en el camino, no tienen más que pincharse en un dedo con un alfiler, dejar caer una gota de sangre sobre el hilo, y en el momento que se manche, verán conseguido su deseo, por muy difícil que les parezca.

II

tan contenta subió Hildegunda á su castillo, que se olvidó de que era toda una emperatriz, y bailaba, cantaba y corría por la montaña.

Explicó á sus hijos el misterio de los ovillos, se vistieron, se alegraron mucho, y ántes de marcharse dieron un abrazo muy apretado á su madre, ataron con nudo, casi tan apretado como el abrazo, las puntas de los hilos á la puerta del castillo, y se fueron á correr por el mundo.

Otto se fué por la izquierda, y Jorge, que era el hijo menor, por la derecha.

—¡Oh qué feliz voy á ser con este ovillo! decía Otto siguiendo su camino y desliando la hebra.

No había andado apénas media legua, cuando cometió la imprudencia de dudar de las palabras de su madre.

—¡Cómo! decía: ¿porque yo manche este hilo con mi sangre, he de conseguir lo que se me antoje? ¡Qué crédula es mi madre! Cualquiera bruja se lo ha dicho, le ha sacado el dinero por su engaño, y se ha quedado tan satisfecha. Lo que haré será tirar este ovillo. Pero, vaya, puesto que hace mucho calor y por aquí no hay sombra, probaremos si es verdad esta maravilla: á ver, hilo de humo, haz que entre estas piedras se levante un árbol muy frondoso para que yo descance bajo su sombra.

Diciendo esto, cogió el alfiler, se pinchó en un dedo, dejó caer una gota

de sangre sobre el hilo, y apenas se había manchado, se levantó un tronco muy fuerte, se cubrió de ramas, las ramas de hojas grandes que proyectaron una fresca sombra, y Otto, maravillado, se tendió en su centro á descansar, diciendo:

—Vaya, no lo hubiera creído; será la primera vez que no han engañado las brujas á mi madre.

Cuando descansó, siguió su camino, y andando andando se hizo de noche. Vió una casa, y quiso entrar en ella. Llamó, y como no quisieran abrirle, se pinchó en un dedo, dejó caer una gota de sangre sobre el hilo, y exclamó:

—Quiero que esta casa se hunda, y mueran sus habitantes entre los escombros y entre las ruinas.

Apénas acabó de hablar y se empapó el hilo de sangre, pudo seguir su camino sobre las ruinas del edificio, sin que le espantaran los ayes lastimeros que lanzaban los dueños de la casa, encerrados y aplastados entre las piedras y los maderos.

III

Empezaba á amanecer y llegó á la entrada de un bosque con tantos árboles y tan espesos, que no podía pasar: ¿qué le importaba? Quiso que el bosque se abriese dándole paso, derramó en el hilo una gota de sangre, y el bosque se abrió delante, ofreciéndole una senda muy ancha y muy limpia para que pasara.

Pero aquella mañana se había casado el rey, y como hacía una temperatura muy agradable, y en el bosque había muchos arroyuelos cristalinos, muchas flores olorosas y muchos pajarillos que cantaban, le pareció bien irse con la nueva reina á entretenerse un rato por aquellos sitios tan poéticos.

Gozando iban los dos esposos en el amor que sentían el uno por el otro, y haciéndose caricias como si fueran dos tortolitos, cuando vieron á Otto ir por la senda.

También Otto los vió, le pareció sumamente hermosa la reina, y concibió una malvada idea.

Se paró delante de ellos, se pinchó en un dedo, manchó el hilo con otra gota de sangre, y despues de mancharlo, dijo:

—Hilo de humo de la bruja Wftala, haz que el caballo del rey le interne entre los árboles más espesos del bosque y no pueda salir.

Así sucedió; el caballo del rey, por más que éste sujetaba las riendas y le hería con las espuelas, se fué metiendo entre los árboles, que no parece sino que se separaban para darle paso, y se volvían luego á entrelazarse.

Mientras tanto Otto subió en el caballo en que la reina iba, y amenazándola con su puñal al primer grito que diese, huyó con ella muy tranquilo y muy seguro de que el rey no los encontraría.

Pero sucedió, porque yo quiero que sucediera, que las tropas del rey supieron que se había perdido por el bosque, y cortando todos los árboles, le encontraron dormido sobre su caballo.

Y comenzaron todos juntos á buscar á la reina por todas partes.

IV

También la reina y Otto se habían dormido, éste de cansancio, aquélla de sentimiento al verse á la fuerza separada de su amante esposo, precisamente el día primero de su matrimonio.

Durmiendo estaba aún, cuando se acercaba el rey con sus tropas; pero al ruido de los caballos se despertaron, y Otto, viéndolos tan cerca, se creyó perdido; mas de súbito se acordó de su hilo, derramó en él una gota de sangre, y accediendo á sus deseos, empezó á correr entre él y sus perseguidores un caudaloso río.

Las tropas entonces se detuvieron.

El rey veía en la otra orilla á la reina, que le llamaba desesperada.

Otto, presenciando la escena, se reía y trataba de abusar traidoramente de la reina, la cual con todas sus fuerzas se resistía.

Por fin el rey, en el colmo de su cólera, se empeñó en cruzar el río con sus tropas. Casi iban ya á tocar á la orilla donde Otto y la reina estaban, cuando viendo aquél el peligro, se le antojó que se levantara una montaña delante de ellos, tan alta y de peligrosa ascension, que los soldados que no fueron arrastrados por la corriente de las aguas, perecieron entre los riscos de las rocas.

El rey, sin embargo, ni se ahogó ni rodó por la pendiente, pues como iba en busca del objeto amado, el amor le dió una fuerza extraordinaria, capaz de hacer milagros.

A coger iba ya la punta del manto de la reina y á clavar la de su puñal en el corazón de Otto, á quien sorprendió detras de unos zarzales; pero éste manchó precipitadamente de sangre el hilo de la bruja Wftala, quiso que se abriera allí mismo un precipicio inmenso, y el precipicio se abrió, cayó á su fondo el rey, y él, cogiendo á la reina, la asomaba al borde para que le viera caer, y la abría los ojos, que cerraba horrorizada.

V

Así de esta manera fué Otto siguiendo su viaje por el mundo.

A cada paso tenía un nuevo capricho, siempre criminal; á cada paso hacía saltar una gota de sangre de su dedo, y el hilo de humo, que iba quedando desliado detras de él, apenas tenía un trozo de un cuarto de legua, que no tuviera una mancha roja.

Porque cuando Otto no tenía dinero, manchaba el hilo para que se quedasen dormidos los que conducían un tesoro, y se lo robaba.

Cuando su caballo iba fatigado, le dejaba morir de hambre en el camino, y dando muerte al jinete que llevaba otro, montaba en él á la reina, montaba despues él, y seguía su viaje tan tranquilo.

Llegó un día en que se cansó de la reina, porque vió otra mujer que le gustó más que ella, y atravesando por un lago, la dejó caer para que se ahogase, sin que le enterrecieran sus ruegos, ni sus tiernas súplicas, ni sus abundantes lágrimas.

Pero andando andando, tanto anduvo, que se le concluyó la hebra del ovillo de humo que había dado á Hildegunda la vieja Wftala.

Y ¿á qué no sabeis dónde se le acabó?

Precisamente en la cima de una montaña, de una montaña que estaba más alta que las nubes, cubierta de tanta nieve y azotada por un aire tan frío, que no lo podía resistir, y hasta las lágrimas, si las hubiera derramado, se le habrían quedado heladas, formando un hilo de hielo.

Por eso, lo primero que se le ocurrió fué que aquel sitio se trasformara en un delicioso jardín, quiso pincharse y manchar su hilo; pero ¿cómo hacerlo?

Sus dedos estaban helados, y como no podían doblarse, le era imposible coger el alfiler; además, aunque le hubiera cogido, ¿cómo sacar una gota de sangre, si tanta había vertido, que ya no le quedaba ninguna? Y después de todo, ¿cómo manchar el hilo si ya había desliado todo el ovillo, y se había concluido la hebra?...

VI

Así es que se desesperaba.

Luchando estaba con las ansias de la muerte; se revolcaba á la fuerza de horribles convulsiones, cuando el sol, que en aquel instante estaba casi perpendicular á la montaña, desvaneció las nubes que en torno suyo flotaban, como si las quisieran coronar de vapores azules y blancos.

Entonces Otto pudo ver á su hermano Jorge, que subía adonde él estaba. Subía muy alegre, y cuando llegó á su lado, le preguntó qué era lo que en sus viajes había conseguido con el ovillo de la bruja Wftala.

—Yo, le respondió Jorge, he conseguido recortar toda la tierra, he atravesado por en medio de los valles, por encima de las aguas de los mares y de los ríos, he subido por las más altas montañas, y he visitado magníficas ciudades y humildes pueblos.

—Pero bien, le replicó Otto: ¿cuántas veces has manchado el hilo con tu sangre, para conseguir cada uno de tus deseos?

—Ninguna, le dijo Jorge; en verdad que he tenido vivísimas ansias de hacerlo, que he pasado grandes apuros y molestias, me ha faltado dinero, en un desierto me moría de sed, en un camino se concluyó mi pan, en una senda se me murió el caballo, y en un bosque me perdí; sin embargo, aunque no dudaba que manchando con una gota de sangre el hilo saldría de todos mis apuros, le veía tan blanco, tan blanco, que me dió lástima mancharle, y no le he manchado aún. Pero ahora sí que voy á dejar caer sobre él una gota de mi sangre, porque tengo tanto frío, que no lo puedo resistir.

Al oír tal cosa Otto, lanzó una estridente carcajada: se reía de Jorge, porque para nada le había servido el hilo de humo, y lo único que quería le iba á ser imposible conseguirlo, como le había sido á él.

Más Jorge, siguiendo en su propósito, tiró un poco del hilo para poder mancharle, porque también en aquel sitio se le había concluido la hebra. Y no necesitó pincharse, pues al tirar se recogió todo el hilo en torno suyo, formando un vestido de pieles muy pobladas, que prestaban á su cuerpo una agradabilísima temperatura.

Quiso imitarle Otto; tiró de la hebra de su ovillo; pero la hebra de su ovillo se había roto en cada parte donde había derramado una gota de sangre, y apenas tiró de ella, fué Otto á parar al sitio donde por última vez lo había manchado, al lago en cuyas olas sepultara á la desventurada reina, y fué á parar allí débil, sin sangre y sin aliento.

VI

Jorge, que todo lo veía desde arriba, bajó apresuradamente á salvar á su hermano, que se ahogaba en aquel lago.

Cuando llegó á la orilla, las aguas le habían cubierto por completo, y él, en el deseo de salvarle, se lanzó dentro de las aguas para ver si podía sacarle aún con vida.

¡No era ya tiempo!

¡Otto estaba ya sin ella en lo más profundo del lago!

Jorge volvió á la superficie de las aguas. Cuando atravesaba por medio del lago, vió una cosa singular. Una porción de cisnes estaban agitando sus alas y separando con ellas el agua de un reducido espacio.

Se acercó á ellos, y vió en medio de todos una concha muy grande, que despedía fantásticos cambiantes de luz.

La abrió, y en su centro se encontró dormida á la reina, ni más ni menos que si una hermosa Venus, y no una reina, fuera.

La despertó, la sacó del lago y uno y otro se contaron su historia, sintiendo Jorge indignación contra su hermano y noble deseo de amparar á aquella afligida reina.

Los dos se dirigieron en busca de su rey.

Por el camino se encontraron manchado y roto el hilo del criminal hermano, primero donde dió muerte á los jinetes, luego donde robó el tesoro, donde se abrió el precipicio, donde se levantó la montaña, donde corriera el río, donde le dió paso al bosque; más adelante donde se hundió la casa, y por último, donde el árbol le dió sombra.

Cuando bajaron al precipicio, el rey había muerto. No había podido resistir el hambre, y como allí no había cisnes, no pudieron salvarle como á la reina.

La reina lloró mucho, y, después de llorar, se dirigió con Jorge al castillo de Hildegunda, que estaba sobre estas montañas.

No tuvieron que llegar, porque en el valle se encontraron á la emperatriz, que con sus tropas iba á salvar al rey y á las suyas, sabiendo el fracaso que habían tenido por culpa de su hijo.

Cuando la reina, Jorge é Hildegunda se juntaron y se explicaron cuanto había sucedido, lo sintieron mucho, como es natural, pero, como es natural también, pronto el consuelo vino á disipar aquellas nubes de tristeza.

La reina y Jorge se casaron, fueron reyes de aquellos dominios, y vivieron muy felices hasta que murieron de viejos.

WFTALA.

Así se leía en los pergaminos que yo me encontré en el hueco de la piedra del Ilsenstein.

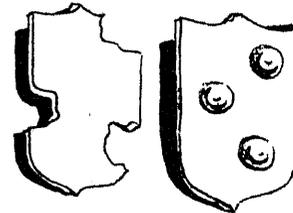
Y ¿qué dices? ¿que está algo oscura la moralidad del cuento?

Pues espérate que llegue la noche de Walpurgisnacht, la noche del primero de Mayo, sube al Brocken, y cuando estén allí todas las brujas reunidas, pide á Satanás permiso para hablar con Wftala, que ella te lo explicará perfectamente.



LOS DOS ESCUDOS

I



Pues, señor, éste, ó mejor dicho aquél, era un rey tan bueno, que todo el universo admiraba la ventura inmensa, la paz, la felicidad que se disfrutaba en el dichoso reino cuyos destinos regía el augusto soberano.

Sus súbditos, que más que súbditos eran hermanos suyos, decían, para poder darse una explicación satisfactoria de la manera de ser de S. M.:

—Por fuerza nuestro monarca nació sin alma, y como el Eterno no podía dejar abandonada un arma tan poderosa y terrible á los materialistas, que la esgrimían orgullosos para defensa de su absurda é inadmisibles doctrina, así que se apercibió de aquella falta inaudita, mandó, para que le formara el alma, á un ángel hermoso de los que alegran su reino celestial.

Y el ángel tal vez se hizo este argumento:

—Puesto que he bajado, y este cuerpo, por mucho que en la tierra viva, no ha de ser más de cien años, cuya existencia ha de parecerme infinitamente ménos que un suspiro, acos-

tumbrado como estoy á la eternidad, me esforzaré en inspirar á esta cárcel que me aprisiona, ideas de aquéllas que únicamente en la mansión divina se conciben.

Así es que el rey era imposible que fuese mejor de lo que era.

II

Mas ¡ay! que el reino aquel estaba muy próximo á perder tanta felicidad.

El invierno de la vida había ya tendido sus alas sobre la del rey bueno, helando su sangre, paralizando sus miembros y cubriendo sus ántes negros y sedosos cabellos con la blanca nieve de la ancianidad.

Un día se encontró muy enfermo; su pueblo, poseído de ese silencio elocuente que produce el dolor verdadero, rodeaba el palacio; la real familia y los ministros velaban alrededor del lecho.

Todos hacían los mayores esfuerzos por contener las lágrimas que, subiendo del corazón, se agolpaban á sus ojos.

Además de la inmensa pena que por la pérdida de su rey les embargaba, presentían que su muerte habría de ser la ruina de la nación entera, porque el soberano era viudo, tenía dos hijos gemelos, y al fallecimiento de su padre querría cada uno reinar él solo, naciendo de aquí los partidos; de los partidos, las luchas; de las luchas, la sangre y el incendio, y por último, la conclusión de la inestimable felicidad...

—Adivino vuestro pensamiento; no temais, dijo el rey, siempre con palabras de consuelo y angelical sonrisa en sus labios, siempre con alegría y dulzura en sus miradas.

Yo expondré á mis hijos á una prueba, y aquél que resulte vencedor en ella, será mi único sucesor, sin que el vencido pueda alegar ni el más pequeño derecho á la corona.

Y llamó á sus hijos, á quienes amaba con la misma intensidad.

Rodolfo y Amaro, que eran los nombres de aquéllos, se

presentaron, y el rey, mandando arrancar dos escudos de oro que adornaban el dosel de su trono, les entregó uno á cada uno, diciéndoles:

—Tomad, hijos míos, hoy partireis: cuando en el reloj de la muerte esté próxima á sonar la hora de la mía, sonará también donde vosotros esteis, sea donde quiera; volved á mí en seguida, y aquél que mejor uso haya hecho del escudo que le entrego, aquél ceñirá la corona, que ya pesa mucho sobre mis debilitadas sienes.

III

No había pensado mal el pueblo al suponer las discordias que entre los príncipes se suscitarían, porque á la mañana siguiente salieron de la corte por un mismo camino, y al llegar á un sitio en que se dividía, yendo uno hacia el Oriente y el otro hacia Occidente, detuviéronse los dos, pretendiendo Rodolfo elegir para él el que se le antojare, y que Amaro se fuese por el otro.

Amaro, sin embargo, no opuso dificultad, y ambos hermanos comenzaron su marcha en dirección diametralmente opuesta.

No los seguiremos nosotros. Dejémosles en libertad completa, no digan á la vuelta que les ha cohibido nuestra compañía...

IV

No había transcurrido medio año, cuando Rodolfo y Amaro oyeron campanas, sin saber por dónde, que, como su padre les había dicho, anunciarían la hora á que debían volver.

Los dos emprendieron su regreso, y por una de esas casualidades que en los cuentos y en las novelas suceden, los dos llegaron á la misma hora y al mismo sitio del camino donde se habían separado.

Traían en la mano sus escudos.

Rodolfo le traía enriquecido con tres magníficos brillantes. Amaro roto, con tres pedazos ménos. Hasta llegar á la corte, Rodolfo, seguro de la victoria, se burlaba de Amaro. Amaro, resignado, oía la burla de Rodolfo, y callaba...



Pronto llegaron á palacio. El rey, rodeado de los altos dignatarios y representantes del pueblo, les esperaba lleno de impaciencia. Se presentaron los príncipes, y despues de abrazar tiernamente á su padre, le entregaron los escudos, que el rey mandó colocar sobre dos pedestales, para que la corte los examinara. Nadie, al verlos, tuvo duda de la eleccion; Rodolfo había triunfado.

Pero S. M., llorando por la primera vez en su vida, exclamó:

—¡Lo poco que me resta de existencia daría gustoso por disponer de dos coronas, para daros una á cada uno; pero, os expuse á una prueba, y tuya es la victoria, Amaro mío!

Así como el rey había llorado por primera vez, así el pueblo, por la primera vez, murmuró tambien de su soberano, creyendo que la eleccion que hacía era debida á chocheces de su vejez, pues no cabía en la cabeza dura de ninguno cómo era preferido Amaro, que traía un escudo con tres pedazos ménos, y no Rodolfo, que le traía con tres brillantes más.

—Adivino vuestro pensamiento, exclamó el rey; mirad, dijo tocando los escudos con su cetro, y ved con qué poco fundamento dudais de la certeza de mi resolucion.

Toda la corte miró á los escudos, y retrocedió espantada. Los brillantes que enriquecían el de Rodolfo, comenzaron á enrojecerse y á deshacerse en sangre, la cual, extendiéndose por el escudo, comenzó á formar inscripciones.

Por los huecos rotos del de Amaro comenzó á levantarse una materia fosforescente, que se extendió asimismo por el escudo, y comenzó tambien á formar inscripciones.

—Leed ahora, y elegid vosotros mismos, dijo el rey, exhalando el último suspiro.

Sobre el escudo de Rodolfo se leía la historia de tres crímenes horribles, cometidos por él para adquirir cada uno de los tres brillantes.

Sobre el de Amaro se leía la de tres acciones virtuosísimas, para ejecutar cada una de las cuales tuvo necesidad de un pedazo de oro de su escudo.

El pueblo, entónces, no tuvo duda ninguna, y confesó avergonzado que su inolvidable rey había tenido razon, como siempre.

Se le hicieron los funerales con no acostumbrada pom-

pa, y se le lloró por mucho tiempo. Rodolfo murió de envidia, y Amaro fué proclamado rey, siendo digno sucesor de su querido padre. El escudo de Rodolfo fué derretido, arrojándose el líquido á un abismo, y el de Amaro fué colocado á la derecha del trono, sobre un riquísimo cojin de terciopelo, cuajado de adornos de preciosas piedras y de oro.



LAS AZUCENAS NEGRAS

I

Azucenas blancas, hermosas, símbolos de la pureza, todos las hemos visto; pero azucenas negras... nadie las conoce, ni yo tampoco las conocía, hasta una tarde que encontré el único ejemplar que de ellas existe, viajando por la China, no lejos de Nan-Kin, la antigua corte del Mediodía, á la orilla de una poética laguna, rodeada de ninfas y de melumbos.

Quise cortar una para traerla como cosa rarísima, cuando el gufa que me enseñaba aquellas regiones me detuvo diciendo:

—No hagais tal cosa; esas azucenas son respetadas por todo el Celeste Imperio; luengos siglos hace, segun la tradicion, que se encuentran en este sitio, y son como las siemprevivas, jamas se secan.

Mucho ántes de la época remota en que el emperador Yung-lo tuvo que trasladar su corte á Pekin, la antigua Chientien fu, un gran mandarin fué hecho prisionero por los tártaros.

Los crueles enemigos le condujeron á su palacio, y des-



pues de asesinar en su presencia á su amante esposa, y arrojar por las almenas á sus dos hijos gemelos, incendiaron el edificio, abandonándolo á las llamas.

II



Pero sucedió que el gran mandarin, que había conseguido salvarse del incendio, se dedicó á buscar á sus hijos y una mujer que se pareciese á la suya. Andando andando, llegó á un pueblo donde había dos hermanas.

La más pequeña, Kao-Li, se le parecía mucho, y la mayor, Wan-Heu, era horriblemente fea. Determinó casarse con Kao-Li; pero como quería seguir algun tiempo más buscando á sus queridos hijos, la dió palabra de volver, y con la palabra un ramo de azucenas, tan negras como la tinta, diciéndola:

—Muy bella eres, y por sola esta circunstancia reinarías en mi corazon; pero deseo convencerme de tu virtud, y estas azucenas se encargarán de probármela, si á mi vuelta se encuentran sus hojas tan negras como te las entrego á mi partida.

II

Y bien: sucedió por entonces que iban dos niños por un camino.



No conocían á sus padres, y vivían yendo de pueblo en pueblo, mendigando una limosna. La niña tocaba muy bien la theorba, y el niño cantaba como podía hacerlo un ruisenior.

Una noche se perdieron en el campo.

Cerníase por el cielo una nube espantosa; no se veía una sola estrella; el ruido seco de los truenos estremecía á los pobres angelitos, les deslumbraba la intensa claridad de los relámpagos, les hería el granizo, y se refugiaron debajo de un árbol frondoso que cerca de ellos pudieron ver al resplandor de una centella.

Al poco tiempo vieron que se acercaba á ellos una vieja que llevaba en la mano un gran farol lleno de inscripciones chinas, y en el momento que les vió les dijo:

—Hijos míos, venid conmigo á mi cueva porque aquí estais muy mal; cae mucho granizo, y un rayo puede ser atraído por este árbol.

Los pobres niños, como eran muy inocentes, creyeron que aquella vieja sería alguna buena abuelita, y se fiaron de ella; mas si hubieran preguntado á los habitantes de los contornos, les hubieran contestado:

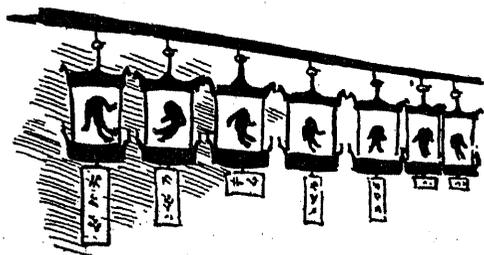
—Huid de esa vieja como del demonio; es una hechicera; sabe tanto, que se le ha puesto por mote la tía Confucia. y es el terror de las madres, pues cuando algun niño se pierde, no hay que preguntar, le ha robado la tía Confucia.

¿Y para qué quería los niños?

Les cogía; les quemaba en una gran hoguera, y cuando ya estaban hechos carbon, les cortaba la cabeza, embalsamaba los cuerpos, que conservaba en unos frascos colgados de un madero, y debajo de cada uno de los cuales pendía una tabla



con la fecha y sitio donde había encontrado al niño; machacaba las cabezas hasta reducirlas á polvo finísimo, que mezclaba con otras sustancias, y adquiría la virtud de devolver á los viejos la juventud y la hermosura.



—¿Qué sabeis hacer? preguntó la hechicera á los niños cuando llegaron á su morada.

Y diciendo la niña que sabía tocar la theorba y el niño que cantaba, comenzaron á demostrar la verdad de lo que acababan de decir, improvisando un concierto tan melodioso, que fué capaz de conmover el corazón de bronce de la tía Confucia, determinando conservar la vida de los tiernos niños.

Y así vivieron algun tiempo los dos hermanos, sin desear marcharse, porque no los trataba mal la execrable vieja.

IV

Pero un dia Wan-Heu, aguijoneada por la envidia, se preguntaba cómo haría ella para que cuando el gran mandarín volviese, la encontrase más hermosa que su hermana.

Salió al campo para entregarse por completo á sus meditaciones, cuando encontró á los dos hermanitos, y viendo á la niña tan extremadamente hermosa, exclamó:

—¡Oh! ¡Si yo fuera tan hermosa como ella! ¡Entonces si que sería preferida por el gran mandarín! ¡Si la hermosura se comprara, daría por conseguir la de esa niña cuanto poseo!

Confucia, que oyó la exclamacion, sabía que Wan-Heu era inmensamente rica, abrió de un modo espantoso sus codiciosos ojos, y acercándose á ella la dijo:

—He oido tus deseos, y vengo á ofrecerte la hermosura que ambicionas, en cambio de lo que por ella prometes; pero advierte que la operacion es muy dolorosa, y que para llevarla á cabo es necesario cometer dos crímenes.

—A todo estoy dispuesta, contestó Wan-Heu.

—Pues bien; cuando esta noche suenen las doce, ven á mi cueva á buscarme, procurando quede abierto el dormitorio de tu hermana.

Así se hizo; dos hombres enmascarados, criminales agentes de Confucia, penetraron en el dormitorio de Kao-Li. Al lado de su cama tenía las azucenas negras en un hermoso jarron.

Estaba dormida.

Dejaron caer sobre sus labios un líquido mortal, y envuelta en sus sábanas, la enterraron en este sitio.

Las azucenas, entonces, cambiaron de color, volviéndose amarillentas como la cera.

Confucia cortó la cabeza de la niña, cortó la de Wan-Heu, las cubrió de un unguento hecho con jugo de plantas cogidas en las orillas del Ho-ang ho, y colocando la una sobre el cuello de la otra, se encontró Wan-Heu trasformada en una jóven lindísima, con las mismas facciones que su hermana, pero tan hermosas como las de la niña.

Su cabeza antigua fué carbonizada y reducida á polvo, y el cuerpo de la última fué embalsamado en un frasco, que Confucia tapó cuidadosamente.

En cuanto al niño, como cantaba tan bien, fué convertido en un canario, y metiéndole la vieja dentro de una jaula de oro, le colocó á la entrada de la cueva.

V

Wan-Heu estaba loca de alegría; la esperanza de sustituir á su hermana hizo que no la intranquilizaran los crímenes que por causa suya acababan de cometerse, cuando se acordó de las azucenas negras.

¡Figuraos su espanto al ver que sus hojas tenían, en vez del color negro, un color amarillento y sucio!



Llena de terror, corrió apresuradamente á consultar con Confucia, la cual, derramando sobre las flores un líquido oscuro, las volvió tan negras como ántes, encargando mucho que no picase en ellas un canario, porque volverían á quedarse amarillentas.

Wan Heu estaba tan contenta con sus azucenas, esperando la venida del gran mandarin, á la sazón que

unos ladrones pasaron por la cabaña de Confucia, oyeron al ruiseñor, vieron la jaula de oro, y se les ocurrió llevársela y matar al pájaro infeliz.

—Mas ¡qué daño, dijeron, nos ha hecho este pobre animal?... Y le dejaron en libertad, quedando mudos de asom-

bro al oír que, conforme volaba, les daba las gracias por sus nobles sentimientos.

Lo primero que deseó el pájaro, que había presenciado las operaciones de Confucia, fué ir á ver la cabeza de su hermanita.

Wan-Heu dormía tranquilamente.

Su dormitorio daba á un jardín de la casa; era la primavera, y para que entrara el aire y el olor de los jazmines, que enredados en los hierros formaban un caprichoso cuadro bordado de hojas y flores, había dejado la ventana abierta.



Así es que el canario entró sin dificultad alguna en el dormitorio; llegó á la cama, y al ver la cabeza de su hermana, quería cantar, ébrio de alegría; mas, por no despertarla, comenzó á revolotear sobre ella, se enredó entre sus cabellos y, como estaba tan cansado, se quedó dormido.

VI

Faltaba solamente una hora para que la del amanecer llegara, cuando el gran mandarin llegó al pueblo, y en él á la casa de su prometida.

Wan-Heu se despertó; conoció la voz de aquél; se vistió muy deprisa; se miró al espejo; miró las azucenas, y como las viese muy negras, fué ligera como una exhalación á abrir la puerta.

El canario, en tanto, posándose sobre las azucenas, picó una de sus hojas, y no solamente palidieron en el momento las flores, sino que todas sus hojas se desprendieron.

El gran mandarin, al ver á la que él creía ser Kao-Li más

hermosa y más joven que ántes, y al ver que sus facciones no sólo se parecían más á las de su esposa, sino que eran una copia exactísima de las de su hija, se quedó lleno de admiración; pero aún había en el dormitorio quien la tuvo en mayor grado, el canario, al ver que el recién venido era ni más ni menos que su mismo padre, y mucho mayor que la admiración del uno y del otro fué la de Wan-Heu cuando su amante, tiernísimo hasta el extremo, le pidió el ramo de azucenas, y al ir á dárselo, se encontró con que las hojas de las flores estaban caídas al rededor del jarron, amarillentas y mustias, y seco el tallo que las sostuviera.

Al ver esto, y viendo también que el gran mandarin la despreciaba, se vió Wan-Heu acometida de un vértigo espantoso; pero no podía aquél apartarse de ella; la semejanza á su mujer y á su hija le atraía. No se daba explicación de lo que le ocurría, cuando el canario comenzó á cantar:



«Si buscas á tu amada,
gran mandarin,
sígueme á mí.»

—¿Qué dice ese animalito? preguntaba el gran mandarin, y comenzó á seguirle.

Llegaron cerca de la cueva de Confucia, y viendo huellas de sangre en el suelo, volvió á cantar el pájaro:



«Si buscas á tu amada,
gran mandarin,
párate aquí.»

El gran mandarin obedeció aquel misterioso canto; se paró donde las huellas estaban, y dando rodeos y vueltas, llegó á este sitio, en el que había las mismas azucenas que estais viendo ahora.

El pájaro se posó sobre ellas y cantó por tercera vez:



«Si buscas á tu amada,
gran mandarin,
tira de aquí.»

El gran mandarin, obedeciendo siempre el canto del canario, empezó á arrancar las flores, admirado al verlas, pues creía que no existían más azucenas negras que las que él dió á Kao-Li; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; el tallo era tan fuerte, las raíces tan agarradas y tan profundas, que le fué preciso sacar su daga y romper la tierra.

Figuraos cual sería su sorpresa cuando debajo de las raíces, envuelta en una finísima sábana, se encontró á Kao-Li viva, tan hermosa y tan buena como era ántes.

Se abrazaron llenos de dulcísima emoción; besaron esas azucenas y volvieron al pueblo para celebrar sus bodas con inusitados bailes, fiestas y regocijos.



Cuando volvían vieron que salía mucho humo y llamas á un lado del camino.

Era que el canario había entrado en el cuarto de las hechicerías de Confucia mientras ésta estaba dormida, y picando en todos los frascos, acertó á destapar uno cuyo líquido, convertido en gas, y extendiéndose por todo el aposento, produjo un fuego espantoso.

Entónces todo volvió á su sér. Kao-Li vivía como ántes; Confucia era presa de las llamas; Wan-Heu, que había venido á verla para pedirla auxilio, se miró en el espejo del rio, y al

verse tan horrorosa como ántes, se arrojó en su fondo y se ahogó bien pronto.

Y siguiendo el gran mandarin con su tierna esposa por el camino, encontraron unos niños que cantaban y tocaban.

Eran los hijos de aquél.

Les abrazaron; les dieron un millon de besos, y todos fueron dichosísimos, porque, apaciguada la irupcion de los tártaros, el gran mandarin fué dueño de extensos dominios.

Y todos los años celébrase en China el aniversario de tales acontecimientos, cantando y bailando alrededor de estas azucenas negras.

VII

Este es el cuento que me contó mi gúfa, el cuento de las azucenas negras; advirtiéndome que no me riera de él delante de los hijos del Celeste Imperio, porque hay algunos que dicen que sus abuelos oyeron hablar al canario; otros, que los suyos vieron á Wan-Heu con la cabeza de la niña; quiénes, en fin, que presenciaron el fuego de la cueva de la hechicera Confucia.





LAS ALAS DE GOMA

I



Esta era una vieja de esas gruñonas, charlatanas y murmuradoras, que se pasan la vida averiguando las de sus vecinos, y á quienes todo les parece mal, criticando hasta las obras de Dios.

Iba una tarde de verano por un camino, y como hacía mucho calor, se tendió á la sombra de una frondosa higuera.

Los pájaros revoloteaban alrededor del árbol, se mecían en las ramas, y picaban que era una delicia los higos más maduros.

La vieja, que desde abajo presenciaba la escena, se relamía al ver aquellos higos, que deberían estar muy dulces, pues reventaban de gordos, y comenzó á decir:

—¿En qué estaría Dios pensando cuando dió alas á los pájaros, y no á nosotros, siendo infinitamente mejor que ellos? ¡Si yo tuviera alas, subiría á la higuera y acompañaría á los pájaros en su festín!

Murmurando de esta manera, se quedó dormida, y apenas cerró los ojos, notó un peso extraordinario sobre sus espaldas.

Eran dos alas magníficas.

La vieja levantó con ellas su vuelo, subió á la higuera, y despues de que por poco revienta de un atracon de higos, cogió cuantos pudo, aplastando los demas para que nadie se aprovechara de ellos.

II

Entonces se acordó de que la bola que sobre la cúpula de la torre del pueblo sostenía la cruz era de oro, y se le antojó subir por ella.

Bastó su deseo, para que las alas, que eran de goma, se extendiesen, pudiendo remontar su vuelo la vieja, que muy luego se encontró sobre la torre, retorció la cruz, arrancó la bola, y comenzó á bailar sobre la cúpula, tan contenta que no reparaba en que pudieran caérsele los higos.

III

Pero ¿se satisfizo?

De ningún modo. Sabía que dominando al pueblo, se levantaba una montaña, á la mitad de cuya pendiente había una gruta, donde se albergaban unos ladrones que tenían un tesoro de diamantes.

Y se le antojó subir á robárselo.

Las alas se ensancharon, y bien pronto la vieja, aprovechando la ausencia de aquéllos, se vió dueña de las codiciadas piedras, con las cuales llenó su inmenso delantal.

IV

No se vió harta con tan rico botín.

Sobre la cúspide de la montaña se levantaba el castillo de una opulenta princesa, y era imperdonable que la vieja, estando ya en medio del camino, desperdiciara la ocasion.

Esperó, pues, á que el sueño venciera al centinela, levantó otra vez su vuelo, ensanchándose más sus alas, que cada vez eran más delgadas, subió al castillo, y robó la corona de la princesa, que ciñó en seguida sobre su desnuda y huesosa frente, teniendo que sujetársela bien, porque se le hundía hasta sus hombros puntiagudos.

V

Sentada estaba entre las almenas del castillo cuando empezaba á amanecer; los primeros rayos de la poética aurora comenzaban á inundar de esplendorosa luz, el espacio; los verdes campos parecían alfombras de brillantes esmeraldas; cin-



tas de limpia plata los inquietos rios, y montañas inmensas de azul festoneadas de oro las caprichosas nubes que formaban el inconmensurable lecho del astro resplandeciente del dia.

La vieja, ante aquel sublime espectáculo, se quedó absorta. —¿Qué me importa, murmuraba, haber subido á la higuera, á la torre del pueblo, á la gruta de los ladrones, ni al castillo de la princesa? Yo quiero subir á aquellas nubes; entre aquellos montes de oro podré coger todo cuanto necesite para comprar un palacio y para pasar mi vida entera satisfaciendo cuanto pueda desear.

Sus alas se ensancharon entónces, haciéndose cada vez más delgadas; la vieja levantó su vuelo y comenzó á cruzar por el aire.

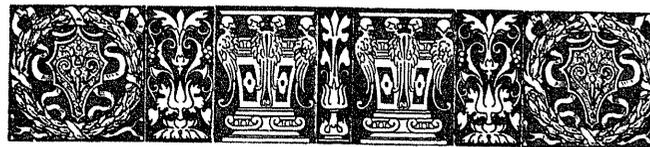
Ebria de gozo, porque ya llegaba á los supuestos montes de oro, arrojó los higos, los diamantes y la corona, y ya sin peso alguno, pudo volar más fácilmente.

Mas ¡ay! que la vieja llegó á las nubes, y se encontró con que las nubes no eran ni más ni ménos que lo que son las nieblas, ligeros vapores por en medio de los cuales atravesaba, sin tropezar con el oro que ella había visto desde lejos.

Y como volaba tanto, y como las alas se hacían cada vez más ténues, llegaron, por fin á romperse, cayendo la desgraciada vieja, como habían caído la corona, los diamantes, la bola y los higos.

VI

Al porrazo se despertó, se encontró debajo de la higuera donde se había dormido, y recordando su sueño, tuvo que contentarse con comer un higo que cayó á su lado, desprendido de la higuera que con su fresca sombra la cobijaba.



LA CAJA DE AROMAS

I



El viajero que costee por las aguas del Mármara, no tiene más remedio que reparar en un pintoresco bosque que cerca de la costa se extiende, sirviendo de base á una elevadísima montaña. La hermosura de aquel delicioso sitio atrae las miradas, que se recrean en una inmensa variedad de colores, desde el brillante verde que tapiza la falda de la colina, hasta el purísimo blanco de la nieve que corona su altura.

Arribada forzosamente frente á él la nave que desde Salónica me conducía á Constantinopla, tuve necesidad de esperar durante algun tiempo, hasta que, reparadas las averías, pudiera continuarse nuestro viaje, y mi instintivo explorador hizo que me in-

ternara en aquel bosque, compuesto de frondosos y corpulentos plátanos y sicomoros.

II

Una tarde me perdí entre las revueltas de aquel laberinto; la noche se acercaba; oscuros nubarrones comenzaban á cubrir el horizonte; el aullido de las fieras llegaba cada instante con más intensidad á mis oídos; tenía miedo, lo confieso sin rubor, y buscando tembloroso una salida, encontréme de repente en un sitio que los últimos reflejos del crepúsculo vespertino me dejaron contemplar para mi mayor espanto.

Esparcidos por el suelo yacían trozos de capiteles y columnas, cuya forma, cuyas inscripciones y primorosos detalles anunciaban ser los restos de algun apartado harem, construido, sin duda, por el capricho de algun indolente sultan.

Alrededor de aquel monton de ruinas se levantaban una porcion de cipreses, cuyo negro follaje daba al cuadro mayor melancolía, y en el centro, rodeada de multitud de delgados troncos, que al sople del viento se movían y se entrelazaban como si fuesen un inmenso nido de culebras, se levantaba una pequeña columna, cuyas estrías y cuyo pedestal estaban salpicados de manchas de sangre seca, y sobre la cual, y debajo de una inscripcion ininteligible, aparecía clavado un objeto informe.

III

A pesar de que el temor me dominaba, quise leer aquella inscripcion; pero la noche había ya cubierto los cielos, no distinguía bien los caracteres, y en mi deseo de descifrarlos me apoyé en el pedestal é intenté encaramarme sobre la columna por las grietas y desigualdades de las piedras. ¡Nunca lo hiciera!

El informe objeto que veía clavado encima de la columna,

cayó sobre mí; un ave siniestra salió de su centro, hiriéndome el rostro al desplegar sus alas, y encontréme entre mis manos una cabeza humana, petrificada acaso por la irresistible accion del tiempo, y elegida tal vez por aquel ave para formar su nido.

IV

Tal espectáculo, el profundo misterio de la noche, el dolor de mi rostro, el cansancio y el hambre, produjeron en mí una impresion tan fuerte, que caí sobre las piedras sin sentido.

Parecióme entónces que descifraba la inscripcion; que leía sobre ella: «Recuerda la historia de la caja de aromas;» que corría como un loco buscando sin tregua quien me la explicase; que la cabeza, revistiéndose de carne fresca y hermosa como los jazmines y las flores del granado, alumbrándose con ojos más ardientes que el sol que arde en el desierto, y rodeándose de cabellos más negros que la sombra que cubría el bosque de los cipreses, se levantaba sobre un cuerpo flexible como la palma, se adornaba con lujosos vestidos de tisú y sedas de las Indias, cubría su cuello, sus brazos y sus frente con collares, brazaletes y diademas de ricas perlas de Oriente, y me seguía, y me seguía, fascinándome con la irresistible atraccion de una belleza que no recordaba haberla visto mayor en toda mi vida.

—Mira, me decía, tomándome mis manos entre las suyas: ¿ves estos sitios donde crece el ciprés sombrío? Hace muchos años, muchos, eran los jardines más deliciosos de la tierra. ¿Ves esos escombros cubiertos de musgo, y entre cuya filigrana anidan los lagartos? Hace muchos años, muchos, formaban el muro almenado de la puerta de las Saluciones, delante del cual velaban mis soldados, cuya cabeza rodaba por el suelo á mi más ligero capricho, y dentro del cual se levantaba el harem más suntuoso de los que se han conocido en las orillas del Bósforo; de rojo mármol eran sus cimientos; líneas

de piedras preciosas esmaltaban sus paredes, y columnas de oro macizo sostenían sus altas cúpulas, cuyas elevadas agujas atravesaban el espesor de las nubes; los más ricos perfumes del Asia se quemaban en sus bóvedas, y centenares de eunucos, mudos, enanos, esclavas y odaliscas se esforzaban en adivinar y cumplir los más insignificantes pensamientos de la favorita del sultan.

Del sultan Achmet-Alí, que, tendido á los piés de su favorita, pasaba la noche y el dia embebido en sus miradas, cuyo movimiento era su ley, y su ley la ley que con sumision indescriptible se acataba por el imperio entero.

¡Y... yo era su favorita; su favorita Belkia, su voluntad, su pensamiento!

V

Mas ¡ay! que un dia Selim, el ambicioso, levantó una vasta insurreccion en la Arsenia, contra Achmet-Alí, y nuestro imperio comenzó á verse comprometido en alto grado.

Entónces Achmet-Alí convocó á los sabios para pensar el medio de conseguir el triunfo, valiéndose de una estratagema, ya que era imposible valerse de la fuerza, porque se habían aliado al infame Selim muchas provincias, y eran ya invencibles sus ejércitos.

VI

Pasáronse los sabios y el sultan toda una noche en la mezcquita; se vinieron despues al serrallo; revolviéron muchos libros que yacían olvidados entre el polvo y las telarañas; hicieron muchos signos que yo no entendía, y una mañana, cuando apenas el sol coloraba los risueños horizontes de la Anatolia, salieron disfrazados de campesinos en direccion á

los grandes bosques de encinas que entre los montes circasianos se levantan.

Ya habían pasado muchos dias; Achmet-Alí no volvía, y mi temor y mi impaciencia iban creciendo por momentos.

Disponíame á ir en su busca, cuando una noche, ¡noche horrible! que nunca la olvidaré, porque el trueno retumbaba, se estremecía el palacio como si vacilaran sus cimientos, y los relámpagos llenaban de luz deslumbradora los calados de las celosías, ví entrar á Achmet-Alí en mi habitacion, intranquilo y azaroso, con una caja de oro en la mano; su traje estaba lleno de jirones y de polvo, tostado su rostro por el sol, y, más que un sultan, parecía un mendigo.

—Toma, me dijo, esta caja; consévala, en tanto que yo me dispongo para ir contra Selim; consévala con especial cuidado, y ponle excesivo en que nadie pretenda saber su contenido; nadie, ni tú misma.

VII

Achmet-Alí salió, dejándome sola; yo lo estaba deseando con ansia, porque aquella prohibicion de abrir la caja hizo nacer en mí un deseo irresistible que me dominaba. Me acerqué á la puerta, y escuché con toda mi atencion; el ruido de sus pasos se había perdido ya entre las interminables galerías del serrallo; oí girar la puerta de las Saluciones, y cuando estuve segura de que Achmet-Alí se encontraba ya muy léjos, cogí la caja, quise abrirla, y estaba perfectamente cerrada. En vano busqué por toda ella algo que pudiera indicar la cerradura, y ya iba á hacerla pedazos contra el suelo, cuando tropezaron mis dedos contra un pequeño resorte, y... ¡saltó la tapa!

Entónces vi salir de su centro un vapor blanquecino; un aroma inaguantable se esparció por la estancia; se extraviaba mi razon, mi vista se desvanecía, sentí en mi corazon un dolor intenso, sonaron por todos los ángulos del serrallo gritos desgarradores, y yo caí sin conocimiento.

VIII

Cuando se abrieron por primera vez mis ojos, vi delante de mí á Achmet-Alí, cuyas miradas siniestras me causaban espanto.

—Por ti, Belkia, me decía, por ti se ha perdido mi imperio; por ti serán saqueados nuestros pueblos, reducidos á escombros nuestros monumentos, talados nuestros campos, esclavos nuestros hijos y manchados de sangre nuestros cla-



ros rios y nuestros apacibles lagos; por ti serán mañana degollados mis ejércitos; por ti será reducido á la obediencia el sultan Achmet-Alí, y por ti será Selini el señor de mis dominios; pero no permita Alá que esto suceda sin que antes mi favorita reciba el justo castigo. Y diciendo esto, me asió por los cabellos, me arrastró por la estancia, desfiguró con su puñal mi rostro, y me mostró por la ventana á los que esperaban impacientes á Achmet-Alí.

—Escuchad, les decía; Belkia, mi favorita, la que absorbía todos mis pensamientos, la que era dueña de mi alma y reina de mi corazón, ha deshecho todos nuestros planes y ha cambiado en derrota y humillación nuestros soñados triunfos y nuestras esperadas victorias; porque ella, miradla, ella ha desobedecido mi mandato; ella, en quien deposité la caja de aromas, porque la creí digna de mi confianza, ella la

ha abierto, y los aromas se han esparcido, envenenando la atmósfera de mi serrallo: acercaos á él, y vereis cómo mis eunucos, mis guardias, mis mudos, mis enanos, mis esclavas y mis odaliscas, están convertidos en montones de cadáveres.

—¡Ahí la teneis; yo he empleado la única gota de la rosa de los bosques, que estaba destinada para despertar el sueño de muerte de Selim, en despertar el sueño suyo, porque quiero que en vuestras manos pague su enorme delito; atormentadla, rasgad sus carnes sin piedad, hasta que exhale el último hálito de vida; arrancaid su cabeza y clavadla sobre una columna á la entrada del palacio!

El pueblo gritaba furioso, y Achmet-Alí me dejó caer en sus manos.

¡Oh! ¡Cuánto sufrí hasta mi muerte, es inexplicable!...

IX

Al decir esto, escuché un profundo suspiro; pero sin duda me pareció serlo el ruido del airecillo de la mañana que movía las hojas de los cipreses, anunciándome que acababa de ser víctima de una horrible pesadilla, pues abrí los ojos y vi el cielo de color de grana, bordado por los caprichosos encajes que formaban las ramas y las nubes; me encontré tendido sobre las ruinas, y delante de mí vi la columna, sobre la cual había en realidad una cabeza humana petrificada.

X

Cuando volví donde estaban mis compañeros de viaje y les conté mi sueño, uno de ellos, que estaba muy al corriente de las tradiciones turcas, me aseguró que, en efecto, Achmet-Alí, con sus sabios alquimistas, fué á los grandes bosques de encinas, donde sólo ellos sabían que existían unas flores, cuyos aromas, mezclados con ciertos espíritus, producían un mortal letargo, resultando de la combinación una sola gota capaz de volver en sí á una sola persona, y que el sultan

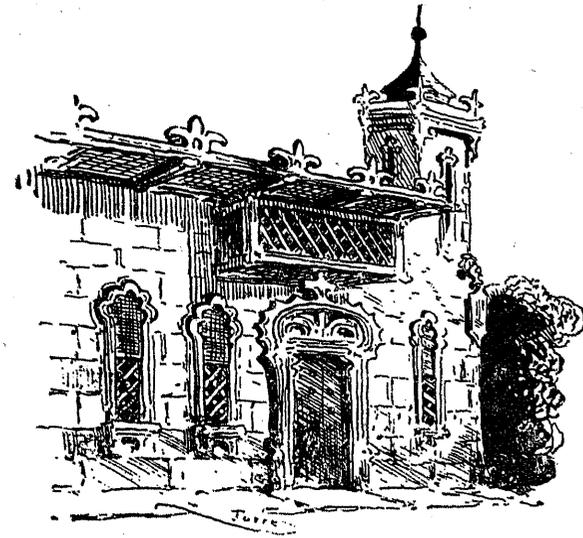
había pensado fingir humillación á Selim y enviarle riquísimos tesoros, mezclando entre ellos la caja donde estaban encerrados los venenosos aromas, y que tan imprudentemente fué abierta por la favorita Belkia.

Y yo no tuve por farsa la tradición, pues es posible que existieran las flores, y mucho más posible que Belkia faltara á las órdenes del sultan.

La curiosidad ya sabemos que tiene dos acepciones; y así como en la una es lo más sencillo verla separada de la mujer, en la otra ni á cien tirones es posible apartarla de ella; ya comprendereis que me refiero á la en que significa el deseo de saber lo que nada nos importa.

Y si no, cerrad vuestros cajones, y la vereis probar todas las llaves; cerrad la puerta de vuestro despacho, y la vereis asomarse por las rendijas; volved de improviso á casa, y la sorprendereis registrándoos los bolsillos; salid á deshora, volved la cabeza por la calle, y la encontrareis siguiendo vuestros pasos; buscadla, y la hallareis aplicando el oído al tabique que da al cuarto del vecino.

No lo puede remediar; la curiosidad está, como suele decirse, *en la masa de su sangre*, y ha de ser curiosa, aunque el serlo le cueste la vida, como á Belkia, y la pérdida de una nación entera.



EL VIEJO MISTERIOSO

I

Andaba por un camino un pobre albañil mudo. Se había concluido la obra para la que había sido llamado á un pueblo, y se volvía al suyo á buscar quien le diera más trabajo.

Era por el mes de Agosto; tenía un calor que le abrasaba, y se sentó á descansar á la sombra de unos arbustos que á la orilla del camino crecían.

Bien pronto se quedó dormido, y nosotros le dejaremos que duerma tranquilamente, que otros se encargarán de despertarle.



II

En uno de los pueblos inmediatos había una casa gótica antiquísima. Por todas partes estaba llena de escudos y de celosías, de ventanas muy estrechas y de rejas sumamente espesas.

Entre los vecinos no había ningún abuelo que recordase haber visto alguna vez abierta ninguna de sus ventanas.

Sólo se sabía que habitaba aquel edificio un viejo que vestía un traje talar muy negro, tenía una barba blanca que casi le llegaba á la cintura y unos cabellos muy blancos también, que caían por su espalda, formando grandes bucles.

Se sabía, además, que era millonario, y sólo se le veía salir de su casa á la hora del crepúsculo de la tarde, en esos momentos en que el sol se duerme detrás de los montes y las sombras de la noche empiezan á extender su misteriosa oscuridad por el espacio.

Por eso se le llamaba el viejo misterioso.

Pues bien, la noche anterior á la en que el mudo se quedó dormido, unos ladrones enmascarados entraron en la casa del viejo, y atravesando con exquisito cuidado por todas las habitaciones, llegaron á la en que dormía.

Aprovechando tan oportuna ocasión, le dieron muerte traídoramente, y después de robar cuanto pudieron, llevaron el cadáver á las inmediaciones del pueblo; allí, solos, sin más testigos que la vacilante luz de alguna que otra estrella que brillaba entre las nubes, sin tener quien de su crimen les acusase, más que Dios y su conciencia, le enterraron en una sepultura que ya, al efecto, tenían preparada.

Cuando su obra estuvo concluida, huyeron precipitadamente de aquel sitio...

Pensando iban los dos ladrones en la manera de que aquel robo no se descubriese, y pensando en cómo disipar las sospechas que por su desaparición del pueblo y por no ver salir al viejo todas las tardes se levantarían, cuando vieron al po-

bre mudo dormido á la sombra de los arbustos, y, al verle, dijeron:

—El modo mejor de que nuestro crimen quede impune para nosotros, es hacer que á este mudo se le tenga por el autor.

Gozándose en su criminal idea, llenaron los bolsillos del desgraciado albañil de monedas de oro, y sacándole de uno una cartera en la que el infeliz apuntaba los días de jornal, pusieron una nota imitando su letra, que le comprometía por completo; luego metieron en ella cartas que habían quitado al viejo, y dejándosela otra vez en su bolsillo, siguieron su camino, riéndose á carcajadas.

III

Era ya la hora en que el viejo misterioso salía de su casa; comenzaban á encenderse las estrellas y á apagarse el sol; volvían los segadores cantando muy alegres porque habían trabajado todo el día, pues no hay nada que más alegre que el trabajo, y traían los pastores á los corrales del pueblo sus corderos.

Tocaban á las ánimas: unos campesinos se detuvieron cerca de donde aún dormía el mudo; viéndole tan tranquilo, le dejaron; pero desde aquel sitio hasta el pueblo se fueron encontrando varias monedas, que sin duda, como llevaban tantas, se les habían caído á los ladrones.

Mientras, en el pueblo no se hablaba de otra cosa más que de aquellos encuentros; comenzó á refrescar la noche, y el aire frío despertó el sueño del albañil, que soñaba en que yendo por un camino se había encontrado un tesoro.

Pero al notar el peso de sus bolsillos, y al ver que todo aquello era oro, creyó que seguía durmiendo y soñando. Bien pronto salió de su error, porque veía las monedas, las tocaba y se convencía de que era realidad.

—¿Por qué tengo yo esto en el bolsillo? se preguntaba á sí mismo: no me lo explico; yo nada tenía cuando me quedé dormido: ¿quién me ha dado todo esto?

No desvanecía su confusión, y decidió, al fin, pues que tenía un despertar tan agradable, llegar á su pueblo y vivir en él tranquilo.

En efecto, se volvió al pueblo tan contento, tan contento, que bailaba de placer por el camino.

Lo primero que hizo fué mandar decir una misa á la Virgen y repartir entre los pobres parte de su riqueza improvisada; quería dar gracias á Dios, porque para él nadie sino Dios podía haber puesto en sus bolsillos aquel tesoro.

Todo el pueblo se quedó admirado de la riqueza del mudo; le preguntaban cómo había sido aquello, y cuando él lo explicaba por señas y por escrito, le tenían por loco. ¿Quién le había de creer? Así es que comenzaron á sospechar, y la verdad es que con algún fundamento sospechaban, porque hasta entonces ningún vecino se había dormido en el campo sin un cuarto en los bolsillos y había despertado con ellos llenos de monedas. Tampoco á mí me ha sucedido nunca, ni espero que me suceda, como no sea lo contrario.

El hecho fué que el mudo, mientras tanto, arregló su traje, mejoró su casa, tomó un criado y se puso en cura, porque no era de nacimiento su enfermedad.

IV

Pasaron muchos días. Los vecinos del viejo misterioso no le veían salir como ántes salía; no oían ruido en la casa, ni veían abrirse la puerta por las tardes.

—¿Os parece, dijo uno, que entremos á ver si está enfermo? No se ha de incomodar con nosotros al saber nuestras buenas intenciones.

Se aprobó esta idea por todos; se derribó la puerta, que costó mucho trabajo, porque tenía muchos cerrojos, y entraron.

Todos los cajones y todos los armarios estaban desvencijados, rotos y vacíos; las puertas de los dormitorios abiertas de par en par; las ropas tiradas por el suelo, y sobre la cama en

que el viejo dormía, que toda estaba descompuesta, vieron grandes manchas de sangre seca.

También en el suelo había gotas de sangre, que se extendían por toda la habitación.

V

Al verlas, fueron siguiendo el rastro que formaban y llegaron hasta la cueva de la casa. Encendieron antorchas para seguir, y siguiendo, siguiendo, fueron siendo ménos frecuentes las gotas, hasta que al fin no vieron ningunas, y tuvieron que volverse atrás.

Al volver se les apagaron las antorchas, y como vieron brillar la luz del día, se acercaron por donde penetraban sus rayos, y vieron un gran boquete abierto en el techo de la cueva que daba á los corrales de la casa.

Entonces lo comprendieron todo.

—El viejo ha sido asesinado y robado; los ladrones y asesinos han debido huir por este sitio.

Y así había sido, en efecto.

VI

Aquel mismo día se supo el crimen por todos los pueblos circunvecinos. Las autoridades investigaron cuanto pudieron sin descanso y con el celo más exquisito.

Al saberse el robo, las sospechas que habían recaído sobre el mudo comenzaron á hacerse más vehementes.

Hubo una chismosa que se atrevió á murmurar del pobre mudo.

Y como la murmuración es lo mismo que una chispa que cae en un montón de pólvora, fué siendo cada vez mayor, y cada vez se extendió más, hasta que llegó á ser calumnia, y por todo el pueblo no se decía otra cosa más que ésta:

—Parece mentira: no se puede uno fiar de nadie; el mudo, el albañil que daba limosnas y decía Misas á la Virgen; el que aseguraba que había despertado con los bolsillos llenos de monedas, ese, ese ha sido quien ha muerto al viejo misterioso.

so, ese quien le ha robado. Hagamos con él un escarmiento.

Se abrió eausa contra él y se le tomó declaracion, en la que el pobre no hacía más que significar la verdad.

Pero tales se fueron poniendo las cosas; tan raras parecían sus exculpaciones; tan iguales las monedas que cambiaba á las que aún quedaban en la casa del viejo; tanto le comprometieron las declaraciones falsas de testigos envidiosos, que pudieron más que las razones que su tranquila conciencia le inspiraba, y el mudo fué tenido por autor de aquella muerte, fué considerado como autor del robo, y encerrado en un oscuro calabozó.

¡Tal se engaña la justicia humana!

Sin embargo, el juez no veía en la causa más que indicios, muy graves, sí, contra el mudo, pero no concluyentes ni bastantes todavía para condenarle.



Mas cuando, registrándole la casa, se encontró en un estante viejo la cartera, en la que los asesinos habían puesto documentos y notas que verdaderamente le comprometían, entón-ces el juez, por más que el inocente reo protestaba y negaba haber escrito aquéllo, dictó contra él la sentencia de muerte,

que firmó tranquilo cuando declararon los campesinos que desde el sitio en donde vieron dormido al mudo, al rezar las oraciones, hasta el pueblo, se habían encontrado una porcion de monedas iguales á las que él tenía.

VII

Había llegado el dia de la ejecucion del mudo. Precisamente alrededor del sitio en que los criminales enterraron al viejo misterioso, se empezó á contruir el tablado sobre el que aquél había de morir.

Los carpinteros empezaron la obra, concluyeron el tablado, pusieron la escalera y comenzaron á levantar el palo.

Muchos curiosos andaban alrededor viendo construir aquel lúgubre aparato.

Pero estaban trabajando los carpinteros, cuando los espectadores murmuraban entre sí:

—Pues ¿qué? ¿Es que hoy ha de morir otro ademas del mudo?

Y esto lo preguntaban porque sobre el tablado veían levantarse dos banquillos.

Y así era, en efecto. Al lado de los carpinteros del pueblo trabajaban otros carpinteros que nadie conocía, y que construían otro patíbulo igual que el de aquéllos.

Los espectadores preguntaban á los carpinteros conocidos quienes eran aquéllos que desconocían y trabajaban á su lado; mas ¡cosa rara! los carpinteros á quienes se preguntaba, miraban y no veían á los otros; sólo veían que al lado del suyo se elevaba otro aparato igual, y llenos de espanto, preguntaban:

—¿Quién ha hecho este patíbulo exactamente igual que el nuestro? Lo derribaremos.

Quisieron derribarlo, y el hacha se les hizo pedazos, y se les partió la sierra; trajeron otras, y les sucedió lo mismo; así es que abandonaron el tablado y corrieron por el campo des-pavoridos.

VIII

La pradera se fué llenando poco á poco de gente de esa gente sin corazon que se goza en el tormento de sus hermanos, que se rie cuando ellos lloran y que ansía que llegue el dia de la ejecucion, como si fuera el dia de una fiesta.

Los campanas tocaron á espiro, y en tanto que hasta el aire se entristecía perdiendo entre sus ecos melancólicos los suspiros de aquellas misteriosas lenguas de metal, el pueblo exhaló un grito de gozo.

Era que la fúnebre comitiva se acercaba.

Los guardias despejaron el sitio.

Las gentes arrojaban piedras y escupían al mudo, insultándole y escarneciéndole.

¡Por fin la ansiada víctima subió al tablado!

En tanto los verdaderos criminales, los que asesinaron y robaron al viejo misterioso, supieron el triste fin del mudo. Las almas suyas, endurecidas por la repeticion de tantos crímenes, quisieron coronar el último con el inaudito de ver morir al que iba á morir por ellos.

Con este intento estaban cerca del tablado esperando que llegara el supremo instante de que al condenado se le retorciese el pescuezo.

Por fin sonó la hora.

El sacerdote exhortó al albañil, aunque él podía exhortar al sacerdote; se preparó el verdugo, y ya iba á dar la vuelta al torno fatal, cuando el mudo, contrayendo sus músculos de una manera incomprensible, rompió las cuerdas que le oprimían, partió la argolla que sujetaba su cuello, y levantándose, exclamó con voz vibrante y clara, que hizo enmudecer á todos:

—¡Dios miol ¡Dios miol ¡Abre los ojos del pueblo que me rodea, para que vea que muero en la inocencia!

Entónces los dos criminales temblaron de piés á cabeza; sus cabellos se erizaron; no podían moverse, y su rostro se

quedó más blanco que el papel en que estoy escribiendo esta historia, que no es azul.

Las tablas del cadalso se rompieron, y por ellas, lo mismo que se levantan los personajes en las comedias de magia, se levantó el viejo misterioso.

Estaba cubierto de una túnica blanca; sus cabellos y sus barbas caían sobre su espalda y sobre su pecho, más aún que cuando estaba vivo.

Lanzó por todas partes una mirada que penetró hasta la conciencia de todos, cambiando su brutal alegría en confusión y arrepentimiento.



Luégo, adelantándose hacia el sitio donde estaban los criminales, se alargaron sus brazos, y cogiéndolos por los cabellos, los colocó debajo de las argollas.

Allí les hizo confesar su crimen, de modo que todos le oyeron; pidieron su muerte y la libertad del mudo, al cual aque-

lla emoción tan fuerte le volvió para siempre la palabra.

Los criminales fueron agarrotados.

El viejo misterioso se desvaneció, como se desvanecen las figuras de la linterna mágica.

El albañil se casó con una mujer honrada; fué muy querido en el pueblo; tuvo dos hijos, y no sé si vive aún; por lo ménos uno de los hijos sí vive, porque es el que acaba de contarme el cuento que á ti te cuento.



GLORIA

I



Una vez había una preciosa jóven que se llamaba Gloria.

No podía llamarse de otra manera, pues á no haber existido muchos años ántes que Murillo, de haber sido coetánea suya, veríais retratado su rostro en las Concepciones inimitables del inspirado artista, que, á no dudarlo, la hubiera elegido por modelo, ahorrándome á mí ahora el sentimiento profundo que me causa no saber cómo describiros aquel conjunto de perfecciones.

Y si físicamente atesoraba tal belleza, moralmente nada puede concebirse más sublime, más dulce, más puro ni más poético que su carácter, reflejo de su alma, purísimo tesoro de las más acrisoladas virtudes.

II

Es lógico que, siendo Gloria una gloria, había de intentar el demonio, con todas sus fuerzas, hacer que vacilara su virtud, y con este propósito procuró vivir á su lado en forma de una tia á quien aquélla quedó encargada á la muerte de sus padres.

Brígida se llamaba la tía, cuyo espíritu era la esencia del de Lucifer, y cuyo rostro horrible y repulsivo parecía la personificación de la fealdad y la antipatía.

La pobre Gloria sufría con resignación inexplicable los insultos incesantes de su tía, obedeciendo sin replicar sus extravagancias y sus caprichos, siempre raros y difícilísimos de ejecutar: en el verano se le antojaba una fuente de nieve de color de rosa, ó un ramo de jazmines negros en el rigor del invierno; y como, naturalmente, no pudiera Gloria conseguir cosas tan disparatadas, su tía la maltrataba sin piedad y sin consuelo, dejando su cuerpo de tal manera cubierto de cardenales, que todo él parecía un cardenal solo.

III

Sucedió por entonces, y os advierto que de esto hace muchos siglos, que un rey había oído ponderar la hermosura de una princesa que habitaba en un reino á más de tres mil leguas de distancia del suyo, y enamorado de ella, quiso tener su retrato.

Mandó, para que se le hicieran, á los dos más aventajados pintores de la corte, que á la primera jornada se detuvieron en la casa de Brígida y la contaron el objeto de su viaje.

—¡Bah! ¡Bah! les contestó la infame tía. ¿Y para eso andar tantas leguas? Mi sobrina Gloria puede ahorrarse el camino haciendo hoy mismo el retrato que buscáis, pues es tan hábil pintora, que, sin conocer á las personas, hace de ellas retratos exactísimos. Diciendo esto, la presentó á los pintores, los cuales la aseguraron que si se burlaba de ellos, le costaría la vida.

Gloria no sabía cómo conjurar situación tan apurada, y rogó la dejaran salir de la cabaña con intención de desahogar su amargura, derramando el copioso llanto que ya no podían contener sus ojos y rogando al santo Ángel de su guarda la sacara de tan grave apuro.

La noche estaba oscura; la pobre niña lloraba sin consuelo

sentada junto á la encina secular que se levantaba al lado del camino, cuando vió acercarse á ella un ángel hermoso, vestido de blanco y despidiendo rayos de luz deslumbradora, que la dijo:

—Sé lo que te sucede, hermosa niña; conozco tu corazón, puro como la gota de rocío. Enjuga tu llanto; yo soy tu ángel bueno, que quiero desde hoy premiar tus virtudes. Toma este cristal; dalo á los enviados del rey; que vuelvan á Palacio y digan á S. M. que mañana, al sonar las doce de la noche, la princesa por quien muere de amor estará mirando á la luna; que el rey mire también con él, y verá la imagen de su adorado tormento pintada sobre la superficie del apacible sol de la noche.

Gloria, loca de alegría, dió las gracias al ángel, que desapareció de repente; Brígida, loca de ira, se desesperaba; los pintores del rey, y el rey mismo, á quien dijeron que había sido el cristal invención de ellos, locos de admiración, vieron efectivamente tras el cristal el rostro deseado.

IV

Su Majestad no pensaba en otra cosa que en esperar todas noches, cuando la luna brillaba en el espacio, á que dieran las doce, para entregarse por completo á su ocupación favorita. Tan entusiasmado estaba, que no se acordó de que tenía abandonados los negocios de Estado; de que el pueblo, sin freno ni temor, convertía sus dominios en merienda de negros; de que nadie pagaba sus tributos ni se cuidaba más que de gozar y divertirse, hasta tal punto que al reino, ántes tan dichoso, le amenazaba la más espantosa bancarrota, y se hizo necesario que los más aventajados hacendistas salieran á concertar un empréstito en una nación amiga.

A la primera jornada descansaron en la cabaña de Brígida, á quien contaron la misión que llevaban.

—¡Bah! ¡Bah! les contestó Brígida; veo que nuestro rey se apura por bien poco, cuando mi sobrina puede proporciona-

ros todo el oro preciso para comprar el mundo entero.

Diciendo esto, la presentó á los hacendistas, los cuales la aseguraron que si se burlaba de ellos, la costaría la vida.

Gloria salió de la cabaña, prurumpiendo en amargo llanto.

Sentada estaba junto á la encina secular, cuando vió venir por segunda vez al ángel bueno.



—No te aflijas, niña, la dijo; sé lo que te sucede; mañana, al despuntar la aurora, un huracan espantoso arrebatará en rauda tromba las aguas y las arenas de la laguna próxima, cuyo fondo está compuesto de ricos criaderos de oro: espera en su orilla, porque las aguas se evaporarán; caerán por su peso las auríferas arenas, y tú podrás coger cuantas quieras para saciar la codicia de los enviados del rey.

Así sucedió, y todavía no habían despertado de su sueño los que dormían en la cabaña de la miserable tia, cuando Gloria había acumulado en aquella inmensos montones de oro, á cuya vista quedaron todos extáticos y mudos de admiracion.

Los hacendistas no quisieron contar á S. M. la verdad, por atribuirse á sí mismos el mérito de haber encontrado tan pronto riqueza tan considerable, con la cual el reino salió de apuros y se vió lleno de prosperidad.

V

Pero el rey seguía mirando á la luna, y estaba triste, tanto que le mataba la melancolía, y su razon comenzaba á sufrir ligeros extravíos. En ellos le dió la rara manía de querer subir á la luna con el fin de ver desde ella en qué punto de la tierra estaba la dulce ilusion de su vida.

Mas ¿cómo subir á la luna?

No había en todo el reino quien lo supiera; se agotaron todos los recursos de la ciencia para conseguirlo; se prometieron premios; se ensayaron globos de multitud de sistemas; cañones de extraordinaria potencia. ¡Todo inútil!

Entónces el rey dispuso que dos de sus sabios más sabios salieran á estudiar en otras naciones más instruidas los adelantos que hubieran hecho sobre la ciencia aerostática.

Los sabios emprendieron su expedicion, y á la primera jornada descansaron en la cabaña de Brígida, á la que contaron el objeto de su viaje.

—¡Bah! ¡Bah! les contestó la infame tia, ébria de gozo al ver que lo que entónces deseaba S. M. era un absurdo; Gloria no sabría cómo salir de su compromiso y la cortarán la cabeza. Veo que el rey se ahoga en poca agua, cuando para mi sobrina no hay nada más fácil que subir á cualquier astro.

Diciendo esto, la hizo venir. Gloria prurumpió en amargo llanto y salió de la cabaña, sentándose junto á la encina secular.

El ángel bueno apareció por tercera vez.
 —No te aflijas, la dijo; sé lo que te sucede, y nada hay más sencillo que el salir de tu apuro. Toma este frasquito; bafía tus ojos con unas gotas del líquido que contiene; mira á la luna, contrayendo tu pupila para que hasta ella venga un rayo del astro de la noche, y el rayo tomará fuerza y resistencia, pudiendo subir por él como si se subiera por una vía de hierro. Pero para que el rey pueda aprovechar este medio de ascension, será preciso que venga á tu lado y suba contigo, porque el líquido que te doy sólo tiene virtud para tus ojos.

Gloria, llena de consuelo, volvió á la cabaña y aseguró á los sabios que si el rey venía á ella, le explicaría el modo de subir á la luna, cuyo secreto á nadie más que á él revelaría.

Los sabios la aseguraron que si se burlaba de su augusto soberano la cortarían la cabeza, y volviendo á la corte, contaron á S. M. lo sucedido.

Pero apenas el rey lo hubo escuchado, con el manto real, la corona, el cetro y todo, conforme se encontraba, echó á correr en busca de la cabaña de Gloria.

La esperanza de realizar su viaje, el temor de no realizarlo y el amor que en él iba en aumento, como la gracia de Dios, no le permitieron reparar en la hermosura extraordinaria de Gloria.

Llegó la media noche; Gloria y el rey esperaron junto á la encina á que la luna brillara con mayor intensidad sobre la insondable bóveda de los cielos, y abrazando entónces aquella al monarca, hizo cuanto el ángel le había dicho, y comenzaron los dos su viaje inverosímil, ni siquiera soñado por Julio Verne.

VI

Después he sabido que la tía Brígida murió á la fuerza de su desesperacion.

Gloria, como el camino era tan largo, tuvo tiempo de contar á S. M. lo sucedido con los pintores y los hacendistas,

y S. M. le tuvo tambien para convencerse de que era de todo punto imposible que hubiera en ninguna parte mujer que reuniera tantas perfecciones como su compañera de viaje, y en llegando al término de él, contraieron matrimonio, encontrando Gloria el premio de sus virtudes, con una vida llena de todo género de felicidad.

¿Os reís de cosas tan inauditas y maravillosas?

Así se reían nuestros abuelos si les hubieran dicho que sus nietos sostendrían una conversacion con sus antípodas; que quedarían retratados con sólo ponerse delante de la máquina fotográfica, ó que el mismo día que hubieran almorzado en Madrid podrían cenar en Valencia ó en Sevilla.

No os riais nunca de nada, por increíble y absurdo que os parezca, mientras arda dentro de vuestro cerebro la llama esplendorosa de la inteligencia.



LA ESTRELLA TRASPARENTE

I

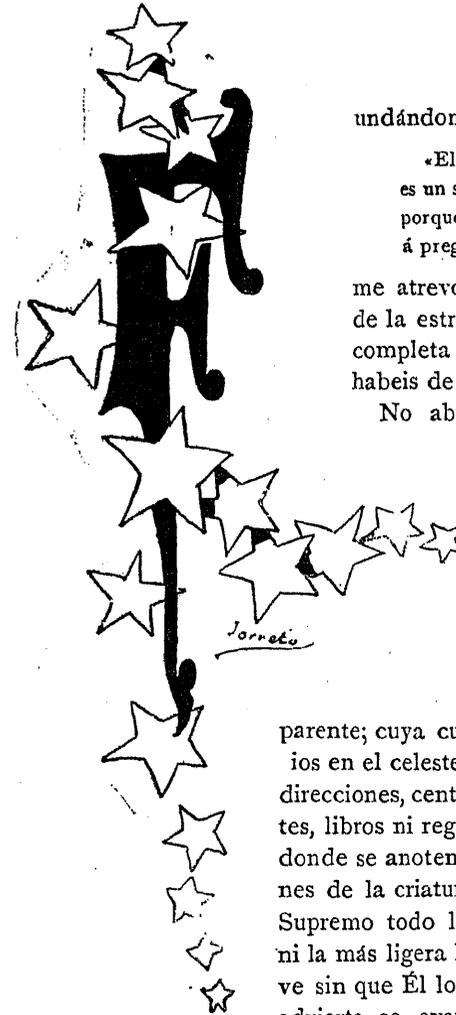
undándome en aquello de que

«El mentir de las estrellas
es un solemne mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.»

me atrevo á contaros el cuento
de la estrella trasparente, en la
completa seguridad de que no
habeis de ir á buscarla.

No abrigo tampoco la pre-
tension de que
creais en su exis-
tencia, sino úni-
camente la de
que os conven-
zais de que to-
do lo creado es
ante el Creador,
como ella, tras-

parente; cuya cualidad hace innecesarios en el celeste reino los ministerios, direcciones, centros, oficinas, expedientes, libros ni registros de ninguna clase donde se anoten y examinen las acciones de la criatura, porque el Hacedor Supremo todo lo ve y lo oye; porque ni la más ligera hoja del árbol se mueve sin que Él lo vea, ni sin que Él lo advierta se evapora la más pequeña.



gota de agua, ni sin que Él lo sepa, cambia de sitio el más imperceptible grano de arena que forma con sus innumerables compañeros el insondable fondo del Océano.

II

Un día apareció en la ciudad de Liarta un personaje verdaderamente extraño, como llovido del cielo, sin que nadie supiera su procedencia.

Se llamaba, si mal no recuerdo, Ruydemars.

Llegó acompañado de numerosa servidumbre, suntuosos trenes, briosos caballos de las más estimables razas; y en el sitio más céntrico de la ciudad, rodeado de poéticos jardines, hizo construir un palacio de riquísima y caprichosa arquitectura, que llamaba la atención por la artística filigrana de sus adornos y por la esbeltez y elevación de sus doradas torres.

Pronto sus espaciosos salones, decorados con inusitado lujo, se vieron ocupados por las más distinguidas familias de Liarta, que acudieron á las orgías á que frecuentemente las invitara el dichoso poseedor de tanta felicidad; y más pronto aún consiguió Ruydemars atraerse todas las voluntades de aquellas, movidas unas, las ménos, por admiración, y excitadas otras, las más, por el deseo de conseguir algún jiron de su fortuna, conquistado á fuerza de adulación, de complacencia y servilismo.

Los más ricos capitalistas de Liarta vieron eclipsada su fortuna ante la incalculable de Ruydemars.

Las más agraciadas jóvenes se disputaban su amor, embelleciendo sus cuerpos con todos los diabólicos recursos de la moda, y llenándoles de flores y encajes, de elixires, cosméticos, polvos y velutinas.

Los pobres acudían en tropel á su palacio en demanda de los socorros que otros ricos sin corazón les negaban.

Los proyectistas buscaban siempre su concurso.

Y Ruydemars tenía el don de agradar á todos, de dar lisonjeras esperanzas á las enamoradas doncellas, acertados conse-

jos á los que le consultaban, y socorros sin medida á los necesitados, enjugando sus lágrimas, saciando su hambre y vistiéndolo sus desnudos y ateridos miembros.

Había llegado á ser el tema obligado de todas las conversaciones; era para todos el verdadero tipo de la perfección, el



hombre sin mancha; la murmuración jamás podía conseguir clavar en él sus afilados dardos, pues siempre se quebraban en ésta ó parecida frase:

«No hay duda: Ruydemars es un ángel.»

Y es que de tal manera se fascina nuestra vista ante los dorados reflejos del oro, que no puede disponer de un rayo de luz siquiera, por débil que sea, para mirar por dónde viene.

Pero con el tiempo, cuando las primeras impresiones pro-

ducidas en los habitantes de Liarta por la envidiable posición de Ruydemars fueron pasándose, no faltaron algunos curiosos que hicieron dos observaciones:

Ruydemars no debía tener familia, parientes ni conocidos de ninguna clase, porque el cartero no llamaba nunca á la puerta de su palacio, ni jamás le oyeron hablar nada de sus parientes ó amigos.

Ruydemars no debía tener creencias religiosas de ningún género; por lo menos su religión no era la católica, que todos profesaban, pues jamás le habían visto entrar en ningún templo, ni terminaban en cruz las agujas de las veletas que giraban sobre las elevadas cúpulas de su suntuoso alcázar.

A pesar de ello, tantas eran sus buenas cualidades, que, á consistir su canonización en la voluntad de los vecinos, ninguno seguramente le hubiese negado su sufragio.

III

Pero como por opulentos y excelentes que seamos, todos somos mortales en esta vida, llegó un día en que se creyó que había sido el último de Ruydemars, pues una mañana se le encontró en su lecho inmóvil y con todos los síntomas de la muerte.

No había hecho testamento, y su cadáver fué depositado en el cementerio católico, acudiendo el pueblo entero á celebrar sus funerales con inusitada suntuosidad.

.....
Era la media noche.

La tierra y el cielo parecían una misma cosa, una nube densísima y oscura.

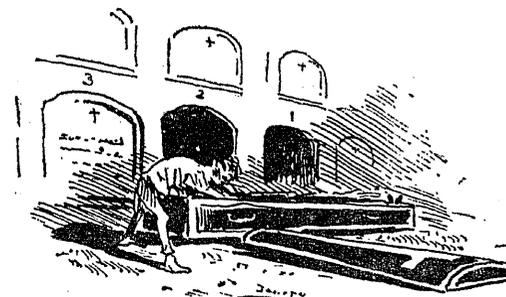
El sepulturero había visto, al clavar la tapa del ataúd donde había sido enterrado Ruydemars, que en los dedos de éste brillaban gruesas sortijas de diamantes y oro, y tomando todo género de precauciones, se acercó á tientas á la sepultura.

Algun ligero fuego fatuo, alguna ráfaga de viento que suavemente movía los sauces del camposanto, algun eco melan-

cólico que repetía por el espacio el canto lúgubre de la lechuza ó el ladrido de alarma del perro, detuvieron más de una vez sus pasos, haciendo palpar violentamente su corazón, como jueces acusadores de su conciencia.

La codicia pudo al fin más que todos estos jueces; el sepulturero llegó á la última morada de Ruydemars, derribó la entrada, húmeda todavía, sacó la caja, desclavó la tapa, y cogiendo un afilado cuchillo, se disponía á cortar los dedos del cadáver para hacer más breve la operación, cuando Ruydemars, incorporándose, lanzó un grito terrible.

Entonces el sepulturero, presa de una emoción extraña, cayó exánime sobre el ataúd para no levantarse nunca.



En tanto Ruydemars, que solamente había sido víctima de una prolongada catalepsia, comenzó á pedir socorro y á correr por todas partes sin dirección fija.

Por fin tropezó con un objeto para él desconocido, y creyendo ser un árbol, empezó á trepar por él, en el mismo instante que un relámpago deslumbrador iluminó el tenebroso espacio.



Ruydemars abrió los ojos desmesuradamente, que parecían salirse de sus órbitas, como si con ellos quisiera absorber toda la luz del relámpago, para alumbrar despues la oscuridad de la noche, y pudo ver que se habia refugiado sobre la cruz bendita que como guardia de amor y de consuelo se levantaba en medio de la silenciosa ciudad de los muertos. Al verla crispó colérico sus manos, lanzó una horrorosa blasfemia y dió un salto hácia atrás abandonando aquel

símbolo de nuestra santa redencion en el momento en que, oyéndose una estridente carcajada que llenó el espacio, estremeció la tierra el ronco estampido del trueno, tan fuerte como si el mundo entero sufriese un espantoso terremoto.

IV

Mas ¡ay! que el salto de Ruydemars no tenía fin: ¡no acababa nunca!...

¡Saltaba!...

¡Saltaba sin cesar!...

Le parecia estar siempre muy cerca de la cruz, quería huir de ella, y cuando pensaba que su salto concluiría, tomaba aliento, redoblaba sus fuerzas, y como si fuera un agilísimo acróbata, como si al mismo tiempo que quería apartarse de la tierra, la tierra misma le rechazase de sí indignada, se encontraba con una fuerza sobrenatural, que le permitía dar sus saltos, cada vez más gigantescos.

Los remordimientos de su conciencia tomaban en tanto forma en su imaginacion fascinada. Creía ver moverse en rededor suyo figuras que representaban las escenas criminales de su vida, y que, abriéndole despues el pecho, se refugiaban dentro de él, entreteniéndose en causarle tormentos irresistibles.

Así revoloteaba Ruydemars por el aire, saltando de tal modo, que dejó tras sí nuestro planeta, atravesó su atmósfera, cesó, al llegar al vacío, su fuerza de impulsión, y sujeto únicamente á la ley de la gravedad, caía por el espacio, en tanto que la tierra se alejaba y desaparecía con velocidad vertiginosa.

De repente se vió Ruydemars atraído por una fuerza irresistible; pareciale tambien que la impenetrable oscuridad que le rodeaba se esclarecía poco á poco, y que, desprendiéndose sus vestidos de su cuerpo, comenzaba éste á cubrirse de una materia fosforescente.

En efecto; Ruydemars atravesaba la órbita que recorría la estrella trasparente en el instante en que ésta pasaba por donde aquél caía, y fué atraído por ella, cayendo sobre su superficie y cerca de una de sus más populosas ciudades.

Ruydemars quedó sobrecogido de admiracion y de espanto al ver que era tanta la transparencia de la atmósfera, sobre cuyos tenués átomos se veía brillar la purísima luz de infinitos astros, como la del suelo que le sostenía, bajo del cual entrelazaban sus corrientes opuestas clarísimos rios llenos de vegetales y de animales acuáticos transparentes que se distinguían con tal perfección, cual si ni el suelo ni las aguas existiesen; como la de los árboles que le rodeaban, cuyos

gruesos troncos y cuyas frondosas ramas no impedían ver, al traves de ella, la ciudad cercana; como la de la misma ciudad cercana, detras de cuyos artísticos edificios veíanse circular los extraños habitantes, sin que el estar los unos delante de los otros impidiera que éstos se vieran con la misma claridad que aquéllos, y como la de los mismos habitantes, en fin, que, más que cuerpos humanos, parecían bellísimas figuras de diáfano é immaculado cristal, animados por el soplo de una vida más perfecta que la nuestra, pues no necesitaba, para que tal vida fuese, satisfacer ninguna de las groseras necesidades que, para que la nuestra lo sea, tenemos nosotros que ver satisfechas, por lo que nunca tampoco se extinguía.

Los habitantes de la estrella trasparente vivían como viviríamos nosotros si en el Paraíso no hubiese tentado el demonio á la serpiente, ni la serpiente á la mujer, ni la mujer al hombre.

Ruydemars se acercaba á la ciudad.

Un terror incomprendible se apoderó de él, cuyo terror aumentaba á medida que iba estando más cerca de aquélla, haciéndole sufrir de un modo tan intenso como jamas había sufrido. Pero cuando su tormento llegó al colmo, fué cuando él llegó á la ciudad y sus moradores le rodearon, mirando á traves de su cuerpo con esa curiosidad que los niños miran moverse las figuritas de los organillos.

—Mirad, mirad, decía uno; este hombre que no conoceis es Ruydemars, de quien yo fuí víctima en la tierra por robarme cuanto poseía; mirad dentro de su cuerpo aquellas figuras que representan la escena.

—En efecto; Ruydemars es, decía el otro, el hombre por quien en la tierra fuí yo llevado al patíbulo, á pesar de mi inocencia, quedándose él gozando tranquilamente del fruto de su crimen. Ved aquella figura con qué perfeccion me representa, y cómo aquella otra escena representa á él, agitado y tembloroso, creyendo que le acusa todo cuanto le rodea.

—Es verdad; éste es Ruydemars, aquel que en la tierra usurpó mis derechos y mis títulos, y mientras yo moría de

amargura, y mis hijos de hambre y de frio, él era el objeto de la estimacion universal, y por todas partes conseguía distinciones y premios á costa de mis estudios y de mis viglias. Mirad, mirad allí la escena donde traidoramente me engaña.

Mientras así satisfacían su curiosidad y evocaban recuerdos los purificados habitantes de la estrella trasparente, antiguas víctimas de la perversion de Ruydemars, las figuras que en el interior del último habían tomado vida, crecían y se agitaban, causándole tormentos nunca imaginados; no cabían ya dentro de su cuerpo, y rompiéndole en mil pedazos, salieron fuera, disipándose como se disipa el humo que se escapa del globo cuando su válvula se abre.



El cuerpo de Ruydemars deshízose en seguida en polvo de finísimo cristal; cada uno de sus átomos adquirió una sensibilidad exquisita; se extendieron por el suelo de la estrella trasparente, y cuando sus habitantes le pisoteaban y le oprimían, le hacían padecer dolores agudísimos, dolores que ni el mismo Ruydemars, si volviese á venir á la tierra, tendría palabras para explicárnoslos.

V

Todo esto os parecerá maravilloso y extraordinario.

Creedlo, sin embargo. Es histórico. Ha existido Ruydemars, y existe todavía la estrella trasparente.

Se ve muchas noches á la derecha del planeta Vénus, con el auxilio de un telescopio de gran alcance.

Nada más fácil que el haberla creado para Quien en el cuerpo de los animales microscópicos ha sabido colocar todos los órganos necesarios de la vida; para Quien ha conseguido derramar balsámicos perfumes en los cálices purísimos de las flores, y teñir sus hojas de matices incopiables; para Quien ha podido encender el inmenso luminar del día; para Quien ha sabido hacer que millones de astros rueden eternamente por las regiones inmensurables del vacío, sin que jamás los unos tropiecen con los otros, ni se derramen al girar, sus mares, ni sus lagos, ni sus ríos.

¡Ojalá que de la misma materia transparente hubiese formado al globo miserable sobre que nosotros giramos, y á los aún más miserables seres que giran sobre él!

Pero si de improviso le pluguiese hacerlo y contar para ello con los votos de sus criaturas, ¿cuál sería la que espontáneamente le prestara el suyo?

.....

VI

Me preguntais si en Liarta no llegaron á tenerse nunca noticias de los antecedentes de Ruydemars.

Nunca; murió en opinión de santo.

¡Le falta tanto á la justicia humana para tener siquiera el más leve destello de la divina!

Pero el ruido espantoso que se oyó cuando en el campo-santo huía de la cruz, no fué ilusión; fué un fuerte temblor de tierra que, conmoviendo los fundamentos del palacio de Ruydemars, le sepultó para siempre, y con él su servidumbre y su herencia, como herencia y servidumbre malditas.



LOS ESLABONES DE ORO

I



Ariste y pensativo estaba una mañana un pobre carpintero, sentado junto á la puerta de su taller, y viendo su miseria y la de otros pobres que pasaban por la calle hambrientos y llenos de harapos y de frío, no hacía más que decir:

—¡Oh! Si yo fuera rico, todos lo habrían de ser, porque mi placer mayor sería dar limosna á estos infelices.

Por la tarde se puso á clavar unas tablas en un desván, y cuál sería su sorpresa cuando vió que, al dar un golpe, el clavo se hundió en un hueco, el martillo rompió la pared, y él se encontró dentro una gran vasija que estaba llena de monedas de oro.

Al ver tanta riqueza, dijo:

—No podía ser de otro modo. Dios ha oído mis ruegos, y me la envía para socorrer á los pobres. Voy á comprar herramientas nuevas, y lo que quede lo repartiré entre ellos.

No notó el carpintero que á sus piés cayó una moneda, se alargó, luégo se enroscó, y se formó un eslabon de oro. Fué á la tienda y compró cuanto necesitaba; y tanto era,



que se dejó allí todo el dinero que encontró encerrado en la vasija.

II

Por la noche, en esos instantes que median desde que nos acostamos hasta que nos dormimos, que indudablemente son los instantes de los remordimientos de todo lo que hemos obrado mal durante el día, le acusó al carpintero su conciencia de no haberse acordado de los pobres. Mas él procuró quietarla, diciendo:

—Es verdad, he obrado mal; pero con mis herramientas nuevas haré trabajos más finos, ganaré más, y entónces daré limosnas á los pobres, ántes de emplear el dinero en otras empresas.

A la mañana siguiente se puso á trabajar muy contento de

ver la sierra tan brillante, el cepillo tan nuevo y la azuela con tanto filo.

Cogió la sierra, empezó á serrar un madero, y vió que el serrin que caía era de oro. No cabía en sí de gozo; tanto tuvo, que se olvidó de los pobres, y sólo se acordó de que no tenía maderas finas, ni armarios, y de que sus bancos eran viejos y feos.

Así es que dijo:

—Vaya, compraré maderas finas, compraré bancos nuevos y armarios, y con lo que me quede socorreré á estos infelices.

El carpintero no vió que un poco de serrin se quedó pegado á sus piés, se reunieron los granos formando una cinta, y ésta luégo se partió, se dobló, y se formaron dos eslabones de oro. Fué á un gran almacén de maderas finas; compró tablas de nogal, de caoba y de palosanto; vino á su casa, quemó todos los bancos viejos, y los sustituyó con otros muy nuevos y muy fuertes.

III

Llegó la hora de acostarse, y su conciencia le gritó con más fuerza, diciéndole: «Ayer prometiste socorrer á los pobres. Hoy has tenido más riquezas, y no lo has hecho.»

—Es verdad, contestaba en su interior el carpintero: pero con las maderas finas y los bancos nuevos, emprenderé grandes obras, y con el producto socorreré á esos pobres.

Y diciendo esto, se durmió.

Al día siguiente le encargaron una sillería de palosanto, y al recibir el encargo, procuró justificarse en cierto modo, pensando en que si hubiese dado el dinero á los pobres y no hubiera comprado aquellas maderas, no podría hacer los muebles que le encargaban, con cuyo importe socorrería á mayor número de aquellos.

Cogió un madero para empezar la obra, y alcanzó el cepillo del armario. Le sacó mucho hierro para desgastar bien la madera, y empezó á cepillar.

Pero estuvo á punto de volverse loco de alegría cuando vió que las virutas que caían á sus piés eran tambien de oro.

Y dijo, recogiénolas todas:

—Ahora sí que socorreré á los pobres. Ya no me faltaba más que un taller ancho y grande, porque éste que tengo es muy reducido y miserable, y en él no puedo recibir dignamente á los parroquianos que, como ven el del vecino con tanto lujo, se van á él y no se detienen en el mio. Compraré, pues, un establecimiento como el suyo, y lo que sobre lo daré á los pobres.

El carpintero tampoco observó esta vez que cuatro virutas se le habían enredado en los piés, y enroscándose unas con otras, habían formado cuatro eslabones.

Y se dirigía á la casa de un rico propietario. En el camino le salió un pobre al encuentro, y le dijo con voz desfallecida:

—Señor, dadme una limosna: estoy muerto de hambre.

Pero el carpintero, sin pararse, le contestó:

—Déjame en paz, hermano, que voy ahora muy deprisa.

Mas allá se paró delante de él otro pobre, y le dijo derramando lágrimas:

—Mis hermanos han muerto de necesidad; á mí me sucederá lo mismo si no me socorreis.

—No me detengas, le contestó; mañana te daré.

Y sin querer oír á otros pobres que encontrara, llegó á donde iba, vió al dueño de muchas casas del pueblo, y quiso comprarle una, que costaba cuanto dinero tenía, y aún más, y el carpintero, por no quedarse sin ella, le dió todo el dinero, y ofreció pagarle el resto, para lo cual trabajaría sin descanso.

IV

Llegó la tercera noche.

El carpintero se acostó, y conociendo que ya su conciencia empezaría á acusarle con razon, se anticipó á consolarse á sí mismo, diciendo:

—Lo que he hecho debía hacerlo, porque la verdad es que necesitaba un taller; ahora ya, puesto que nada me falta, trabajaré sin descanso, y así que pague mis deudas, daré limosnas á los pobres.

Con estos razonamientos, y notando que ya no le argüía su conciencia, que no porque él la hubiera convencido, como pensaba, guardaba silencio, sino porque ya estaba endurecida, se quedó dormido.

Cuando despertó, cogió la azuela muy contento porque pensaba que, como el clavo le había dado una vasija llena de monedas, la sierra serrin de oro y el cepillo virutas de oro, le daría tambien la azuela astillas de oro: entónces podría pagar sus deudas, y no ya dar limosna, como había pensado la noche anterior, sino trasladarse á la corte, donde viviría más alegre, y donde no habría tantos pobres que le importunaran.

Pensando en esto, cogió un madero, y empezó á labrarle.

No se engañó en su pensamiento, porque al primer golpe cayeron unas astillas de oro, tropezaron en sus piés, se doblaron por sí mismas y formaron ocho eslabones de oro.

Y el carpintero, creyéndose ya feliz, fué á dar el segundo golpe; pero, al darle, se hirió en un dedo con el corte de la azuela.

—Esto no es nada, decía, viéndose la herida; dejaré el trabajo por hoy: á fe que tengo necesidad de descansar.

Se agachó á coger las astillas y... ¡no las encontró!

Por la noche no pudo dormir á consecuencia del dolor que tenía en el dedo. Al dia siguiente ya no era el dedo sólo lo que le dolía, sino que tambien le dolía toda la mano. Al otro dia la inflamacion tomó un carácter grave. Comenzó la gangrena, vinieron otras complicaciones, y la enfermedad duró tanto, que para alimentos y medicinas tuvo que ir vendiendo sus herramientas nuevas, luégo sus bancos y sus armarios, despues las maderas finas, y por último, su casa.

Al verse sin nada, se retorció de cólera en su lecho, y tanta tuvo, que murió en un acceso de ella, sólo y abandonado, como se muere un perro en el campo.

V

El día en que murió el carpintero, murieron también otros pobres; y cuando iban por el camino de la gloria, se le encontraron llorando amargamente porque no podía subir.

Los pobres le dijeron:

—Cuando éramos pobres, y tú inmensamente rico, no hacías más que darnos esperanzas de socorrernos, y, al fin, nos dejaste morir de hambre y de frío; pero nosotros no somos vengativos. Ven, y te ayudaremos a subir.



Y cogiéndole entre todos, querían subirle.

Pero ¡ay! el carpintero pesaba tanto, que aunque eran muchos los pobres que le subían, todo era en vano, no podían con él, y su cuerpo se hundía, y se hundía sin cesar.

Así es que, sintiéndolo mucho, no tuvieron más remedio que dejarle caer y subir ellos solos a la gloria.

.....

VI

Quando los pobres llegaban á una gran altura, volvieron la cabeza hacia la tierra para darla el último adiós, y vieron que había un punto muy oscuro, de cuyo centro salían unas llamas muy vivas.

¡Era un inmenso volcán encendido, en medio de cuyo cráter cayó el pobre carpintero, al peso de los eslabones que llevaba enredados en sus piés!





LAS TÓRTOLAS AMARILLAS

I



ñas que vais á ir al baile, y os habeis vestido tan elegantes, con vuestros trajes de gasas, vuestras pulseras de coral y oro y vuestros prendidos de perlas y de flores; descansad un rato alrededor de la chimenea, que la noche está muy fría. y mientras derramais unas gotas de esencia en vuestros pañuelos de nîpis, os

poneis los guantes, repasais la lista perfumada de los bailes y esperais á que el lacayo os anuncie que el coche está dispuesto, oid el cuento de las tórtolas amarillas.

II

Esta era una madre que tenía tres hijas muy hermosas, muy hermosas, casi tanto como vosotras; pero tan parecidas entre sí, que no exagero en aseguraros que ni aquélla misma las distinguía; lo mismo eran los ojos de las tres, lo mismo los cabellos, lo mismo la voz, todo lo mismo; en nada se diferen-

ciaban más que en el alma; pero como el alma está tan escondida, cuantos miraban á cualquiera de ellas no sabían si miraban á Laura, que era la mayor, si á Libia, que era la mediana, ó si á Angela, que era la más pequeña.

Libia y Laura eran perversas; tanto, que siempre estaban insultando y maltratando á Angela, porque no pensaba más



ÁNGELA

que en socorrer á los pobres que se acercaban á la puerta, y la decían:

—Mañana no podemos ir al baile, porque el dinero que madre guardaba para comprarnos un traje, tú lo has dado á los pobres.

Y Angela, con un aire de modestia y de dulzura que á cualquiera, ménos á sus hermanas, encantaría, les contestaba:

—¿Y qué? ¿Cuánto mejor es que puedan vivir hoy un día más unos cuantos pobres, que no que nosotras demos mañana unas cuantas vueltas en el baile?

Y las hermanas, cuando la oían estas razones, la maltrataban, la arañaban y la tiraban de sus cabellos.

—Pronto, murmuraban, estaremos todas tan pobres como los que tú socorres, y entónces no habrá nadie que á nosotras nos socorra.

Y así vivían las tres hermanas: Laura y Libia odiando y



LIBIA

martirizando á Angela cada vez más, y Angela rogando sin cesar al Eterno que ablandase el endurecido corazón de aquéllas.

III

Llegó el día de la Concepcion.

La casa de las tres hermanas estaba entrente de la iglesia, y se asomaron á ver la procesion. Empezó á salir la gente, empezaron á tocar los músicos y á ordenarse en dos filas los muchachos que iban alumbrando con sus velas. Luégo sacaron el estandarte, y detrás la imágen de la Vírgen María.

Quando vieron salir á la Vírgen, todos se arrodillaron, menos Laura y Libia, que siguieron de pié, porque pensaban que

arrodillándose no podrían seguir haciendo señas á sus novios, que las miraban desde la puerta de la iglesia, porque las cubrirían las colgaduras del balcon.

Pero Angela sí se arrodilló, rezó la Salve, y, al ver que sus hermanas no lo hacían, dijo á la Virgen, derriamando lágrimas de sentimiento:

—¡Oh Madre mía, ten compasion de mí, y perdona á mis hermanas tanto como te ofenden, y lo mismo que yo las perdonol

IV

Por qué casualidad sucedió que un príncipe había prometido visitar la iglesia del pueblo. Estaba dedicada á una Santa á quien tenía mucha devocion, y así prometió hacerlo, si la reina se salvaba de una peligrosa enfermedad, de que sanó.

Iba al lado del carro; instintivamente miró al balcon, y vió á las dos hermanas.

No dejó de lamentar su irreverencia; pero como vió que eran tan hermosas, se enamoró de las dos.

Cuando pasó la Virgen, se levantó Angela. El príncipe quiso ver otra vez á las que tanto le gustaron, y volvió la cabeza.

Al ver que había tres, se enamoró tambien de las tres, y desde luégo pensó casarse con una, puesto que ya he dicho que eran iguales; pero dijo:

—La verdad es que estas doncellas son hermosísimas, y yo no puedo resistir á los encantos de cualquiera de las tres: ¡mas es tan triste que al dirigirme á una acepte mi amor sólo por satisfacer la vanidad de ser la esposa de un príncipe! ¿Cómo haré yo para saber si alguna de ellas me quiere con sinceridad?

Y ¿qué hizo? Compró á un pobre su traje y fué á casa de las tres hermanas, diciendo:

—Veré cuál tiene mejores sentimientos; que aquella que

los tenga, ha de tener, indudablemente, un alma más pura y un corazon ménos vano. Con ella me casaré, pues si no sientte amor por mí, fácil será que llegue á tenerme gran cariño, y seremos muy felices.

Cuando estuvo disfrazado, llegó á la puerta de las tres hermanas, y llamó.

V

Salió Laura á abrir, y al verle, sin darle tiempo á que pidiera una limosna, le dijo muy furiosa:

—No seas importuno; déjanos descansar. ¡Parece que te has empeñado en darnos martirio!

Y cerró la puerta con tanta precipitacion, que dió con ella en la cara al príncipe.

Al otro dia volvió el fingido pobre, y llamó á la puerta de las tres hermanas.

Salió entónces á abrirle Libia, y le dijo:

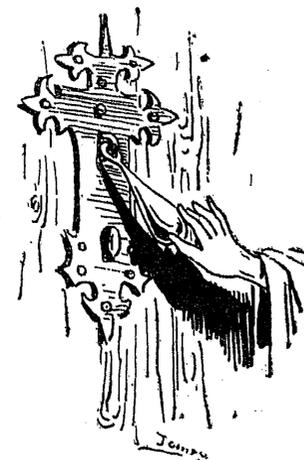
—Perdona, por Dios, hermano; yo no tengo la culpa de que hayas nacido pobre. Haber nacido rico.

Y, diciendo esto, cerró tambien la puerta, derribando, al cerrarla, el sombrero del príncipe.

Con el mismo disfraz volvió al tercer dia, decidido á desistir de sus repentinos amores, pensando, y con razon, que no los merecían quienes tan duros corazones albergaban.

Llamó á la puerta, y Angela salió á abrir.

—Esperad, hermano mio, le dijo al verle: voy á traeros un pedazo de pan y unas cuantas monedas. Por hoy no puedo



ofreceros más, porque mis hermanas están en la cocina y no me dejarán traeros comida caliente. Volved mañana, que no estarán aquí, y os daré una manta para que os abrigueis, porque esa que os cubre está vieja y rota, y tendreis con ella mucho frio.

El príncipe le dió las gracias, besó el pedazo de pan donde al dárselo había besado Angela, y se marchó, prometiendo volver al día siguiente.

VI

Por la noche, la caritativa hermana quiso salir á comprar la manta que había ofrecido al pobre.

Fué al cajón de su costurero á tomar sus pequeños ahorros, y se encontró sin ellos. Se los habían quitado sus hermanas, y se afligió mucho; mas pensó que el comerciante era conocido, y se la daría fiada.

En esta creencia, llegó á la tienda, escogió la manta, y dijo al comerciante:

—Hoy no tengo dinero; confiad en que os pagaré muy pronto.

Pero el comerciante la contestó:

—Nada teneis que pagarme, por cuanto la manta está pagada, y no solamente ella, sino tambien todo esto, que es para vos.

Y así diciendo, sacó una infinidad de cajas llenas de vestidos, de encajes, de adornos y de flores.

No pudo ménos Angela de admirarse de cuanto el comerciante la enseñaba y la decía, y con la mayor finura y dignidad rechazó aquellos regalos, mientras no se la diera una explicacion de por qué se la hacían. Y como el comerciante sólo la dijese que un desconocido lo había pagado todo para ella, insistió en no tomar nada, sino la manta, y se volvió á su casa llena de confusiones y de dudas.

Toda la noche se le fué pensando en aquel suceso, y, más aún, en la alegría que iba á proporcionar al pobre, dándole aquel abrigo para que no tuviera frio.

VII

No bien había amanecido el siguiente día, comenzaron á repicar las campanas de la iglesia y á cruzar por las calles las tropas que la reina enviaba para acompañar á palacio al príncipe, despues de cumplir su promesa. Las músicas tocaban por todas partes, y en el pueblo, donde nada se sabía, se preguntaba sin cesar:

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

Y nadie se daba razon.

Todos los vecinos se asomaban á las ventanas y á los balcones.

Las tres hermanas se asomaron al suyo, y apenas abrieron las celosías, vieron desfilas por delante de la iglesia una infinidad de tropas.

Detras de ellas venían seis hermosos caballos blancos, conduciendo un magnífico carruaje azul, adornado por todas partes de grecas y flecos de oro, y guiado por dos ángeles, con el vuelo de cuyas alas ayudaban á los caballos.

Cuando el carruaje estuvo delante de la puerta del templo, pararon los ángeles su carrera, y bajó de él un príncipe vestido con un riquísimo manto de terciopelo azul, miró al balcon donde estaban las tres hermanas, y luégo entró en la iglesia.

Libia y Laura, al ver que el príncipe las miraba, olvidaron de repente á sus novios, y experimentaron un inmenso placer, porque ya creían que al salir de la iglesia iría á pretenderlas, sólo porque las había mirado.

Pensando en esto, distrajo su atencion un fuerte aldabonazo, que resonó en la puerta de la calle.

Las tres hermanas miraron, y, en viendo que era un pobre quien llamaba, andrajoso y cubierto de miseria, las dos mayores le maldijeron porque las había distraído de su dulce pensamiento, y desde el balcon le gritaban que se alejase de allí, increpándole por haber llamado tan osadamente.

Pero Angela, que reconoció en él al pobre del día anterior, bajó en seguida á darle lo que le había ofrecido, mereciendo una reprension de sus hermanas, que la decían:



LAURA

—¡Parece mentira que llegue tu manía hasta el extremo de dejar toda esta fiesta por ir á darle un pedazo de pan á ese andrajoso é insolente!

VIII

Pues bien; dejemos á las hermanas que critiquen todo lo que quieran, que bastante trabajo tiene quien de la virtud critica, y vamos con Angela á abrir la puerta de la calle.

Apénas la abrió, vió al pobre del día anterior, y le dijo:

—Tomad, querido hermano; tomad la manta que os ofrecí. Esperad un momento, que voy á traer os un par de tórtolas

asadas que tengo escondidas, sin que lo sepan mis hermanas.

Fué á la cocina, y se volvió llorando.



¡Sus hermanas se habían comido las tórtolas!

Y llena de desconsuelo, dijo al pobre:

—No puedo daros las tórtolas, hermano; los gatos se las han comido; pero no paseis nunca hambre ni frío mientras esteis en este pueblo; venid á mi casa, que no me faltará algo que daros.

Angela, con la emocion que tenía, no reparaba en que el pobre, dejando caer la humilde manta, descubría su riquísimo traje de príncipe; no notó que sus vestidos de hilo se ha-

hían trasformado en otros de finísima seda bordada de oro; no notó que sobre su cuello, en sus manos y en sus cabellos, se entrelaban caprichosos prendidos, collares, brazaletes y sortijas de perlas y de esmeraldas; no notó que, sujeto á la corona que ya brillaba sobre su cabeza, descendía el blanco y puro velo de la desposada.

Y ántes que de su turbacion saliera, la cogió el príncipe de la mano, y la dijo:

—Ven, esposa mia; sube en mi carruaje, que te conducirá al reino de mi padre, y en él vivirás rodeada de felicidad inmensa.

Angela tenía su razon desvanecida por la fuerza de aquel acontecimiento tan misterioso, y así se dejó conducir hasta el coche, guiada por el príncipe.

Y los caballos comenzaron á correr tan ligeros como ligeras hienden el aire las flechas que despide el arco. Los músicos y las tropas corrieron detras del coche azul de los adornos de oro.

IX

Libia y Laura, cuando vieron que un príncipe, en el que conocieron al pobre que no habían querido socorrer, subía en el coche con Angela, tan lujosamente vestida, se quedaron como quien ve visiones; y era tan grande la envidia y la desesperacion que sentían, que se tiraban del pelo y se mordían tanto los labios y los dedos, que se hacían mucha sangre.

Para consolarse, creyeron aquello una ilusion, bajaron al patio, pensando encontrar en él á su hermana; pero en el patio no se encontraron más que los vestidos que ella tenía, hechos una porcion de jirones, y la capa sucia del pobre, llena de agujeros por todas partes.

Entónces fué mayor su envidia; se pusieron tan tristes tan furiosas, que daba miedo verlas; sus ojos estaban espan-

tados, sus cabellos descompuestos, y su cara amarilla como la cera.

Se maltrataban una á otra, y maltrataban á su madre tanto, porque no las traía un príncipe para cada una, que la pobre anciana bien pronto murió de desconsuelo.

V

Miéntas, el coche azul llegó al palacio, y Angela dijo á su esposo:

—Esposo mio, yo quisiera saber de mi madre y de mis hermanas.

—No hay nada más sencillo, le contestó el príncipe; sal al terrado y dí tus deseos á un palomo negro que verás en él.

Angela fué al terrado, vió al palomo, y le dijo:

—Palomito negro, vuelve hacia donde está mi madre, y tráeme noticias suyas.

El palomo movió sus alas, cruzó los aires, llegó á la casa, y revoloteó por el balcon.

Libia y Laura cogieron al palomo, y como los corazones envidiosos no pueden tener idea buena, tomaron alfileres de su almodilla y empezaron á pincharle.

Valiérales más no haber hecho tal cosa, porque el palomo era un palomo encantado, y apenas le pincharon la primera vez y se mancharon los dedos con una gota de sangre, se convirtieron en dos tórtolas amarillas.



XI

Ya hace mucho tiempo que sucedió esto, y todas las mañanas, cuando los príncipes se levantan, van al terrado de palacio á echar un puñado de trigo á la tórtolas amarillas.

Una mañana dijo al príncipe:

—Verdad es que mis hermanas no fueron buenas, pero yo tengo compasion de ellas; ténla tú tambien, y ruega al palomo negro que concluya con su encanto. ¿Acaso quieres que siempre estén convertidas en tórtolas amarillas?

El príncipe lo rogó al palomo negro; pero éste le contestó:

—Yo lo haría con mucho gusto; mas para esto son precisas tres cosas: que canten muy alegres, que no tengan envidia, y que rocén sus plumas con el llanto que han hecho verter á los pobres.

¡Y es esto tan imposible!

De modo que Libia y Laura siempre serán tórtolas amarillas.

XII

Observo que en vuestros labios se dibuja una sonrisa maliciosa, y preveo que guardais para el baile el reiros de mi cuento, porque no comprendéis que unas niñas envidiosas puedan convertirse en unas tórtolas amarillas, que dos ángeles conduzcan un carro azul, ni que un vestido de hilo se convierta en otro de finísima seda.

Yo os digo, sin embargo, que no seais como Laura ni como Libia, porque tampoco comprendéis cómo un fósforo enciende el fuego de esa chimenea, y ved que así sucede.

Y lo que yo puedo deciros, como fundamento de mi cuento, es que no hay nada que entristezca tanto al alma como la envidia, ni nada que tanto la alegre como la caridad.

Por eso Angela encontró tanta felicidad.

Por eso Laura y Libia fueron convertidas en tórtolas, que son las aves más tristes que se conocen, y tenían las plumas amarillas, que es el color de la envidia desde aquellos tiempos

EL SEPULCRO ARDIENDO



I

uereis saber dónde está Mirynia?

No os canseis en revolver Dictionarios geográficos, ni en registrar mapas, ni en consultar guías, ni en preguntar á los viajeros que conozcais para averiguarlo, pues sólo existe en el mundo de mi fantasía, donde yo levanto un pueblo á mi antojo, y á mi

antojo lo derribo, sin que para lo primero me importe nada el precio del terreno, ni para lo segundo me detengan los derechos de los propietarios.

Sólo, sí, os diré que Mirynia es el verdadero modelo de los pueblos, y sus habitantes los más venturosos de la tierra. Si algun vecino sufre, todos los demas, con exquisito cuidado, se esfuerzan en procurarle consuelo; si tiene algun quebranto en sus intereses, se ve en el momento socorrido. Las mujeres no son dadas á la murmuracion, que es cuanto hay que decir, ni á los chismes de vecindad; todas se quieren como hermanas; todos están contentos con su suerte; la ambicion y la envidia son pasiones que nunca perturban la tranquilidad de sus conciencias; baste decir que el Gobierno ha suprimido en Mirynia los tribunales, por innecesarios; que no se conocen más armas que los cuchillos para las necesidades domésticas, y que un Código que había se enseña, como cosa rara, á los forasteros; es, en fin, tal la armonía, la paz y la ventura que allí se disfruta, que cualquiera tendría á los mirynitas por ángeles, á no habernos hecho reconocer la necesidad de que tengan alas los que desempeñan el cargo de traer y llevar á Dios recados suyos.

Por otra parte, Mirynia no puede ser más pintoresca: colocada en la vertiente de una elevada montaña, que la resguarda de los vientos frios del Norte, rodeada de perpetua verdura, que esmaltan perfumadas flores, alegrada por la inimitable música de infinidad de aves cantoras que anidan en las axilas de los árboles, y por el murmullo de las cascadas que descenden al valle, purificada por la fresca brisa que hasta ella llevan las brumas del mar cercano, y animada por el limpio color de sus casitas blancas, atrae irremisiblemente á los viajeros, que no encuentran momento á propósito para abandonar aquella mansion tan deleitable.

II

Más ¡ay! ¿qué mundo rodará por la trasparente bóveda azul del firmamento donde exista la felicidad completa?

Mirynia tiene, en medio de tanta hermosura, una mancha horrible. Los mirynitas, en medio de tanta tranquilidad, tienen un día al año de amargura y desconsuelo.

Porque, coronando la montaña, se ven las ennegrecidas ruinas del antiquísimo y misterioso castillo de la ambiciosa Martha, soberbio palacio que hace muchos siglos causaba la admiracion de aquellos reinos, y monton hoy de piedras, cubiertas de musgo y trepadoras, entre cuyas grietas anidan los lagartos y las serpientes, y forman sus nidos las aves de rapiña.

Porque sobre estos restos sombríos de la pasada grandeza, todos los años, á la media noche del día 3 al 4 de Noviembre, de ese mes melancólico en que el viento arrastra las hojas secas de los árboles y eleva hasta el Eterno las plegarias de los fieles, la imaginacion de los mirynitas, exaltada por los tristes recuerdos de la infortunada Silvia, cree verla levantarse en el centro de una ligera nube y agitar sus brazos, como pidiendo auxilio, y acuden presurosos hacia las ruinas; pero las lluvias hacen cada año ménos accesible la montaña, y los esfuerzos de los mirynitas son inútiles, pues á la cumbre sólo suben los reptiles y las aves, y retroceden aquéllos tristes y silenciosos, llenos de espanto y de fatiga, viendo cómo se desvanece la nube entre la oscuridad de la noche y cómo en ella desaparece Silvia, vertiendo lágrimas de angustia y de arrepentimiento.

Al otro día, sentados alrededor de la chimenea, y cuando los hijos preguntan á sus padres por qué les han dejado solos durante la noche, les cuentan de este modo la historia de Silvia.

III

—Silvia, hijos míos, era una jóven de extremada belleza, pero su corazon estaba lleno de ambicion y de envidia, hasta el extremo de no verse saciado nunca ni con nada: cuanto había en su casa se le hacía poco para ella; si bajaba á la márgen del rio, no dejaba una flor sobre su tallo; sufría horriblemente cuando encontraba alguna vecina del pueblo

vestida con más lujo que ella, y cuentan que el día que se casó la hija del alcalde, como Silvia la vió llena de tantas joyas y que en su honor se celebraban tantas fiestas, estuvo á punto de volverla loca la desesperacion que sintiera.

Una tarde oyó Silvia la historia de Martha, en cuyo castillo se decía que había tal cúmulo de riquezas, y que de tal modo se encontraba, y con tanta abundancia, de todo cuanto hubiera que desear en el mundo, que ni los más ancianos del pueblo recordaban haber visto jamás sus puertas abiertas, ni conocían la servidumbre de su dueña, á cuyo castillo aplicaron, no sin fundamento, el adjetivo de misterioso.

Silvia no podía resistir que otra mujer en la tierra fuera más que ella; quiso, para consolarse, tener por invencion cuanto le habían contado, y para convencerse de que no se engañaba, aquella misma noche, burlando la vigilancia de sus padres, se atrevió á subir al castillo.

Todo estaba cerrado; sólo en la pequeña puerta de uno de sus torreones, sobre la que estaba esculpido el escudo de armas de la noble casa, encontró Silvia un agujero por donde asomarse al interior del castillo, y con él el principio de su eterna perdicion.

IV

No la habían engañado: ante su vista se presentaba una interminable galería, llena de brillantes arañas, cuajadas de luces y guirnaldas; una melodía dulcísima llegó hasta sus oídos, percibió un suave aroma que refrescaba su pecho y le parecía que, sin mover sus labios, gustaba de los más ricos manjares, y sin mover sus brazos, se había cubierto de un riquísimo traje de tisú bordado de oro y de preciosas piedras.

Entonces comenzó á golpear la puerta con fuerza incomprendible, y á llamar con gritos de desesperacion y de cólera.

La puerta giró sobre sus goznes, y cuando Silvia se vió dentro del castillo, volvió á cerrarse tras de sí, para no abrirse jamás.

Silvia, ébria de placer, comenzó á correr por aquellas galerías, cuyo fin no encontraba nunca; aquello era una maravilla: lujo, suntuosidad, riqueza desconocida completamente para ella: aquí, en dorada jaula, cantaban caprichosos pájaros, cuyos cambiantes de luz fascinaban su vista, y cuyos armoniosos trinos la dejaban extática; allí, en tranquilo lago, se deslizaban hermosos cisnes; más allá, sobre grandes jarrones de trasparente porcelana, brotaban perfumadas y olorosas flores; por un lado, se levantaban frondosos bosques; por otro, fuentes cristalinas; en canastillos de limpios mimbres, encontraba frutas exquisitas. Silvia andaba, y andaba sin cesas, descubriendo á cada momento mayores encantos; pero ningun sér humano se presentaba ante sus ojos.

Atribuyó Silvia á la noche aquella soledad; pero las luces se apagaron, brilló el sol del nuevo día, volvieron á encenderse aquellas cuando la siguiente noche cubrió otra vez de sombras el espacio, y Silvia siempre sola en medio de aquel encantado paraíso.

V

¡Oh! decía una mañana: me espanta esta soledad. ¡Cuánto daría yo por ser Martha! Ella, dueña de este castillo, tendrá indudablemente su palacio, y así como en medio de estos jardines halaga sus sentidos, satisfará en aquél su vanidad y su orgullo, rodeada de numerosa servidumbre y de obedientes vasallos!

¡Quién fuera Martha! repetía.

Absorta en estas consideraciones, no notó que ante su vista se levantaba una miserable puerta, que se abrió á su paso, y Silvia se encontró en una estancia reducida y oscura, en medio de la cual había un sepulcro ardiendo.

Silvia se acercó; una multitud de animales horribles y desconocidos para ella entraban y saltan de aquel sepulcro, dentro del cual debía haber algun sér viviente, á juzgar por los ahogados y dolorosos ayes que llegaron á sus oídos. Iba

á retroceder espantada, cuando oyó una voz que la decía:

—Silvia, yo soy Martha; todo cuanto has visto es mio; pero mira los incomparables tormentos que padezco en castigo de mi ambicion y de mi envidia, tormentos que estaba dispuesto los padeciese hasta que otra tan ambiciosa como yo lo fué, envidiara mis riquezas y tuviera el irresistible deseo



de disfrutarlas que en ti se ha despertado. Desde este momento son tuyas, y tuya mi nobleza, así como tuya será la suerte mia.

Al concluir estas palabras, entre Martha y Silvia se verificó un cambio incomprendible: Martha se encontró llena de juventud y de belleza, se levantó del sepulcro, y en el momento que quedó vacío, fué ocupado por Silvia.

La ambiciosa Silvia se retorció de desesperacion y de có-

lera; recordaba perfectamente las maravillas del castillo; quería levantarse de aquel suplicio; mas una fuerza superior á la suya la retenía. Aquella situacion era espantosa, porque ella tenía memoria de todo, tenía conocimiento; sabía que Martha, vestida de humilde traje, había salido del castillo, había llegado al pueblo y lo había contado todo.

Pero cuando Silvia comprendía lo horroroso de su situacion, era cuando consideraba que ni aún sus mismos padres podían salvarla; pues como Martha le había dicho, para esto era preciso tener tanta ambicion y tanta envidia como ella tuvo, y precisamente, sirviéndonos esta historia de escarmiento, es fama que Mirynia es la ciudad más feliz de la tierra, porque es donde más conformidad y ménos ambicion existe.

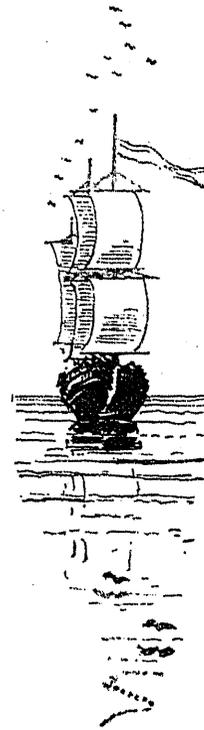
De esta historia hace ya muchos años, hijos míos; tantos, que, como veis, el suntuoso castillo no es más que un monton de ruinas; se sabe, sin embargo, que existe el sepulcro ardiendo, aunque nadie le ha visto, porque es completamente imposible subir á la montaña.





LA CINTA AZUL

I



Una vez iba un buque por el mar.

Era una tarde muy serena: el cielo estaba azul y el mar tan tranquilo, que parecía una balsa de aceite.

La tripulación del buque, que se dirigía hacia las costas del Africa, iba muy contenta, entretenida en gozar del magnífico espectáculo que formaban las únicas tres cosas que veía: el sol, el agua y el cielo. Pero de repente se formó una nubecilla blanca que se mecía á lo léjos, como si fuera una paloma que volaba por la inmensidad de aquel limpio horizonte.

Luégo fué acercándose poco á poco, despues con más velocidad, y aumentando siempre de tamaño.

Por fin se colocó sobre el buque, se oscureció el sol, se levantó un huracan terrible, empezó á caer la lluvia á torrentes, se oyó una detonacion espantosa, al mismo tiempo que un relámpago iluminó el espacio, y una chispa eléctrica, atraída por el palo

mayor, hendió el buque, incendiando unos barriles de pólvora que en él venían.

Entonces estalló todo el barco, y la tripulación, envuelta entre pedazos de tablas, saltaba por el aire y volvía á caer sobre el blando lecho de las turbulentas aguas.

II

A los pocos días se anunció el incendio del buque.

No habían muerto todos los viajeros; quedaron algunos vivos, y los cadáveres que sobrenadaron fueron recogidos.

Pero nadie sabía de Margarita. Su pobre madre lloraba amargamente.

Dicen que del dolor se volvió loca.

Y todos los días iba y venía á la playa, y decía á las olas:

—¡Olas que sin cesar levantaiis vuestra cabeza de diamante por esos mares! Buscad á la hija de mi alma. Decidla que no tarde, que aquí la espero. ¿Sabeis cómo se llama? Margarita. Tiene los ojos azules como los cielos, tiene los cabellos rubios como las hebras del oro, los labios rojos como las rosas, la frente blanca como la



nieve, y sus mejillas son como la nieve y como las rosas.

¡Buscáidla, buscáidla, y si ha caído en el fondo de las aguas, venid y llevadme donde está!

Pero iban las olas sin cesar, y sin cesar volvían.

Y la pobre madre, cuando al romperse se escuchaba el ruido de sus cascadas, ó al estrellarse contra las piedras sonaban

las gotas que caían, pensaba que en su murmullo contestaban: «Margarita, tu pobre hija, la de los ojos azules y los cabellos de oro, yace en el fondo de los mares.»

Y la pobre madre todas las tardes, cuando el sol dormita entre las nieblas del Occidente, volvía llorando á casa y decía:

—¡Pobre hija de mi alma! ¡Quién se volviera ola para ir á buscarte!

III

Empezaba la primavera. La madre de Margarita se consumía de tanto llorar, de tanto ir y venir á la playa.

Un día se sentó, como siempre, junto á las olas.

Estaba tan cansada, que se quedó dormida: soñaba, y como no podía soñar en otra cosa, soñaba en su hija y se la oía murmurar:

—¡Quién fuera ola para deshacerse por esos mares!

¡Quién fuera pájaro para volar por encima de las aguas!

Las golondrinas, cuando llega el invierno, se van á las costas de Africa, y cuando el verano empieza, dejan aquellos terrenos cálidos y se vuelven á los mismos nidos que habían abandonado el año anterior.

Pues bien; cuando la pobre madre soñaba, se detuvieron alrededor de ellas una porción de golondrinas que volvían del Africa.

Yo no sé si sabreis que las golondrinas son unos pájaros sagrados; nadie las maltrata ni las hace daño. Se cuenta de ellas que, parándose sobre la divina cabeza de Nuestro Señor Jesucristo cuando estaba en la cruz, le sacaron una á una sus espinas. Por eso todo el mundo las respeta, y Dios, en premio, las concedió más gracias de las que nosotros pensamos.

Y como la madre no hacía más que repetir: «¡Quién fuera pájaro!» «¡quién fuera pájaro!» cada una de las golondrinas

se quitó una pluma de sus alas y la dejó sobre ella, y luego evoluteando de un modo especial, que sólo ellas entienden, siguieron su vuelo. Cuando le seguían volaba con ellas la madre, convertida en golondrina.

IV

Como era tan hermosa Margarita, un príncipe se enamoró de ella durante los días felices de navegación, y Margarita, sin saber que era príncipe, porque éste viajaba de incógnito, sintió también amor hacia él, y como era tan buena que parecía un ángel, no encontró otra prueba de amor más a propósito que darle como recuerdo, que una medalla de la Virgen, que llevaba colgada en su cuello con una cinta azul.

Un día el príncipe había ido de caza.

Era por la tarde; corrieron persiguiendo a un ciervo, y como el tiempo era delicioso y los árboles del bosque convidaban al reposo a la sombra de sus frondosas ramas, los cazadores, rendidos, se sentaron alrededor de un tronco a descansar, y bien pronto su conversación fué siendo lánguida, y el ruido de un arroyuelo cercano y el del aire, que apenas movía las ramas, arrulló su sueño.

V

Y el príncipe soñaba en su Margarita; no había vuelto a verla, y estaba perdidamente enamorado de ella.

En medio de su sueño, se llevó maquinalmente las manos al cuello, sacó la medalla, y la dió un beso.

Pero hé aquí que llegaba el invierno, y una bandada de golondrinas que volvían al Africa pasaron por el bosque, estaban muy cansadas y se pararon en un árbol; tuvieron luego sed, y bajaron al arroyo.

Mas ¡ay! que entre todas iba la madre de Margarita, la madre que por sus deseos se había vuelto golondrina, y al bajar

al arroyo vió al príncipe, y en su cuello una cinta azul, y pendiente de ella una medalla.

En seguida se acordó del príncipe y reconoció la cinta y la medalla que había dado a Margarita. Quiso quitársela, y empezó a cortarla con su pico; mas despertó el príncipe, y la golondrina voló, llevándose en su pico la mitad de la cinta. Y luego volaron las golondrinas, y volando atravesaron los mares y llegaron a las costas del Africa.

Antes de llegar se pararon otra vez en otros árboles, y ataron al cuello de su compañera la cinta azul para que no se le cayese.

VI

El príncipe experimentó un dolor inmenso cuando vió que le habían roto la cinta de Margarita y se habían llevado la mitad; así es que dió la orden por todo el reino de que se buscara, prometiendo al que se la presentase la corona que a él había de pertenecerle por muerte de su padre.

Y lo mismo que un montón de pedacitos de papel se extiende cuando se sopla en medio de ellos, así se dirigieron gentes por todas partes buscando la cinta azul; porque ¿a quién no halaga la esperanza de ser rey, y más en aquellos tiempos, que eran más pacíficos que éstos?

Sin embargo, los días pasaban, todos volvían sin encontrar la cinta, y el príncipe languidecía cada vez más y más, hasta tal punto, que los médicos de su reino desconfiaron ya de su salud.

VII

— ¡Por Mahomal decía una tarde el anciano médico árabe Alimek a una joven hermosa que se acercaba a él con una jaula de pájaros y un delantal lleno de flores; ¡por Mahoma, que valíerame más no haberte dado asilo! Cada día me traes un jardín de flores y un centenar de pájaros. Concluirás con

mi capital en granos para los pájaros y en macetas para las flores. Desde hoy te prohibo que traigas más pájaros ni más flores; deshojaré éstas y dejaré volar aquéllos, ó de lo contrario, cogeré la tabla en que llegaste á esta playa, te ataré sobre ella, y te abandonaré á las olas.



Pero Margarita, que no era otra á la que Alimek reconvenía, amaba tanto á los pájaros, que desobedeciendo á su protector, todas las tardes buscaba los enfermos, los recogía y se los llevaba á su casa.

Y una tarde que Alimek sorprendió á Margarita, iba á arrojarla al mar; mas ¡era tan hermosa! Tuvo lástima de ella, y se contentó con encerrarla.

VIII

A todo esto las golondrinas llegaron al Africa, y como era el primer viaje que la madre de Margarita hacía, llegó cansada y se puso enferma.

Los otros pájaros que salieron á esperar á las recién veni-

das, así que la vieron, la dijeron en un lenguaje que sólo ellas entienden, y yo lo supe por casualidad.

—Ven, golondrinita; ven con nosotras, que allí en aquella casa hay una jóven cariñosa que te cuidará.

Amanecía. Los
la aurora que pe
tana de Margarita,
pertado aún. Dor
zás en su madre.
menzaron á revol
Margarita abrió la
celosía, y saludó á
sus amigos.

indecisos rayos de
netraba por la ven
no la habían des
mía, pensando qui

Los pájaros co
tear por la ventana;

Ellos rodearon á la golondrina enferma.

Margarita se fijó en medio del grupo que habían formado. Como se levantaba de dormir, tenía aún los ojos soñolientos y los cabellos caían desordenados sobre su frente, formando hermosos rizos de oro.

Por eso ella se refregaba los ojos con sus sonrosados dedos y se separaba los rizos de su frente.

Porque había visto en el cuello de la golondrina una cinta azul como la suya, y envuelta en un mundo de duda y confusión, quería asegurarse de que aquello que veía no era una continuación del sueño que poco ántes tuviera.

—Muchas golondrinas hay, decía, que vienen con cintas; los chicos se entretienen en ponérselas para ver si vuelven á sus nidos; muchas cintas azules hay; pere yo dijera que esta cinta es la de mi medalla.

Entónces cogió la golondrina y se convenció de que era ella.

—¿Cómo puede ser esto? preguntaba; y la duda estuvo á punto de volverla loca.



Al mismo tiempo la golondrina reconocía á su hija, á su pobre Margarita, á quien creía destrozada por algun pez grande; y el dolor de ver que la había encontrado y no podía hacerla saber que ella era su madre, la agitaba de un modo tan horroroso, que se revolcaba, piaba, daba vueltas y se moría de desconsuelo.

Miéntas tanto Margarita no podía desatar la cinta, y hacía tantos esfuerzos para conseguirlo, que al pobre animalito le arrancaba las plumas.

Y como su madre estaba convertida en golondrina por las plumas que las otras le pusieron, segun iba arrancándose las Margarita, iba desapareciendo su encanto, y el ave, en vez de piar muy triste, piaba muy contenta.

Por fin Margarita, desesperada por no poder desatar la cinta, cortó la última pluma...

IX

Había desaparecido el encanto de las golondrina. Cuando Alimek entró á despertar á Margarita, la encontró desmayada en brazos de una mujer que él no conocía.

Era su madre.

Margarita volvió de su desmayo. La madre y la hija se abrazaron, y no sabían más que darse besos.

Alimek lloraba de alegría y de ternura.

En aquel momento se abrió la puerta.

Era un emisario de la corte del amante de Margarita anunciando al médico que el padre del príncipe había muerto, y éste le rogaba fuese á visitarle, porque se moría y había oido muchos elogios de su ciencia.

Alimek preguntó por la enfermedad del príncipe, y, como en sus libros no había remedio para ella, se negó á ir.

Pero Margarita y su madre le dijeron:

—Iremos los tres juntos y curaremos al futuro rey.

Y partieron los tres juntos, porque aunque Alimek era muy entendido, tuvo fé en Margarita.

Por el camino contaron á Alimek toda la historia.

Yo iba detras de ellos para disfrutar de la sorpresa del príncipe al encontrarse con el objeto de sus amores, por quien moría.

Pero, lo digo con franqueza, era tan hermosa Margarita, que me volví, porque insensiblemente me enamoraba de ella.

Luégo supe que el príncipe se puso bueno, se casó con Margarita, unieron la cinta azul, que, con la medalla, fué colgada en el altar mayor de la capilla de palacio, y en todos los escudos se hizo grabar una golondrina con una cinta atada al cuello.

Supe tambien que el primer cuidado de los reyes fué construir unas hermosas torrecillas sobre el terrado del palacio, llenas de semillas y de flores, donde formaban sus nidos los pájaros, las golondrinas y los palomos, y Alimek llegó á convencerse de que es muy bueno tratar bien á los pájaros, y sobre todo á las golondrinas, y mucho más cuando le dijeron que habían sacado las espinas á Jesús, en quien creyó bien pronto.





LA LIRA DE LOS CIELOS

I



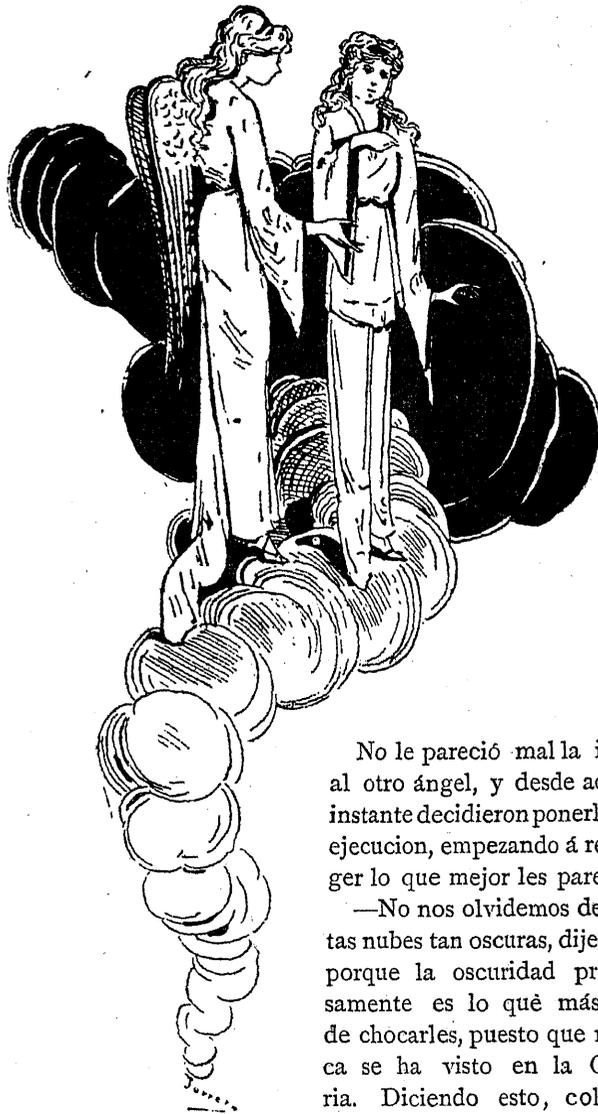
ban un día dos ángeles de paseo por la Gloria, si se puede decir que hay días en la Gloria, donde no hay noches, donde la luz es eterna é incomparable; y viendo la inmensidad de astros que como polvo de brillantes se agitaban bajo sus piés, pensaron en ir á verlos.

Así lo hicieron, despues de pedir y obtener permiso del Rey de los Reyes, que no pudo ménos de reirse de la pretension de sus ángeles, y volaban de estrella en estrella, cuando de repente se encontraron envueltos por la sombra que arrojaba un planeta al ser iluminado por otro en su polo opuesto.

Cruzaban por aquel espacio unos nubarrones muy negros y muy densos, y les pareció oportuno detener el vuelo y descansar miéntras duraba aquella sombra.

Y un ángel dijo al otro:

—Mira, hermano mio; si te parece, aunque no veremos en nuestro viaje cosas mejores que las que tenemos en la Gloria, de cada sitio que veamos llevaremos lo mejor que haya á nuestros compañeros, para probarles que no les hemos olvidado.



No le pareció mal la idea al otro ángel, y desde aquel instante decidieron ponerla en ejecución, empezando á recoger lo que mejor les parecía.

—No nos olvidemos de estas nubes tan oscuras, dijeron, porque la oscuridad precisamente es lo que más ha de chocarles, puesto que nunca se ha visto en la Gloria. Diciendo esto, coloca-

ron sobre sus alas lo más negro de las nubes, y volaron.

Y como iban por las estrellas, encontraron dos tan brillantes, que lo eran tanto como el sol. Las cogieron, las pusieron sobre sus alas, y volaron.

Recorrieron la superficie de un planeta, donde no había más que flores; eran tan hermosas y de un olor tan suave, que no hay en la tierra otras con que poder compararlas. Aunque todas les parecieron mejores, sólo cortaron unas cuyas hojas eran rojas y blancas, las pusieron sobre sus alas, y volaron.

Luégo atravesaron por unas nubes tan blancas y transparentes, que parecían de nácar, y tomando de ellas lo más puro, agitaron sus alas y volaron.

Por fin escucharon en el espacio una música tan melodiosa, que se acordaron de la que oían en la Gloria; se dirigieron hacia donde se escuchaba, y vieron sobre un astro pequeño una lira que parecía de marfil, y que sonaba sola.

La cogieron, la pusieron sobre sus alas, y volaron.

Pero como habían volado tanto, les pareció bien dormirse mecidos en unas nubes que por allí flotaban, y arrullados por las dulcísimas armonías de su lira.

II

Y como se durmieron, sus alas se plegaron, y se cayeron las cosas que llevaban sobre ellas.

Seguían en un profundo sueño, cuando una doncella tan hermosa como ellos, que tenía una lira en la mano, les despertaba.

Ellos, que se creían solos, se admiraron al ver que no lo estaban, sino que les despertaba aquella doncella, vestida de un manto azul, que irradiaba claridad, como la claridad de sus alas.

Era que las nubes blancas y las nubes negras, y las flores rojas y blancas, se habían combinado, se habían desleído sus colores, y animada la mezcla por los suspiros de vida que los ángeles exhalaban, había resultado un sér purísimo, en cuyos ojos anidaron las dos estrellas, en cuyos cabellos se extendie-

ron las nubes negras y en cuyos labios se escondieron las hojas encarnadas de las flores; en su frente y en su cuerpo se quedaron las hojas blancas, y las nubes de nácar se desvanecieron, y con las gasas azules de los cielos se tejió su manto azul.

Los ángeles, que no piensan más que en María, en la Purísima Madre del Altísimo, en la Reina de la Gloria, en la Reina suya, dieron á aquella aparición el nombre de MARÍA.

III

Y María y los ángeles volaban por todas partes, oyéndose á su paso melodías que ni el ruido de las gotas de agua las

imita, ni las imita el cántico de los pájaros, ni el choque de los cristales y las perlas, ni el ruido de las espumas que se deshacen.

Como recorrieron todos los planetas, llegaron un día á la tierra.

Por todas partes habían ido con María, pero no quisieron que en este planeta les acompañase; sabían que en su superficie se encerraba mucha perversidad, y dijeron:

—Te formaremos un palacio, y en él vivirás hasta que nosotros volvamos.

Y con sólo su voluntad, quedó formado. Era un edificio transparente, que se levantaba en medio de un valle, como si fuera de cristal.

Sólo tenía una puerta cerrada, y por los cuatro ángulos se veían inmensas galerías llenas de columnas de oro, jardines



llenos de árboles y flores, y pájaros y fuentes. En el centro estaba María.

Un grupo de nubes la servía de lecho, y allí reclinada vivía en dulce éxtasis, teniendo en sus manos la lira de los cielos, que tocaba sola.

IV

—Es extraño, se decían unos á otros los vecinos de un pueblo cercano al sitio en donde estaba María; todos los ladrones desaparecen; sin duda huyen á las cuevas de la montaña; allí van á juntarse todos y se preparan á caer sobre nosotros. Y esto no sin fundamento lo decían, porque ya otras veces había sucedido.

Mas esta vez no sucedía así.

Era que los ladrones, cuando pasaban por el palacio, y al través de sus cristalinas paredes veían columnas de oro, encontraban allí medio de saciar su sed de riquezas impunemente, porque decían:

—Aquí no hay más que una mujer dormida, entremos y nos llevaremos unas cuantas columnas que bastarán para hacernos felices; y si la mujer que allí duerme despierta y se opone, ella es débil y la daremos muerte. Y así lo hacían; empujaban la puerta, que se abría con facilidad, y se cerraba cada vez que entraba uno; se dirigían á las columnas; pero ¡ay! apenas las tocaban con intencion de llevárselas, se abrían, los ladrones quedaban encerrados dentro, y como sus paredes eran muy gruesas, por más que gritasen pidiendo socorro, se ahogaban sus gritos.

¡Y nadie podía escarmentar, porque nadie sabía al entrar lo que le esperaba!

V

En el pueblo de donde los ladrones iban desapareciendo, había una familia sumamente pobre, y más aún, desgraciada.

Habitaba una casita miserable. Sus paredes estaban rotas

por todas partes. El agua y la nieve entraban por los tejados y el aire frío por las ventanas.

En el interior había dos sillas desvencijadas y una cama de tablas con un colchon viejo. El padre estaba impedido, la madre enferma y sin vista; la hija tenía un parálisis en los brazos, y no podía coser ni podía hilar.



A pesar de todas estas desventuras, los padres estaban muy alegres porque tenían dos cosas que eran su consuelo: la Virgen y su hijo.

Su hijo Célio, que apenas despuntaba el nuevo día, se arrodillaba delante de una imagen de la Virgen, que pintada en un papel tenían pegada á la pared, murmuraba una corta y sentida oración, daba un beso á sus padres y un abrazo á sus hermanas, y se marchaba á trabajar á unas minas que había cerca del pueblo.

Un día hubo una explosión en aquellas minas. Célio cayó entre los escombros, y cuando se le sacó de ellos hubo que cortarle los dos brazos.

Con esta nueva desventura, la infeliz familia quedó en la más espantosa miseria; pero ninguno de los cuatro se inquietaba por su suerte, y si alguna vez caían gruesas lágrimas por los ojos de los padres, eran arrancadas por el dolor de ver la suerte de sus hijos.

VI

Una noche, era una noche muy lóbrega. Llovía mucho. El viento impetuoso había destrozado las dos ventanas de la casa de Célio, el agua inundaba la reducida habitación, aumentando la desgracia de sus virtuosos habitantes, y Célio lloraba delante de la imagen, pidiéndola socorro.

De repente sonaron dos golpes fuertes en la puerta, que no

fué necesario abrir, porque era tan insegura que se abrió, dando paso á un desconocido.

—Célio, le dijo el personaje que acababa de entrar; vente



conmigo, y pronto volverás con los bolsillos cargados de oro y riquezas.

Algo de extraño sintió Célio en su espíritu, y antes de acceder á la proposición que oía, rogó un momento á la Virgen.



La pobre hermana vió al desconocido hacer horribles gestos, en tanto que su hermano oraba.

Célio, por fin, concluyó su oración, y se fué con quien tanto le prometía.

VII

Bien pronto llegaron al palacio donde estaba encerrada María, y en el que sonaba la lira de los cielos, porque no era otro el sitio á donde era Célio conducido.

La puerta se abrió, y aquella vez sucedió lo que no había sucedido hasta entónces: pudieron entrar dos personas á un tiempo.

Cuando estuvieron dentro, la puerta volvió á cerrarse, y el desconocido dijo á Célio:

—Ven, ayúdame, arrancaremos una de estas columnas, que son de oro, las venderemos, y con el importe toda tu familia tendrá para comer mientras viva.

—¿Cómo he de ayudarte, dijo Célio, si no tengo brazos en mi cuerpo? Apenas concluyó de hablar, se encontró con sus dos brazos, tan sanos y tan fuertes como ántes de cortárselos.

Entónces se aterró, sin saber por qué, se vió acometido de misteriosa agitacion, y creyó oír á su conciencia que le decía:—«Esto no es tuyo, y por lo tanto, no debes tocarlo.» Por eso Célio dijo al desconocido:

—No: si tú me has dado mis brazos con la condicion de que te ayude, cortámelos en este instante, porque ¿para qué los quiero si ellos han de servirme para robar? Prefiero acercarme á aquella señora que en medio de los jardines descansa, y pedirle una limosna. Yo creo que se apiadará de mí.

Pero el espíritu del mal, que no era otro el que incitaba á Célio, seguía fascinándole, y seguía atrayéndole hacia las columnas de oro, y Célio cada vez más se resistía y quería retroceder. Así se estableció una terrible lucha entre los dos, y Célio seguía siendo arrastrado involuntariamente.

Ya habían llegado á las columnas, y el espíritu del mal dijo á Célio, viendo su tenaz resistencia:

—Bien; puesto que no quieres llevarte nada, quiero darte gusto. Me contento con que las toques; yo las arrancaré y las venderé para ti.

Y como Célio no quisiera ni aún tocar lo que no le perte-

necía, el diablo tentador le agarró de los brazos para hacer que á la fuerza las tocara: mas ¡ay! que al tirar se quedó con ellos en la mano, se cayó de espaldas en una columna, dió



un grito espantoso, que resonó por todas las bóvedas de aquellas galerías, se oyeron tristísimos gemidos, y Célio corrió despavorido hacia donde estaba María.

VIII

Al siguiente día, montados en dos hermosos caballos blancos, llegaron á la casa del alcalde del pueblo dos jinetes y le dijeron:

—Mañana pasarán por este sitio nuestros príncipes; quieren celebrar su boda en la iglesia de este pueblo; tomad esta suma para que se reparta entre los pobres, y tomad esta otra para adornar la iglesia. Diciendo esto, y dejando en las manos del alcalde dos inmensos sacos de monedas de oro, desaparecieron sin saber por dónde.

El alcalde, lleno de alegría, cundió por todo el pueblo la noticia, y repartió el dinero entre los pobres, siendo los primeros los padres de Célio, porque eran los más necesitados.

Todos le tenían por loco cuando contaba lo ocurrido; sin embargo, era la autoridad, pagaba en buenas monedas, que son aún mejores autoridades que los alcaldes, y así todos obedecían, de tal suerte, que de la noche á la mañana estaba el pueblo completamente desconocido.

IX

Al día siguiente los padres de Célio estaban admirados. La madre veía, el padre no estaba impedido, la hija podía hilar y podía coser.

No comprendían lo que les sucedía; pero como eran tan devotos de la Virgen, en seguida atribuyeron á ella aquel milagro, y lo primero en que pensaron fué en ir al templo á darla las gracias por su misericordia.

No cabían en sí de gozo, y más aún cuando esperaban que su hijo volvería cargado de riquezas.

Bien pronto se llenó de gente la iglesia.

Al dar las nueve, el cura se impacientaba porque los príncipes no venían, y el pueblo, que creía que el alcalde se había vuelto loco, comenzó á convencerse de ello.

Pero las campanas empezaron á persuadir al pueblo de lo contrario, porque se movieron y repicaron solas.

Apénas concluyeron sus acostumbrados toques, dos apuestos jóvenes se vieron en el altar mayor, sin que nadie hubiera visto por dónde habían entrado.

El cura, atolondrado de ver tantas cosas extraordinarias, no sabía que hacer, porque él era entonces quien se creía loco; pero no tuvo más remedio que empezar la misa.

X

La misa continuaba.

Todo el pueblo miraba sin cesar á los príncipes.

Algunos decían:

—Mirad, el príncipe se parece algo á Célio.

Sus padres le encontraban también algún parecido.

Sin embargo, todos estaban conformes en que el príncipe era más bello y más gentil.

Luégo llegó el momento de la comunión.

El cura la dió á los nuevos esposos.

Entonces se desprendieron dos hermosos ángeles de entre las molduras del altar mayor. Se oyó una música dulcísima, se rompió la nave de la iglesia, se envolvió todo el espacio en una niebla trasparente, y los príncipes volaron sobre las alas de los ángeles.

Célio saludaba á sus padres según iba subiendo.

Ellos le reconocieron y no sabían más que llorar.



XI

Al salir de la iglesia nadie tuvo tiempo de comentar tantas cosas extrañas, porque se oía un ruido siniestro y espantoso, mezclado con horribles gritos de desesperación.

Todos se fueron hacia donde tal ruido se escuchaba, menos los padres de Célio y su hermana, que en medio de su confusión se fueron instintivamente á su humilde casa.

En tanto el pueblo llegó al sitio del ruido.

Era el palacio, que se hundía debajo de la tierra; ésta se había abierto como una inmensa boca, y tragándose el edificio entero, se había vuelto á cerrar.

Sólo quedaron encima de ella los esqueletos de los criminales que habían sido encerrados en las columnas.

Andaban despavoridos por el campo, y uno de los esque-

letos, mayor que los demas y envuelto en un manto de color de fuego, les decía:

—Tomad, tomad, tomad. ¿No queráis oro? Pues tomad; y diciendo esto, arrojaba sobre los infelices columnas de oro que, al darles, rompían sus huesos secos y quebradizos.

XII

En tanto llegó la noche, y cuando los vecinos, aturdidos por tantas emociones, volvían á sus casas, vieron que por las ventanas de la de Célio no entraba ya el frio, ni por sus tejados el agua ni la nieve, porque la casa era un elegante palacio, en cuyo interior no había nada que desear, y cuyo exterior era una maravilla de arte.

Pero una habitacion es la que más admiraba á los vecinos.

Porque estaba cubierta de riquísimos tapices, y en medio, sobre un caprichoso pedestal, había una lira que parecía de marfil, tocaba dulces armonías, y de vez en cuando se oía, sin saber por dónde:

«Antes de tomar lo que no es tuyo, prefiere morirte en la miseria.»

XIII

Supongo que tendreis vivos deseos de ver la casa de Célio, y de escuchar la lira de los cielos.

Pues teneis que desistir de ello, porque, ademas de haberseme olvidado el camino, he sabido hace pocos dias que cuando la familia de Célio murió, la casa se deshizo, se quedó como ántes, y nadie ha vuelto á saber de la lira de los cielos.



LA PALOMA BLANCA

I



Vosotros, inocentes niños, á quienes estos cuentos se dedican, sois todavía muy pequeños para comprender el valor de una madre.

Aquella que cuando al amanecer se abren vuestros ojos puros como los cielos, en-

contrais al lado de la cuna, enviándoos una sonrisa que encierra en sí todo un poema de amor y de ternura; aquella que ántes de dormiros os enseña á cruzar vuestras manecitas, os dicta una corta oracion, os dá un beso al mismo tiempo que con

los labios con el alma, y se sienta á vuestro lado hasta que el ángel del sueño cierna su sosegado vuelo sobre vosotros; aquella que vela mientras dormís, y de vez en cuando se aproxima de puntillas á observar si vuestra respiracion es fatigosa, aquella es vuestra madre; la que os dió la vida, la que daría la suya para apartar de la vuestra la más ligera nube de dolor,

porque no exhaláseis el más leve suspiro de amargura; la que cree que para vosotros es pequeño el universo, las flores incoloras y el sol oscuro.

¿Queréis verla triste? Miradla cuando alguna lágrima se deslice por vuestras frescas mejillas.

¿Queréis verla alegre? Miradla cuando la risa se asome á vuestros labios. Porque una madre es el espejo de un hijo.

¿Queréis adivinar sus pensamientos? No los busqueis en los suyos, buscadlos en los vuestros, porque una madre no tiene nunca más pensamientos que los de sus hijos; el deseo de adivinarlos, para que se vean cumplidos, hace que los presienta y los acierte.

Así, os parecerá mentira que haya hijos que maltraten y abandonen á sus madres. Sin embargo, los hay; pero ninguno queda sin castigo.

Oid la historia de la paloma blanca.

II

Lucinda había quedado huérfana de padre, y no podía soportar la estrechez con que se vió obligada á vivir en compañía de su ya anciana madre, á la que continuamente insultaba, y hasta hería algunas veces, culpándola de todo y renegando de la hora en que la dió el sér.

Un día pasó un cazador por las orillas del pueblo; Lucinda llenaba su cántaro en la fuente, y al verla aquél, la propuso, ofreciéndola un riquísimo anillo, que se fuese con él á la ciudad, donde poseía un grandioso palacio, del cual sería la reina absoluta.

Lucinda no lo dudó un momento, arrojó el cántaro, que se hizo mil pedazos, y sin consultar ni avisar á su madre, se fué con el desconocido.

La madre, al notar la falta de su hija, lloraba sin consuelo, y comenzó á buscarla.

Como no tenía dinero, tuvo que pedir limosna, y precisamente fué á la ciudad donde había sido llevada su ingrata hija.

Lucinda y el opulento cazador atravesaban una de las más concurridas calles de la población, en un lujoso carruaje, arrastrado por dos caballos.

La anciana, al verlos, corrió llena de alegría á salir al encuentro del carruaje, diciendo á Lucinda:

—¡Hija mia, me muero de hambre! ¡Dame, por Dios, una limosna!...

Pero Lucinda, avergonzándose de que su madre fuese conocida, la contestó:

—¡Cómo hija mia! ¡Yo no tengo madre! Y ordenando al cochero que apresurase el paso, pisotearon los caballos á la infeliz anciana, que cayó al suelo sin sentido, excitando, al mismo tiempo que la compasión de los extraños, la risa de su hija.

III

Una noche se celebraba una espléndida orgía en el palacio del amante de Lucinda.

Infinidad de luces, sostenidas por costosísimas arañas, iluminaban sus salones.

Saturado estaba el ambiente de embriagadores aromas que se quemaban en artísticos pebeteros, y una melodiosa música preludiaba los primeros compases de un vals vertiginoso, para el cual se disponían multitud de parejas.

Pronto el crujir de la seda comenzó á formar acompañamiento á la música, y pronto todas las parejas empezaron á agitarse como si fueran una sola, con el ridículo movimiento del baile, que así juega con los hombres más serios, convirtiéndoles en esclavos de un violin ó de una flauta, cuando aquella general armonía fué descompuesta por una estridente carcajada, que resonó por todos los salones, y una pareja se retiró de ellos.

Eran Lucinda y su amante.

Al salir del palacio, oyeron la voz de una anciana que decía:

—¡Hija mia, una limosna por Dios! ¡Los caballos de tu coche me hirieron! ¡No puedo moverme, y tengo hambre!

—¡Dios te ámpare! le contestó bruscamente Lucinda. ¡Te has equivocado! ¡Yo no tengo madre!..

Media hora más tarde, deteníase la pareja al borde de un profundo precipicio que se abría en las inmediaciones de la ciudad.

—Y bien, preguntó Lucinda. ¿Con qué objeto hemos venido aquí?

—¡Con éstel respondió su amante sacando su puñal del cinto. ¡En tus labios he sorprendido esta noche una sonrisa diri-



gida á uno que no era yo! ¡Recibe el castigo de tu infidelidad! Y diciendo esto, hundió el arma homicida en el seno de Lucinda, empujándola despues al fondo del precipicio.

IV

Lucinda, en el estertor de la muerte, producida por la herida del puñal, y por las que se había causado al tropezar con las piedras y las ramas del precipicio, oyó una voz amorosa que la decía:

—¡Hija mial ¡Permite que quien te dió la vida, recoja el último aliento de ella!

Y la dió un beso, estrechándola con toda la fuerza de un amor de madre, y bañándola con un raudal de lágrimas.

Pero Lucinda, la infame, la rechazó de sí, y aprovechando los últimos movimientos de sus labios, la maldijo exclamando:

—¡Hasta aquí has de perseguirme! ¡Apartal ¡Déjame morir! ¡Yo no tengo madre!

La madre infeliz moría de desconsuelo y de amargura, ántes que su hija de dolor.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó excitada por su cariño inmenso. ¡Mi hija se muere! ¡Arrancad de mi cuerpo la vida que le alienta, y dadla al suyo!

Y con tal fervor, con tal fuerza pronunció su súplica, que accedió el Eterno á su voluntad, y cuenta la tradicion que la vida de la madre se escapó de su cuerpo en forma de una hermosa blanca paloma.

La paloma blanca se posó en la herida de Lucinda, como queriendo penetrar por ella y extenderse en el interior de su cuerpo, para darle vida.

Pero el impuro cadáver de Lucinda la rechazaba de tal manera, que no pudo conseguir su ardiente deseo, y la purísima paloma blanca, que aunque no quería salir del precipicio, era lanzada de él por la atmósfera infecta, como es lanzado á la superficie el trozo de madera que se deja en el fondo de los mares, no tuvo más remedio que levantar su vuelo, llegando hasta la gloria, donde los ángeles la esperaban con el premio que el Altísimo tiene preparado para las buenas madres, y cuyo premio es el que más se estima en el reino de los bienaventurados.

LOS RATONES



DON L

I

El hombre que llega á ser dominado por la avaricia, deja de ser hombre, para convertirse en el ente más ridículo de la creación.

Este es un axioma tan claro, que no necesita demostración alguna; pero, en caso de que la necesitara, nada habría que



ménos se resistiera á ella, tanto ante la teoría como ante la práctica.

Teóricamente lo probaremos con un silogismo.

La caridad es la madre de todas las virtudes; es así que la avaricia rechaza por completo á la caridad, luego el hombre avaro no puede tener virtud alguna.

Pasemos, pues, á la demostración práctica, para lo cual voy á contaros el cuento de los ratones.

II



Era un hombre á quien en la pila bautismal le pusieron por nombre Eleuterio; pero él se firmaba simplemente con una L., comiéndose las demas letras para gastar ménos tinta.

Vosotros, hermosos niños, soñareis, en vuestros juegos infantiles, en que el Angel de la Guarda os conduce, cogidos de vuestras sonrosadas manecitas, por deliciosos jardines y

nacaradas nubes, al reino de sus alegres compañeros; en que vuestra cariñosa madre os colma de besos, de caricias y de premios por vuestra aplicación y vuestros adelantos.

D. L. no soñaba, porque completamente metalizado, sólo tenía ya la propiedad que la Historia natural concede á los minerales, ó si todavía le quedaba algo de animal y soñaba, soñaba únicamente en que descendía sobre él una espesa lluvia de monedas y billetes, y en que se dejaba crecer todo lo posible las uñas, para enganchar bien los últimos y venderlas despues por mondadientes.

No se lavaba jamas, porque el agua iba muy cara, como él decía, y se peinaba con las uñas, porque temblaba ante la idea de comprar un peine.

El calzado es lo que llevaba siempre limpio; pero no creais que se permitía el lujo de que se le limpiaran, ni aún el de comprar una cajita de betun. Iba á la cocina, cogía una sarten, la humedecía por el reverso empleando el más sencillo procedimiento, y untando de tizne el



cepillo, dejaba despues sus botas tan negras como la tinta.

Luego tomaba su chocolate en un dedal, mojado una migajita de pan duro que le quedaba del día anterior y... salía á la calle á ver si *cata* algo.



En la calle se le distinguía muy fácilmente. Cualquiera va mirando de frente, por si encuentra á algun amigo, ó al cielo, cuyas bellezas admira. Él, ¿dónde había de mirar? al suelo; donde estaban sus bellezas y sus amistades.

Así es que, como iba siempre con los ojos bajos, por si encontraba algo, y con las manos metidas en los bolsillos por si le robaban, á pesar de llevarlos vacíos, se reventaba á cada instante las narices, tropezando con los faroles y las esquinas.



Parecía un trapero.

A cada instante creía tener algun hallazgo, y se llevaba los chascos más terribles que podeis imaginaros.

Si veía algunos puntos relucientes, se figuraba que eran pesetas, cuando al ir á tocarlas, veía que eran señales inequívocas de que, ántes que él, había pa-

sado por aquel sitio quien estaba fuertemente acatarrado.

D. L. frecuentaba las traperías, buscando remiendos con que poner rodilleras á sus pantalones, y cuello ó boca-mangas á su gaban. Este le usaba grande en todo tiempo, porque con él podían cubrirse las faltas de la ropa interior.



Los pantalones los usaba negros, porque los rozados podían pintarse con lo que limpiaba sus botas, y llevaba un sombrero de

copa, que heredó de su padre, porque servía para todo.

Como comprendereis, tanto el gaban como los pantalones y el chaleco, habían sido ya vueltos lo de adentro afuera, y lo que sentía amargamente D. L. era que no pudieran volverse de canto.

D. L. también se limpiaba su sombrero humedeciéndole... con la punta de la sábana, pues ya hemos dicho que no usaba toalla.

En esto de la ropa blanca es en lo que más D. L. ejercitaba su economía: la tenía suprimida hasta para las necesidades más frecuentes de la vida; pues, aunque



conservaba un pañuelo tradicional de yerbas, le reservaba para las solemnes ocasiones. Si llovía, por ejemplo, le sacaba,

cubriendo con él su sombrero.

Si recibía alguna carta, aprovechaba el sobre, vuelto del revés, para la contestación, que escribía en un prospecto de los que se reparten por las calles, y probaba a lavar el sello.

D. L. no tenía criada; pudiera sísarle; él mismo se hacía la compra, para la que se iba a las afueras de la población, con el intento de entrar algunas cosas, eludiendo los derechos de las puertas, que ya entonces se cobraban.

Tenía, sin embargo, una chiquilla demandadera que iba a su casa un par de horas al día, para ciertos servicios urgentes, y con la cual armaba una continua pelotera, por si le duraba menos un estropajo, por si había echado en el puchero dos hojas más de perejil, ó por si había

limpiado los muebles sin su permiso, pues gozaba extraordinariamente cuando los veía llenos de polvo, ante la



consideración de que duraría más el plumero, por aquello de que el roce consume la materia.

Y, por la misma consideración, nunca se le veía sentado sobre sus sillas, sino sobre el duro suelo.

Juzgo ocioso el con signar que D. L. era célibe. ¡No faltaba más sino que él cargara con el gasto de la familia! Huía de las mujeres como de la cruz el diablo, para evitar las tentaciones. Pero había

unas a quienes perseguía siempre: a las modistas. ¿Sabéis por qué?

Porque solían llevar adheridas al vestido algunas hebras de hilo, que les quitaba para coserse luego con ellas los botones de su camisa.

Si en el escaparate de alguna fonda había algún vidrio roto, allí se veía a D. L. indefectiblemente, metiendo por el agujero las narices, por si el olor le alimentaba y podía ahorrarse el almuerzo.

No gozaba de diversion alguna que no pudiera disfrutarla gratis: así, se paraba a oír la música de los organillos, iba a



ver subir los globos, ó asistía á las funciones... de fuegos artificiales.

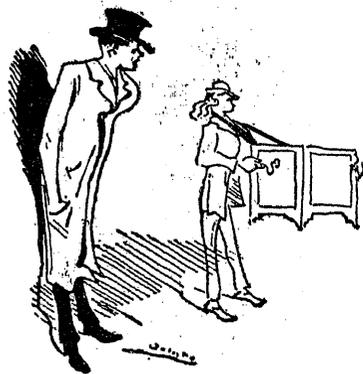


¿Me preguntáis por qué le dibujo afeitado?

Es muy sencillo: porque desde que empezó á apuntarle la barba, apenas la tenía un poco crecida, se afeitaba y guardaba el pelo en un saco, proponiéndose hacer con él una almohada.

D. L. todo lo ahorcaba, todo lo aprovechaba.

Cuando entraba en algun templo no podía formarse de él concepto favorable, suponiendo que le llevaban las prácticas religiosas: se metía en una capilla, se arrodillaba debajo de la lámpara, y, sacando del bolsillo una jicarita, recogía en ella las gotas de aceite que aquella destilaba, para freirse despues en casa un par de huevos.



El ánsia de riqueza solía alguna vez precipitarle á comprar un décimo de la lotería, que ya existía por entonces, y era de verle el

dia del sorteo correr detras de la vendedora de la lista, por si podía atisbar el bulto que hacía el número del premio mayor

y concebir alguna ligera esperanza de que pudiera ser el suyo.

Es claro que D. L. era inmensamente rico. No cesaba de edificar, para vender luego los edificios, y los sábados, cuando cobraban los operarios que le estaban levantando una casa en un extremo del pueblo, él mismo iba á pagarles desde el extremo opuesto en donde habitaba. Pero no creais que se iba en coche. ¡No faltaba otra cosa! Andandito, con el saco de los cuartos al hombro, y derramando cada gota de sudor más gorda que una sandía.



Para D. L., en resumen, no había alegría, ni ventura, ni felicidad, sino en ahorrar un céntimo, en reducir á billetes y acciones seguras sus ahorros, y en depositar el papel en su caja de hierro.

Esta ocupación le extasiaba, y hacía que el placer le rebosase por todas partes y se fuese por el hombre más dichoso del uni-

verso, cuando en realidad no era ni más ni menos que un



pedazo de carne, insensible á todo bello sentimiento, que pasaba su vida siendo la irrisión de cuantos le rodeaban...



III

Me interrumpís preguntando por qué este cuento se titula *Los ratones*, siendo así que todavía no han salido á escena.

Sin embargo, son los protagonistas de mi cuento.

Un día D. L., después de haber pasado su vida en una privación continua, lleno de achaques y de enfermedades, se determinó á abrir la caja de su tesoro.



¡Figuraos cuál sería su sorpresa al ver que estaba completamente vacía, que dentro de ella no quedaba ni un sólo resto de su adorada fortuna, en aras de la cual había sacrificado su miserable existencia, y que, en vez de recoger sus valiosas acciones y sus pólizas y sus billetes, se encontró con un ejército de ratones, gordos, relucientes y hermosos, que todo se lo habían comido!

dos, relucientes y hermosos, que todo se lo habían comido!

IV

Así es que D. L. murió solo y abandonado, como mueren todos los avaros; como los perros, sin oír en los últimos instantes de su vida ni una sola frase de consuelo, ni tener un sér querido que recoja y endulce con sus miradas amorosas las postreras de sus ojos cadavéricos; porque, como nunca se han ocupado de sembrar el bien, nunca pueden coger sus frutos deliciosísimos.



Así es que D. L. murió solo y abandonado, como mueren todos los avaros; como los perros, sin oír en los últimos instantes de su vida ni una sola frase de consuelo, ni tener un sér querido que recoja y endulce con sus miradas amorosas las postreras de sus ojos cadavéricos; porque, como nunca se han ocupado de sembrar el bien, nunca pueden coger sus frutos deliciosísimos.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El remolino de nieve.....	9
El árbol del desierto.....	13
Las golondrinas.....	19
Herencia aprovechada.....	25
La lámpara de la ermita.....	27
La campana de Offelia.....	39
Las lágrimas de Flérida.....	49
Las espigas de Flora.....	59
El camino recto.....	63
El esqueleto vivo.....	67
La diadema de esmeraldas.....	77
La cítara rota.....	85
Los ovillos de humo.....	89
Los dos escudos.....	97
Las azucenas negras.....	103
Las alas de goma.....	115
La caja de aromas.....	119
El viejo misterioso.....	127
Gloria.....	177
La estrella trasparente.....	145
Los eslabones de oro.....	155
Las tórtolas amarillas.....	163
El sepulcro ardiendo.....	175
La cinta azul.....	183
La lira de los cielos.....	193
La paloma blanca.....	205
Los ratones.....	211